Julián Marías

LOS ESTADOS UNIDOS EN ESCORZO



EMECÉ EDITORES, S. A.
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Prólogo personal 9
Un europeo en los Estados Unidos 13
Wellesley y el cuarto cántico 27
Casas de cristal 31
Lo consabido 35
Los objetos, la muerte y el Diablo 39
Anticipación 45
De Robinsón a Ford, ida y vuelta 50
Nuestra ciudad 54
Soledades juntas 58
Otro mundo 62
Remedios contra la desolación 68
Old-fashioned 73
Ir de compras 78
La Edad Media en New England *(Un castillo en Boston)* 83
La vida intelectual en los Estados Unidos 87
El hispanismo en los Estados Unidos 92
Cara y cruz de las bibliotecas americanas 97
Provincianismo 102
Universidad y sociedad en los Estados Unidos 107
El hombre medio 127
Un pueblo civil 131
El temple de la vida 135
Ochenta y nueve por ciento 139
Este mundo y el otro 143
Un ensayo de vida nueva: Los Estados Unidos 147
El crepúsculo industrial, S. A. 163
La mitad femenina de los Estados Unidos 173
Defensa y entrega de una forma de vida 188

El pulso de Norteamérica 203
El reloj abierto 208
Negros en la nieve 212
La televisión 216
Lo público en los Estados Unidos 224
Dueño de Los Ángeles 233
Funerarias 237
Unamuno en Forest Lawn 242
California como paraíso 246
La ciudad invertebrada 251
La burocracia como una forma de satanismo 259
Puntos de vista 265
El sí y el no 270
La salud de la sociedad norteamericana 273
La amistad en Norteamérica 278
Balada del "Drug store" 283
Un inglés desde dentro 288
Reflexiones sobre los Estados Unidos 294

PRÓLOGO PERSONAL

Este libro ha nacido de una experiencia personal; dos estancias en los Estados Unidos, una en el Este y otra en el Oeste, la primera de un año, la segunda de un semestre. No se trata de viajes, porque no he sido un viajero; tampoco de una mera actuación profesional, aunque he sido en ese tiempo Profesor en Wellesley College, Harvard University y la University of California en Los Ángeles; más bien se trata de que durante ese tiempo he vivido *en los Estados Unidos; al hablar de años y semestres, entiéndase, pues,* de vida.

Quiero decir con esto que los Estados Unidos son algo que efectivamente me ha pasado *—y por eso, en cierta medida, me quedará siempre—. El viajero, propiamente, no vive en el país que visita; tiene su vida "suspendida", se limita a un contacto tangente con el mundo ajeno, por el cual pasa o transita, en el que no llega a* estar*; por eso el viaje —y de ahí su probable delicia —es siempre una vacación. Y la actividad profesional en un país extranjero se realiza a menudo sin mayor relación con éste: no son pocos los profesores europeos que, acaso durante muchos años, no están en los Estados*

Unidos, sino en sus respectivos Departamentos —de Español, de Francés, de Alemán, de Biología o de Arte—, los cuales están situados *en los Estados Unidos.*

No ha sido éste mi caso. Mi primera ida a los Estados Unidos se debió a una invitación inesperada de Wellesley College; la orientación de mis asuntos personales no me llevaba a Norteamérica; tenía la convicción de que los Estados Unidos son una realidad que hay que conocer, porque sin ella no se entiende el mundo en que vivimos, pero ese conocimiento no estaba dentro de mi horizonte previsible; al surgir la posibilidad inmediata, tras un momento de vacilación, acepté. En aquellas fechas —primavera de 1951— tenía ya decidido un breve viaje al Perú y Colombia; al realizarlo en el verano tuve que pasar —unas horas tan sólo— por los Estados Unidos: Boston y Nueva York. Desde el avión miré con curiosidad la ciudad de Boston, su puerto y su campiña: lo que había de ser, unos meses después, mi mundo de un año. Con curiosidad y también con un poco de inquietud: la vida tiene tan pocos años, que un año es mucho. ¿Cómo sería cordialmente aquel mundo extraño? Interrogué el paisaje como se escruta un rostro, y sus rasgos me dieron una respuesta alentadora: sí, probablemente se podría vivir doce meses en aquel trozo del planeta.

Cuando en otoño llegué otra vez, no para pasar, sino para quedarme, todo aquel mundo tan otro

empezó a ser provisionalmente mío: primero Wellesley; desde allí, el Boston inmediato y familiar, Cambridge, todo Massachusetts, New England entera, los estados atlánticos, de Vermont a Florida. A cada viaje por ellos, la llegada a Boston era ya volver a estar "en casa". Mi vida se iba haciendo allí, día tras día, con aquellas cosas —árboles, casas, soles y nieves—, con aquellas personas. No sólo con lo mío, no con lo que yo llevaba irremediablemente conmigo. Y lo mismo después, al volver, cruzando esta vez el país, de Este a Oeste y en varias direcciones, con la vida cotidiana en California.

Por eso decía que los Estados Unidos me han pasado. Me han pasado —quedando— al hacer un ensayo de vida americana sin pretender ser americano —peligroso engaño—, sin querer ni poder dejar de ser español y europeo. Y ese ensayo de vida americano ha consistido en estar *realmente, en trasladarme a la nueva manera de vivir, a esos recursos, a esos deseos, a esas esperanzas. Con otras palabras, superar la soledad del extranjero para llegar a la compañía con el extraño, con el ajeno, con el que es otro. Pero a esto llamamos todos* amistad*: estar en compañía con el que no es ni puede ser nosotros mismos, imaginarlo para poder entenderlo, sentir el calor vivo de su mano en la nuestra, quedarse con una punzada de dolor y nostalgia al decirle adiós, y no estar ya nunca del todo sin él.*

Estas páginas son la historia de mi amistad con los Estados Unidos.

JULIÁN MARÍAS.

Wellesley - Madrid - Los Angeles, octubre de 1951 - junio de 1955.

EL EUROPEO EN LOS ESTADOS UNIDOS

A Philip Wheelwright

Todos los días, barcos y aviones cruzan el Atlántico y depositan su carga humana en los muelles y en los aeropuertos americanos. La mayor parte se encuentran con un mundo nuevo, distinto del que acaban de dejar. Se produce en ellos —hombres y mujeres— una impresión que varía considerablemente según su país, edad o condición; según también la expectativa con que han llegado a los Estados Unidos; y, por supuesto, según las comarcas o los estratos sociales de este país con los que se encuentran. De estos hombres y mujeres, muchos guardan esa impresión para sí mismos, tal vez implícita, o hacen de ella a lo sumo un uso privado. Otros, por el contrario, son capaces de expresarla y explicitarla, y así tienen, junto a la muda impresión, su expresión manifiesta, es decir, una interpretación de los Estados Unidos. Algunos, finalmente, comunican esa interpretación, la extienden a otros, acaso la escriben y publican; suelen ser los hombres de menester intelectual: escritores, periodistas, profesores, artistas, políticos, diplomáticos, investigadores, técnicos, hombres de negocios. Son estos europeos —más que los americanos— los que pro-

yectan sobre Europa una imagen de los Estados Unidos, con la cual es con quien tratamos de preferencia los europeos. La significación que para nosotros tiene esa expresión nominal, Estados Unidos, viene sobre todo de la acumulación de esas interpretaciones que nos han sido participadas. Por último, esa idea es como un espejo en que los americanos se ven a sí mismos: junto a sus sensaciones internas, junto a su propio modo de sentirse y entenderse y vivir, al lado de su propia reflexión, encuentran esa imagen que les es devuelta desde el otro lado del Atlántico y que actúa sobre su propia realidad más de lo que se piensa. Tiene alguna consecuencia, por tanto, esa imagen que va adquiriendo el europeo desde que franquea la triple barrera de la sanidad, la inmigración y la sonriente y minuciosa aduana americana.

Por debajo de todas las otras diferencias, la que me parece más importante entre los visitantes europeos de Norteamérica es el tiempo. Unos "hacen un viaje", es decir, recorren algunas ciudades o zonas del país; otros "viven" algún tiempo, esto es, residen transitoriamente en los Estados Unidos; un tercer grupo está formado por los que se establecen definitivamente —o, al menos, indefinidamente—. La imagen europea de los Estados Unidos se debe principalmente al primer grupo, por dos razones: es el más numeroso y suele estar formado por gentes que van —profesionalmente o no— a *ver* América y contarla. El tercer grupo, por el hecho de perma-

necer allí y tener menos contacto con su Europa originaria, contribuye menos que los otros dos a la constitución de esa imagen.

Siempre me habían producido insatisfacción casi todos los libros sobre los Estados Unidos que había leído; después de un año de residencia allí, confieso que la insatisfacción se ha trocado con frecuencia en irritación. ¿Por qué? ¿De dónde les viene su deficiencia? De dos fuentes principales: la información y los supuestos previos. Empezaré por lo primero, que es lo menos importante. Lo que más sorprende en casi todos los libros sobre los Estados Unidos es lo poco que en ellos se dice de lo que el autor ve. Se cuentan cosas, se dan datos y estadísticas, se refiere lo que algunas personas han dicho; es decir, se llenan muchas páginas de un contenido que igualmente habría podido escribirse desde Europa, ahorrándose la travesía. ¿Es porque la información es poca? En general, sí, y esto en dos sentidos. Primero, en el más trivialmente cuantitativo: la mayor parte de los que escriben sobre Norteamérica han pasado allí unas cuantas semanas; tiempo suficiente, claro está, para lo que en otros lugares se hace: ver los monumentos; pero en los Estados Unidos apenas hay monumentos, y los que hay interesan muy poco. El viajero apresurado suele ver los hoteles —que son más o menos lo mismo en todas partes—, los medios de comunicación, que en tan gran país consumen una parte considerable del tiempo disponible, y algunas cosas "pintorescas":

los rascacielos, alguna enorme factoría, un par de lugares de diversión, un "drive-in" o cine para automóviles, un barrio negro. También ve pasar el paisaje —por lo general, sólo en una estación del año, es decir, fijo y sin cambios— bajo la ventanilla del avión o, en el mejor caso, desde el tren o el coche. ¿Y las calles? Naturalmente; pero hay que añadir que la calle americana no tiene la misma función que la europea —por ejemplo, sólo en grado mínimo el pasear, poco más el *flâner*—, y sólo resulta plenamente inteligible, por tanto, visible, cuando es vivida desde las funciones que le son propias, cuando el transeúnte la *usa* y hace así que se acusen y manifiesten sus propiedades.

Y esto nos lleva al segundo sentido en que la información es precaria: la vida humana sólo se entiende desde dentro, nunca como "espectáculo"; de ahí que el "turismo" sólo nos dice algo de una forma de vida cuando ésta, en sus líneas generales, coincide con la nuestra; así sucede, más o menos, dentro de los diversos países de Europa; en cierta medida —pero sólo parcialmente, y si se olvida esto se cae en los más graves errores—, entre los países hispánicos. La vida americana, en todo el continente, tiene formas bien distintas de las europeas; en el caso de los Estados Unidos, las diferencias son esenciales. Lo que se "ve" desorienta, porque sólo se lo entiende viviéndolo; y si se proyecta sobre ello otra estructura de vida, a saber la nuestra, se lo malentiende; es decir, se ve otra cosa. De ahí que,

como ya he dicho alguna vez, la visión de los Estados Unidos requiere bastante largo tiempo y, más aún, una inmersión real en esas formas. Quiero decir con esto una participación efectiva en el funcionamiento de toda esa vida, un uso no ficticio de los mecanismos todos del vivir: ganar dinero; tener una casa y hacerla marchar, comprar, viajar, ir de un lado para otro, tener vecinos, hacer amistades, y sobre todo trabajar.

Un ejemplo mínimo aclarará lo que quiero decir. Si hay algo que parece poder hacerse en cualquier parte, por ejemplo sin moverse de casa, es leer los periódicos de cualquier país; pues bien, la lectura de los periódicos americanos realizada en Madrid o en París tiene un sentido bien distinto de esa misma lectura en una ciudad de los Estados Unidos. Porque el periódico no es una cosa autónoma, sino que tiene su papel con las demás; se articula con todas ellas, representa dentro de cada forma de vida algo peculiar. El lector europeo propende a proyectar sobre el periódico lo que éste es en Europa; por lo pronto, le da más importancia de la que tiene en los Estados Unidos; además, suele creer que el peso en la vida americana de los diferentes elementos a que se refiere el periódico coincide con el que tienen en Europa, o bien con la atención cuantitativa que el diario les dedica, sin advertir que el periódico es ya en todas partes un sistema atencional dirigido de preferencia a ciertas cuestiones que se consideran especialmente "periodísticas". Por ejemplo,

se engañaría el que creyese que la política pesa en la vida americana lo que en la europea o lo que en el mismo diario americano. O el que pensase que lo poco que los periódicos se ocupan de literatura es indicio de que la literatura no cuenta en los Estados Unidos; y lo que sucede es que cuenta de otro modo, en otro "sector" de la vida.

Otro ejemplo bien distinto muestra más evidentemente aún la dificultad de la información rápida: la economía y el nivel de vida. Que éste es mucho más alto en los Estados Unidos que en parte alguna, todos lo saben, y el recién llegado lo ve, por añadidura. Pero a esa constatación tosca debería seguir alguna precisión. Y éste es el problema. Si se entiende a los ingresos medios, la impresión de riqueza de los Estados Unidos es abrumadora: es raro un sueldo mensual de menos de 250 o 300 dólares, no es difícil llegar a los 500, a veces se alcanzan los 1.000 —sin hablar de los ingresos de ciertos profesionales, como los médicos, o de hombres de negocios—; es decir, nos movemos entre las 10.000 y las 40.000 pesetas mensuales, según el cambio oficial. Jauja, naturalmente. Pero en seguida viene la contrapartida: el viajero toma el *subway* o el tranvía, por ejemplo en Boston, y un trayecto cualquiera le cuesta 15 centavos, es decir, 6 pesetas según la misma cuenta; o, al pasar distraídamente la mirada por un escaparate de Broadway ve un sombrero masculino con una etiqueta de 100 dólares; el viajero piensa que ese sombrero debe de producir au-

tomáticamente dolor de cabeza; y un instante después, que no hay tal Jauja: que los precios son en los Estados Unidos tan altos como los ingresos y que, por tanto, el resultado es como en otros países. ¿Es esto cierto? Tampoco. Porque muchos precios en los Estados Unidos son —en absoluto y no por comparación con los ingresos— poco más altos que en España o *más bajos*. Un profesor puede comprar un automóvil nuevo del último modelo con cuatro meses de sueldo; si se atiene al modelo de 1949, con dos meses le basta; una secretaria podría alcanzar un abrigo de piel de lujo con un par de mensualidades íntegras; con los ingresos de un año podría llegar a la "suprema cifra de la ostentación": el visón o *mink*. Los escaparates de la Gran Vía madrileña están llenos de objetos considerablemente más caros —en absoluto, repito— que los de Nueva York, Boston, Washington o Filadelfia, a pesar de que los ingresos españoles oscilan entre el 10 y 15 por ciento de los americanos.

¿A qué carta quedarse? Primero es Jauja, luego se desvanece, en tercer lugar vuelve a aparecer. El viajero, entre cuentas de hotel, compras esporádicas, diversiones e invitaciones, cae necesariamente en la mayor confusión, de la que sólo podrían sacarlo un equipo de economistas o unos meses de vida efectiva americana, en condiciones normales, es decir, en su integridad. Sólo al intentar hacer un presupuesto y llevarlo a buen fin podría averiguar cuál es, de hecho, el nivel de vida americano, qué se puede uno

permitir y qué está vedado, qué apuros y qué holguras entretejen la vida. El turista puede elegir entre la perplejidad inteligente o el error petulante.

Decía que las deficiencias de información eran lo menos importante, y lo más grave los supuestos previos de la mayoría de los libros europeos sobre Norteamérica. ¿Cuáles son esos supuestos? ¿Pueden reducirse a unidad, a pesar de la diversidad de los países y de la formación intelectual y de la actitud política de sus autores? Trataré de enumerar algunos de los que me parecen más constantes y pertinaces, de los que más contribuyen, por tanto, a la formación de la imagen de los Estados Unidos.

El primero —origen de todos los demás— es que ya se sabe lo que son los Estados Unidos. Ninguna otra convicción está más arraigada. Aun los escritores que simulan sorpresa, suelen hacerlo sólo para acentuar que estaban ya en el secreto. Ésta es la razón más profunda de que los libros a que me refiero hablen poco de lo que se ve, y mucho más de lo que sus autores saben u opinan. Acabo de leer un ensayo de uno de los primeros escritores franceses actuales sobre las ciudades americanas. Habla en él de la rapidez de su construcción, de la velocidad de su crecimiento, de su poca duración, de la facilidad con que los americanos las sustituyen o desplazan; es decir, de cosas que no se ven en las seis semanas de su estancia en los Estados Unidos; pero en cambio no nombra siquiera la vegetación que las llena, más aún, que las constituye y les da toda

su originalidad. Ahora bien, los Estados Unidos son difíciles de conocer; no sólo no se sabe *ya* lo que son, sin moverse de Europa, sino que al cabo de bastante tiempo, cuando se ha llegado a saber algo, se mide con precisión cuánto falta, hasta qué punto no los tiene uno dominados y en el bolsillo. Y, claro está, la creencia de que ya se sabe paraliza toda indagación e invalida hasta las informaciones reales que *velis nolis* se reciben, porque vienen a alojarse forzadamente en la idea previa de que se partió. He conocido europeos residentes en los Estados Unidos desde hace diez o veinte años, fieles a la imagen que trajeron de Europa, aunque esté desmentida mil veces por los hechos... y por la enorme variación que en ese tiempo han experimentado.

Los demás supuestos son los componentes principales de esa idea previa, y se podrían resumir así: falta de originalidad, modernidad, colosalismo, uniformidad, vulgaridad. Y la consecuencia inevitable, que cierra la cadena y se une al supuesto inicial: falta de interés. Pero esos supuestos son más que discutibles. De que los Estados Unidos procedan de Europa no se sigue que no tengan originalidad —creo, por el contrario, que en ellos se ha producido lentamente algo esencial y rigurosamente nuevo, pero, por no ser "cosa" alguna concreta, difícil de ver: una forma de vida—. El hecho indudable de que América tenga una historia breve no implica "modernidad" en el sentido de "actualismo" más o menos intemporal; por el contrario, a mí los Esta-

dos Unidos me saben sorprendentemente a "antiguos" y penetrados de historia; y si se dice que son un país moderno en el sentido de la Edad Moderna, ¿es esto cierto? ¿Tiene sentido una Edad Moderna donde no ha habido Edad Media? Hasta tal punto es discutible esa presunta "modernidad" que se da como cosa obvia y de claro pasado. Respecto al colosalismo, evidente en algún aspecto, está contrapesado por tal número de zonas y faces de la vida en que ocurre lo contrario, que hay que someterlo a revisión: junto a Nueva York, Chicago o Los Ángeles, hay que poner el hecho de que las cuatro quintas partes de los americanos viven en pequeñas ciudades; y así ocurre con todo.

Es innegable que existen muchas cosas en los Estados Unidos que son *standard*, que se extienden por toda la nación —*nationwide*, gustan de decir—; he dicho alguna vez que esa uniformidad de elementos "consabidos" por todo el enorme país es la condición de su unidad; que esas cosas son las que de verdad unen a los Estados Unidos. Y es claro que provocan ciertas homogeneidades en la población; pero de ahí a la imagen tópica de que los americanos están hechos "en serie" hay buen trecho. Según esa idea, los americanos serían prácticamente iguales o intercambiables; se ha insistido en que la belleza de las americanas es "impersonal" y que tanto da una como otra (a última hora, algunos intentan convencernos de que esa belleza es, además, muy escasa). Si se quita lo que pueda haber de ma-

la voluntad en esa imputación de uniformidad, lo que queda es el parecido real de los hombres y las mujeres que pertenecen a una sociedad determinada. A los extraños, los hijos de una familia les parecen siempre casi iguales, porque ven, sobre todo, el "aire de familia"; vistos desde cerca, no se parecen más entre sí que cualesquiera otros hermanos. Hay, sí, dos potencias de uniformidad en la humanidad norteamericana, que no suelen tenerse demasiado en cuenta: la primera es que, gracias a una abundancia de medios, de recursos higiénicos, sanidad y buena alimentación, son menos frecuentes que en otras partes los ejemplares tarados, deficientes, anormales, lamentables (no es que no existan, por supuesto, sino que son menos, y se puede uno pasar meses sin ver uno, y hay ciudades en que simplemente no existen) ; la segunda es que en Europa una de las grandes diferencias es el desnivel —por tanto, no diferencia de individuos, sino de grupos—; y en los Estados Unidos el desnivel es mucho menor. Entre la dama elegante y su portera, la diferencia es enorme en España, por ejemplo; en los Estados Unidos, mucho menor; y no porque el extremo superior sea más bajo, sino porque el inferior es extraordinariamente más alto —y no sólo desde el punto de vista económico—. Es decir, esa gran distancia entre los *grupos* está atenuada en Norteamérica (en muchos países suramericanos es aún mucho mayor que en Europa, y ya esto bastaría para que las dos Américas se pareciesen muy

poco); pero las damas elegantes, o los vendedores de almacén, o los carpinteros, o los conductores de camiones, o los sacerdotes, no son más homogéneos entre sí en los Estados Unidos que en cualquier país europeo.

Y esto explica automáticamente lo que a la vulgaridad se refiere: el viajero apresurado pide a cualquiera, en vista de que tiene un nivel general humano elevado, los últimos refinamientos, que se guardaría mucho de esperar en su país fuera de un círculo de unos cuantos centenares de personas; y al no hallarlos, encuentra que todo es vulgar.

A estos caracteres generales de la mayoría de los libros sobre los Estados Unidos habría que agregar dos más. Uno es lo que podríamos llamar el "sofisma del accidente", o, en términos menos pedantes, el afán del detalle pintoresco. Algunos autores toman un detalle de la vida americana, existente, y que les parece divertido o insólito; y hacen que su atención se concentre sobre él, sin preguntarse —o al menos, sin decir al lector— cuál es el lugar que ese detalle ocupa en la totalidad; así ocurre con el libro de Evelyn Waugh, *The Loved One*, sobre algunos cementerios californianos; o la monótona insistencia de los libros de hace veinticinco años en la prohibición y los *speakeasies*. Es el equivalente de la españolada, de los libros sobre España que hablan exclusivamente de toros o gitanos, realidades que indudablemente existen, pero que no importan

absolutamente nada a veintitantos millones de españoles.

El otro fenómeno, más bien reciente, es cierto resentimiento frente a los Estados Unidos. Hay muchas gentes en algunos países que no les perdonan el haber recibido demasiado de ellos: en independencia, en recursos económicos, en posibilidades. Algunos tienen demasiada prisa en decretar la superioridad de Europa sobre Norteamérica; yo, personalmente, no creo que los Estados Unidos sean superiores, y en muchos aspectos la ventaja estaría de nuestro lado; pero no puedo impedir que esa perentoria proclamación de superioridad —entre las dos barbaries, la rusa y la americana, nuestro refinamiento y exquisitez, etc.— me haga pensar en un acceso de desconfianza. Al que está seguro de sí mismo no le duelen prendas; y no le importa, antes al contrario, que en tierras del Occidente exista alguien comparable. (Otro tanto ocurre con la propensión que en algunos países de América se tiene a dar el cese a la "vieja" Europa y relegarla a un pasado glorioso.)

La consecuencia de todo ello es que, para la mayoría de los libros europeos, los Estados Unidos no tienen interés. Y, claro está, como esos libros hablan de los Estados Unidos, resulta que no son interesantes. Yo, la verdad, no comprendo cómo gentes intelectuales, que darían un dedo, tal vez una víscera, por contemplar la génesis del Imperio romano, no se sienten interesadas por la formación de

una de las tres o cuatro creaciones históricas más formidables que al hombre le ha sido dado hasta ahora contemplar y que, por rara fortuna, está aconteciendo ante nuestra mirada distraída.

WELLESLEY Y EL CUARTO CANTICO

A Jorge Guillén

He acabado de leer el cuarto "Cántico" de Jorge Guillén —el último, si hemos de creer sus palabras, "primera edición completa" —donde él ha terminado de escribirlo. En su contraportada aparecen dos nombres de lugar y dos fechas: "Tregastel, Bretaña —1919-1950— Wellesley, Massachusetts". ¡Cuánta distancia entre las dos fechas, entre los dos lugares! Y, a pesar de la consabida uniformidad de su poesía, en medio fluye, como un río entre dos puentes, media vida de Jorge Guillén, dos generaciones de historia, entre Versalles y Corea, toda una etapa de poesía española. Y se interpone la silenciosa soledad del Atlántico.

He dicho alguna vez que Guillén se complace en lo cotidiano y recrea un mundo nuevo, correlato poético, irreal, de aquel en que vivimos: de los mundos que va viviendo. Y por eso transfigura el paisaje, nunca lo describe ni lo presenta, y sólo podemos reconocerlo y descubrirlo cuando conseguimos identificar la emoción, cuando hallamos en la del poema la nuestra, vivida o soñada. Así —esta vez con inaudito lujo de alusiones— España, y precisamente Valladolid, en ese poema "Luz natal"

que es tal vez el preludio de lo que Guillén pueda darnos después de "Cántico".

Me he complacido ahora en ir rastreando en los claros versos las esquirlas metafóricas, los reflejos virtuales de la realidad que hoy me circunda. Es una delicia nueva, que se agrega a las ya muy complejas que nos ofrece "Cántico". Llueven hojas doradas, presurosas, que van cubriendo el suelo, desenrollando las alfombras del otoño. Caen de árboles irreales, donde un verde tenue se alía a un oro ruboroso. De una rama a otra brincan pequeños pájaros pesados, de larga cola azulada. De cuando en cuando estallan en el paisaje increíbles árboles rojos, rosas, amarillos, que ponen su imagen en las aguas quietas del lago Waban, tras el cual asoma el ladrillo oscuro de una torre gótica. Es más fácil admitir su existencia en el reflejo, al fin y al cabo espectral, que cuando nos asaltan —implacables en su realidad cromática, meciéndose —tan reales y tan inverosímiles— en el aire nuestro.

Y en los caminos verdes, hacia los edificios cubiertos de yedra, encuentros imprevistos, inesperados prodigios: una ardilla que corre enarcando la cola larguísima y trepa por un tronco; el ángel de las bicicletas —que se le escapó a Alberti—, piel sonrosada entre los rizos y rítmicas piernas desnudas, todavía infantiles; siluetas jóvenes a lo lejos; un perfil fresco donde se ha encarnado la mañana; melenas entre las hojas con viento, que han suscitado —nada menos— una décima de nuestro poeta, que

ha ido a alojarse entre las antiguas, tradicionales, tan sabidas — "La cabeza" ("Tierno canto de la frente, — batido por tanta onda"), "Beato sillón", "La rosa" ("Yo vi la rosa: clausura — primera de la armonía, — tranquilamente futura.") —:

"Oh melenas, ondeadas
A lo príncipe en la augusta
Vida triunfante: nos gusta
Ver amanecer — ¡doradas
Surgen! — estas alboradas
De virginidad que apenas
Para que todo a la vez
Tú, Profusión, desordenas
Privilegie la esbeltez
Más juvenil, oh melenas!"

Jorge Guillén, con su melancolía, con ciertas notas púdicamente tristes, imperceptibles, con cinco versos sueltos —"Nosotros"— que estremecen, conserva, acrecentado, el júbilo ante las cosas, la complacencia en la realidad, un tembloroso y recatado gozo por lo que existe y pasa a nuestro lado, árbol, avión de noche, radiador, amor cotidiano y compartido, excesivo dolor que no se dice, dama en su coche —quizá beldad, que fascina en su relámpago—, niño, ardilla o muchacha en flor.

Y ésta es la moral —moral, sí— que sirve de fundamento a esta auténtica, nunca caprichosa poesía. La del hombre que ve la muerte a lo lejos —"alguna vez me angustia una certeza"—, pero se aquieta pensando que no hay apuro todavía; que "lo

urgente es el maduro fruto". Y cabe preguntarse si esa calma, si esa alegría de las cosas, última sustancia de la poesía de Jorge Guillén, entraña de su cántico, está hecha de otra materia que absoluta, ilimitada confianza en la realidad; es decir, de esperanza.

CASAS DE CRISTAL

A Carmen Gándara

En los Estados Unidos, las casas son de cristal. El viejo sueño se ha realizado, y el diablo cojuelo tendría poco que hacer. Pero —se preguntará el lector— ¿cómo es posible? Nadie lo ha dicho, los periódicos no lo han contado, el cine prueba lo contrario. A lo sumo —agregará escépticamente— serán de materia plástica. Y, en efecto, las casas parecen de madera; cuando se las golpea con el puño, producen un sonido amistoso y familiar; viven preocupadas con el fantasma del incendio, y por eso están siempre alerta, con la escalera exterior de hierro prevenida; y si no la tienen... En la mía, al entrar en mi dormitorio, lo primero que vi fué una gruesa cuerda enrollada, pendiente de una recia argolla; confieso que me sobrecogió. ¿Será posible —pensé— que los servicios sean tan completos que esté prevista la desesperación? ¿Será posible ahorcarse cómodamente en casa, al primer impulso, sin tener que ir a la droguería o al "Cinco y diez" a comprar una soga, con el riesgo de que cualquier cosa —el esplendor de un árbol otoñal, un último modelo de nevera o la sonrisa de una transeúnte— nos reconcilie con la vida y nos haga

cambiar de idea? Pero no, no era eso: la cuerda está allí para deslizarse en caso de incendio, previa lectura de las instrucciones.

Las casas son aparentemente de madera y, dicho sea de paso, encantadoras; aquellas que empezaron a hacérsenos entrañables cuando vimos "Nuestra ciudad", de Thornton Wilder, cuando empezamos a entender cierta profunda poesía de estas ciudades americanas, de la que apenas se ha dicho nada, de la que tendremos que hablar. Y fué precisamente en el cine donde me di cuenta de que eran de cristal nuestras viviendas. Era el primer film norteamericano que veía en su salsa; una película anodina, como tantas otras; y en ella, las casitas que han aparecido mil veces en todas las pantallas del mundo, con sus dos pisos, y su césped, y el abuelo gruñón y cordial que poda poco a poco un olmo o un castaño de Indias. Pero antes de entrar en la casa, antes de que la cámara enfocara su interior, ya lo había visto; y cuando la madre hacendosa se dirigió a la nevera para poner el desayuno, vi, sin abrirla, lo que había dentro, lo que iba a sacar: los "cereales" y el jugo de tomate y un envase de cartón encerado con una ventanita en lo alto, por donde se espera que va a asomar la cabeza de un cuco y sale un blanco surtidor de leche pasteurizada; y el estuche donde descansan, en compartimientos aislados, doce huevos; y la carpeta de celofán —carpeta, sí— donde jaspean las suntuosas lonchas de "bacon". Todo transparente, todo de

cristal, todo igual que en mi casa y en la de cada uno de los espectadores. Se cuenta el caso de aquel espectador que al ver al rugiente león de la Metro-Goldwyn exclamó malhumorado: "Esta película del león ya la he visto." Y se marchó del cine. Ésta fué exactamente mi impresión... y mi conducta. Aquella película ya la había visto.

Hace todavía poco más de un mes, una amiga mía, una admirable dama argentina, de ojos claros, curiosos, los lanzaba furtivamente, con un poco de rubor, a través de las ventanas encendidas del viejo Madrid —calle de Puñorostro, plaza del Conde de Barajas, calle de la Pasa, plazuela de San Javier—, y se disculpaba de la indiscreción explicándome su pasión por los interiores, su delicia de contemplar inesperados trozos de vida espontánea. Como siempre me ha aquejado la misma dolencia, no tuve que esforzarme en comprenderla y justificarla. Pero aquí no es necesario mirar, porque ya se sabe cómo es todo por dentro, y los livianos muros en rigor no ocultan nada.

Todo es de cristal. ¿Todo? ¿También los frentes? Por lo menos, esto suele creerse en Europa. Los "magazines" que tiran cinco millones de ejemplares, las películas que se proyectan en todos los cines, los anuncios que aconsejan infatigablemente lo mismo a ciento cincuenta millones de personas, la radio, la televisión, que penetra simultáneamente en todas las casitas, en todos los pisos de las grandes ciudades, todas esas potencias de unificación, bien

conocidas, tienen que permitir prever, dentro de ciertos límites, lo que el americano esconde tras su sonrisa. Sí, pero después de pensar esto, es decir, después de repetir esto que otros muchos han pensado —lo cual significa caer en lo mismo que se suele desdeñar en Europa—, no se queda uno muy tranquilo. Se pregunta uno si será verdad, si efectivamente será así; y aun en caso de que lo sea, ¿puede uno quedarse sin más en ese hecho, tomar nota de él y no seguir adelante? ¿No nos invita perentoriamente a dar algunos pasos más, a intentar ver si así acontece, y por qué, y con qué consecuencias? "Tolgamos la corteza, al meollo entremos" aconsejaba, si no recuerdo mal, hace seiscientos años el Arcipreste de Hita. Ya que tenemos la ventura de que la corteza sea esta vez de cristal, valdrá la pena buscarle un día tres pies al gato y dejar que los ojos aprovechen de verdad la transparencia de las cosas.

LO CONSABIDO

A Justina Ruiz y Manuel Conde

Millones, millones. De dólares, por supuesto; pero sobre todo de personas y, por tanto, de todo género de cosas. Y esto es lo que decide: uno de los supuestos de la vida americana es que muchos no se engañan nunca. "Haga usted como un millón: use camisas X", dice un anuncio. Con frecuencia se anuncia un cigarrillo con la sola cualidad de que es el más vendido, prueba suficiente de su excelencia. Y es sabido que el libro que mejor se vende —el "best-seller"— es por eso el bueno y, naturalmente, el que sigue vendiéndose más, bola de nieve de la industria editorial. De todo objeto se fabrican millones de ejemplares iguales, que se ven una vez y otra, en todas partes. Las películas repiten un repertorio muy reducido de temas, de emociones, de gestos atractivos y, sobre todo, que "valen" como atractivos, que tienen vigencia de tales. Todos los fabulosos medios de publicidad hacen que unas cuantas personas —relativamente pocas— sean sumamente conocidas y, por supuesto, con rasgos distintivos y homogéneos; quiero decir que se da, junto a la notoriedad, la interpretación, a lo sumo un par de interpretaciones opuestas —en el caso de los políticos—, ambas

conocidas y que, por tanto, no complican ni perturban la marcha de las ideas. Al lado de esto, el americano siente un oscuro temor a lo gregario —en que, por otra parte, se complace— y aspira a "personalizarse". "Sea usted personal", susurra el anuncio de un "make-up" con el cual se embellecen todavía más de tres millones de muchachas: "Personalice usted su encendedor o su bolso"; y la personalización consiste en aplicar al producto "standard" unas iniciales (que, dicho entre paréntesis, suelen costar algo más que el objeto mismo) ; lo malo es que las iniciales son también "standard", y habría que personalizarlas a su vez, y así hasta el infinito.

Toda esta homogeneidad suele provocar en el europeo una sonrisa de superioridad, desdeñosa. La hemos visto florecer, exacta, en miles de labios de escritores franceses, de profesores alemanes, de políticos ingleses, de periodistas españoles —especialmente cuando escriben sin moverse de Madrid o Barcelona—. También "standard", la sonrisa: todo se contagia. A veces da gana de rogarles que la personalicen.

Y ocurre preguntarse si ese gesto europeo es verdaderamente europeo; quiero decir, si es inteligente. (Porque Europa significa la inteligencia. Entiéndaseme bien: no digo que lo europeo sea, sin más, inteligente —por desgracia suele ocurrir lo contrario, y así andan las cosas—, sino que Europa no tiene más remedio que ser inteligente, que no puede permitirse el lujo de la comodidad de no

serlo, porque no tiene otra cosa; y por eso la estupidez es traición, es delito de lesa europeidad.) Valdría la pena pensar siquiera unos minutos en esa uniformidad y homogeneidad de los Estados Unidos y tratar de ver qué significan y para qué sirven.

Para mí, la cosa es clara; se trata, ni más ni menos, de asegurar el repertorio de lo consabido. Imagínese lo que son los Estados Unidos. (Lo primero que hay que hacer es, como Lope con los preceptos, encerrar con seis llaves todas las ideas sobre lo que son los países europeos, porque es, literalmente, otro mundo.) Una extensión poco menor que Europa, se dice; sí, pero si se descuenta Rusia, que es otro cantar, y se queda uno con la Europa en que de verdad pensamos fuera de las aulas de Geografía, casi el doble. Y en esa superficie, más de ciento cincuenta millones de hombres, de diversos orígenes, que empezaron por hablar distintas lenguas, de razas, religiones y costumbres variadísimas, con un pasado máximo de tres siglos, que para la mayoría de las zonas del país es sólo dos o uno. Estados Unidos. ¿No convendría preguntarse quién los une? ¿O es que es cosa fácil unir a millones de hombres en un pueblo? En Europa, "esos grandes cuerpos que son las naciones", como decía Descartes, se han ido haciendo poco a poco, han ido gestándose como un organismo en el vientre oscuro de la Edad Media, enorme y delicada, han ido cristalizando como pequeñas gemas, se han personificado durante centurias en sus reyes; y a pesar de todo...

Son esas uniformidades que excitan la sonrisa de los frívolos los artífices de una colosal labor de creación histórica. Shell, Kodak, Freud, Clark Gable, Einstein, Gillette, MacArthur, los 5.200.000 ejemplares de "Life", Camel, la Constitución, las piernas torneadas y rítmicas de Ginger Rogers, los Padres Peregrinos, Ford, Bob Hope, el Cardenal Spellman, los "copos de maíz" de Mr. Kellogg, que acaba de morir, nonagenario, después de haber hecho desayunar a cien millones de americanos; todo eso, que todos conocen, y cada uno sabe que es igualmente conocido por los demás. Es decir, lo Consabido. Y ese repertorio funciona automáticamente y crea los supuestos básicos en que puede apoyarse la vida común del pequeño judío de Nueva York, recién llegado de Polonia, y el granjero de Arizona o el vaquero de San Antonio de Texas, llamado Fernandez sin acento, claro está—. Gracias a todos esos elementos dispares, que van de lo venerable a lo grotesco, gracias a la Biblia y a los personajes de Walt Disney, a una fe elemental en la democracia y una admiración también elemental del busto agresivo de una actriz, al cumplimiento automático de las reglas del tráfico y de ciertas decisivas normas morales, los Estados Unidos son hoy los Estados UNIDOS. Y, tal como están las cosas, parece que tiene cierto interés. Incluso para que se pueda sonreír a los dos lados del Atlántico.

LOS OBJETOS, LA MUERTE Y EL DIABLO

A Jaime Perriaux

El mundo está cada día más lleno de manufacturas. La naturaleza va siendo recubierta y suplantada por una película de cosas artificiales. Todavía en los albores del Renacimiento, los reyes de Castilla podían aderezar un improvisado Alcázar con unas pieles, unos cojines para las damas, algunos tapices pendientes de los adustos muros de Coca, Turégano, Madrigal, Segovia, Tordesillas, Medina. No demasiado lejos de la tienda del beduino, tan pronto puesta como quitada. Después se complicaron las cosas, pero todavía nosotros los europeos estamos a mitad de camino, entre la Arabia Feliz y esta feliz América. Todos sabemos cuántos objetos, aparatos, artilugios, chirimbolos se han inventado y se usan en los Estados Unidos; cualquier periódico o revista ilustrada nos colma las medidas; pero cuando se los ve funcionar, cuando se advierte su enorme número —sólo una ínfima fracción es conocida por la publicidad—, entonces se empieza a medir su influjo y su alcance.

¿Para qué sirven esos objetos, esos aparatos? Naturalmente, cada uno para lo suyo: un asiento en que la señora de la casa sube y baja, por el pasa-

manos, de uno a otro piso; una cajita magnética para esconder las llaves en cualquier lugar inesperado; un aparato que mide cuánto hemos andado al cabo del día; y otro que ofrece al automovilista un cigarrillo ya encendido y aspira por él tres veces; y un despertador que en lugar de hacer sonar un agrio timbre, nos hace guiños de luz; y si nuestro sueño es invencible, se decide a usar una melodía que nos predisponga a la sonrisa; y un artificio para abrir los huevos pasados por agua, y otro para hacer destilar el zumo del ajo, sin su crudeza celtibérica. Se podría llenar un tomo compacto con la sola enumeración de tales ingenios. Todo lo cual hace que una ferretería americana sea uno de los lugares más deleitables y divertidos del planeta.

Pero mi pregunta es otra. ¿Para qué sirven todos esos objetos? Quiero decir ¿qué designio tiene su totalidad, con su abrumadora superabundancia, en la forma de vida que los produce y consume? No se intente ninguna explicación utilitaria, porque, aun siendo cierta, será antepenúltima. Esos adminículos representan, justamente, la suma superfluidad; no los podemos desear sino cuando los vemos; van más allá de nuestras apetencias y, en el mejor de los casos, son ellos los que las suscitan. Al llegar aquí, el pensamiento se agarra a esta idea como a un cable salvador. Ahí está: se trata del lujo, del exceso de bienestar económico de los Estados Unidos. La industria, montada sobre las exigencias de una producción creciente, lanza nuevos objetos que serán

después deseados por millones de compradores americanos. Esto es verdad, qué duda cabe; pero a nada tengo más miedo que a las verdades secundarias: al ser verdades, nos aquietan; pero al ser secundarias, nos dejan escapar la sustancia de lo que pretendemos comprender.

Porque lo que habría que preguntarse es por qué el lujo americano consiste en aparatos. No es la primera vez en la historia que se da el lujo como fenómeno social; más bien creo que este lujo de hoy es bien modesto, apenas nada en comparación con el de Roma, el Renacimiento o el siglo XVIII; lo que pasa es que éste es mayoritario, y en eso estriba su novedad. Me he preguntado una vez y otra cuál es la misteriosa virtud de los aparatos, y por tanto para qué sirven, por debajo de sus finalidades particulares.

Lo que tienen los objetos, aparatos y artilugios americanos es... argumento. Como las novelas o las obras dramáticas; como la vida misma. Su enorme profusión convierte en una empresa con etapas apasionantes su adquisición y goce. Ante el americano medio se despliega un dilatado horizonte de posibilidades adquisitivas; un paseo por las calles, ante los escaparates, o la simple lectura de un diario dominical equivalen al despliegue de tentaciones de un cuadro del Bosco. (Entre paréntesis: ¿será sólo azar que este nombre haya venido a posarse en mi cuartilla?) El primer movimiento —ese que es inocente y no pecaminoso, como enseña sabiamente

la teología católica— es el de comprar todas y cada una de las cosas que se nos ofrecen, y que suelen ser extremadamente divertidas. La reflexión, en forma de adición de dólares, frena ese impulso y lo convierte en proyecto articulado. Primero será la nevera; luego, la televisión; en febrero, esos almohadones que parecen hechos de la misma espuma de donde emergió Afrodita; para la primavera, la renovación de la cocina —uno de los templos de la vida americana—; será menester esperar al otoño para renovar el coche.

Pero ¿para qué? —se pregunta el europeo—. ¿No es cómodo, lujoso, anchísimo, rápido, seguro, perfecto, de alegre color y metales suntuosos? ¿Para qué cambiar? Y con esto llegamos a la verdadera cuestión. A pesar del número prodigioso, los objetos americanos son finitos; muchísimas habas, pero al fin habas contadas. Me impresionó un anuncio: "El regalo ideal para el hombre que lo tiene todo." ¿Será posible? ¿Habrá desgraciados que hayan llegado al límite? Y al punto caía en la cuenta de haber descubierto al mendigo americano, al indigente: no es el que no tiene nada, sino el que lo tiene todo, el que no tiene... posibilidades. No cabe más atroz pobreza, y me estremecí de compasión, como ante la imagen tradicional del harapiento que, entre la nieve, devora con los ojos los escaparates. Para estos mendigos, el espíritu de caridad ha inventado los nuevos modelos. Y una palabra mágica, uno de los cuatro o cinco secretos resortes

del alma americana: "features". Según los diccionarios, "feature" quiere decir rasgo, facción, carácter distintivo de algo; en los aparatos, las "features" son sus posibilidades, sus refinamientos, sus nuevos dispositivos, los detalles que se van acumulando, sus primores, en una palabra. Esta máquina en que escribo tiene más "features" que ninguna otra, porque es el modelo de 1951. Al americano le produce placer escribir con ella; pero dentro de unos meses, un dolor sordo empezará a minarlo: ha visto en el "magazine" que se ha lanzado el modelo 1952, con dos nuevas "features" que su máquina no posee; y esto es una de las caras con que se presenta la infelicidad. Habrá que remediarla adquiriendo el nuevo modelo. Ya está la vida en marcha, ya se ha descubierto el movimiento continuo, y con él se han abierto las puertas de la vida venturosa.

Los objetos, así dispuestos, como promesas que se van conquistando, son un gran consuelo —la vida necesita siempre consolarse de sí misma, toda ella consiste en un esfuerzo por poner diques y levantar muros en el valle de lágrimas—. Sirven, sobre todo, para no pensar en la muerte. Como toda diversión —se dirá—. Sí, pero las otras, las europeas, parece que también nos llevan a la muerte, dando tal vez un rodeo; y es cierto que aquí se piensa menos en ella que en parte alguna. (Unamuno en los Estados Unidos. ¡Qué buen tema para una invención, para una novela o, si se quiere seguir su broma, para una "nivola"!) Claro está que a la muerte se llega

siempre, también aquí; pero, año tras año, los objetos misericordiosos —tal vez piadosamente traicioneros— van distrayendo de ella. Y del diablo. También éste brilla por su ausencia; y cuando se atreve a aparecer, tiene que disfrazarse de psicoanalista. Verdad es que el diablo sigue condenado al ostracismo en el mundo entero; a la muerte le ha llegado su rehabilitación, hasta su "réclame", realizada por las agencias existencialistas; al diablo todavía no, y, como siempre, se está aprovechando de ese olvido.

Pero en los Estados Unidos ese olvido es cosa distinta; creo más bien que se trata de una persistente inocencia. Los objetos, en rigor, son cosa tan simple, tan infantil. Lo que se hace con ellos es jugar; y el juego de los niños ahuyenta al diablo. Sí, quizá sea ésta la función más secreta de los aparatos americanos. No olvidemos que fué Franklin quien inventó el pararrayos. ¿Se habrá conseguido descubrir el pararrayos trascendente?

ANTICIPACIÓN

A Janet A. Weiss

Todas las mañanas compro el "Boston Evening Globe", es decir, la edición de la tarde del "Globo" de Boston. Se entiende, de la tarde del mismo día, no de la víspera. Los viernes compro "Life" y "Time" del lunes siguiente. No piense el lector que he hecho amistad con aquel viejecito de ultratumba que en aquella película de René Clair, "Sucedió mañana", facilitaba todas las noches al periodista el periódico fresco del día siguiente. No, me basta con entrar en el "drug store" más próximo, coger mi porción de futuro y dejar en una bandeja unos centavos, siguiendo el "honor system", ingenioso procedimiento para ahorrar dinero contando con la decencia de las gentes.

No es esto sólo. Es muy probable que cualquier día de marzo un amigo nos proponga: "¿Quiere usted que almorcemos juntos el 22 de mayo, a las doce en punto." Mi respuesta sería: "¿Quién vivirá?" Pero como es demasiado española para decirla en inglés, en lugar de ello saco del bolsillo un cuadernito —sin el cual es tan imposible vivir en los Estados Unidos como sin "frigidaire", y por razones muy parecidas— para comprobar si no tengo ya al-

guna anotación perentoria para esa fecha. Y si está en blanco, deja de estarlo en seguida, y yo quedo consignado a almorzar dentro de dos meses, en un día tan preciso en el calendario como borroso en la imaginación, con el amigo con quien de buena gana comería... ahora mismo, tal vez mañana, cuando tengo presente su sonrisa, cuando cuento con su buen humor, su cordialidad o su ingenio. Pero esto no es posible; y un día entre los días, evocado por el automatismo del calendario, surgirá inesperadamente, haga frío o calor, estemos él y yo tristes o alegres, con apetito o con dispepsia, tengamos algo que decirnos o nos sintamos inclinados a la taciturnidad. La última anotación precisa de mi cuadernito es para el 23 de agosto; a partir de entonces, mi porvenir se presenta oscuro e incierto, como, según los manuales escolares, ocurría al reinado de Witiza.

Para tener un puesto, para dar un curso o para seguirlo, hay que decidirse con ocho o diez meses, como mínimo, de anticipación. Hace unos días, me contó una muchacha que en Navidades se había comprado el traje de boda con el que piensa casarse en junio. Claro está que en enero, con dos palmos de nieve y temperaturas de 15 o 20 grados bajo cero, estremece mirar los escaparates, donde se despliega todo un repertorio de sombreros de paja, zapatos "tropicales", vestidos de playa y trajes de baño. Y exactamente el 26 de diciembre las ingentes cantidades de "Christmas cards" fueron sustituí-

das por las "Valentines", que desaparecieron como por ensalmo el 14 de febrero para dejar lugar a las tarjetas de felicitación de Pascua. Y así hasta el infinito.

Hay, sin embargo, una excepción: la muerte. Con su tradicional descortesía, se obstina en aparecer inoportunamente, en no avisar, en deslizarse silenciosa, "paso aterciopelado de pie desnudo", como dijo maravillosamente Unamuno, sin dejarse prever y anticipar. Por eso la muerte tiene siempre aquí un aire de indeseable y, desde luego, no ha conseguido la ciudadanía americana. Y es interesante ver los esfuerzos por domesticarla, por sujetarla a previsión, por obligarla a aceptar los usos del país. Sobre todo, la estadística, claro está. Gracias a ella, la muerte entra en el dominio de las cifras, de la exactitud y del pronóstico; no hay más que un inconveniente: esa muerte ya dominada y como inofensiva es. . . la de cualquiera; no la mía, o la tuya, o la de esa tercera persona por quien se angustia el corazón. Esa, la muerte individual —no me atrevo a decir la muerte personal, que es todavía otra cosa—, se anticipa también cuanto es posible: en los hospitales, hay un momento en que el nombre del enfermo entra en la "danger list", la lista de peligro; luego pasa a una estremecedora "dying list", lista de moribundos o murientes. Y entonces suelen empezar los tratos de la familia con el "funeral service", los preparativos todos para cancelar la anómala situación inminente.

Yo creo que hay que mirar desde aquí la puntualidad americana, el deseo de hacerlo todo "on schedule", contra el reloj, y sobre todo el afán de anticipación. Se trata de algo muy profundo: del afán de seguridad de un pueblo que se siente últimamente inquieto, justo porque toda la superficie de su vida es extremadamente segura. Si tengo un almuerzo pendiente para el 22 de mayo, parece como si tuviera en mi mano el tiempo que se extiende hasta ese día; mi compromiso para todo el año que viene me permite la ilusión de haber comprado un buen trozo de futuro. De este modo, entre citas a largo plazo, diversiones remotas y contratos, se va apuntalando la frágil estructura de la vida, se van tendiendo esos puentes que van del hoy al mañana. Y de ahí la necesidad de precisión. Mientras el español nos propone hacer algo "un día de éstos" o "el mes que viene", y reserva la fijación del día exacto para otra reunión y otra decisión, el americano nos dice el día y la hora; no se dice que se va uno a casar "en primavera" o "el verano próximo", sino "el 14 de abril" o "el 21 de junio". Claro está: una cosa es la vaga anticipación de los proyectos, de figura indecisa, que se va concretando poco a poco, pura contingencia e inseguridad, y otra cosa son los puentes, que van a asentar sus pies de piedra o de hierro en un punto exacto del terreno. El americano se sentiría desazonado, inquieto e infeliz si no contase con un futuro inmediato jalonado de fechas terminantes; aunque entre ellas se cuente el pago

puntual del "income tax" o incluso el embarque para Corea.

Nada aclara más la profunda diferencia entre el americano y el español que la forma en que éste último siente afán de seguridad. Toda la vida del español está sujeta a los azares, a las contingencias, a los vaivenes de todo orden. En su detalle, nada más azaroso. Pero hay dos cosas en las que el español aspira a la firmeza, dos cosas que afectan a la totalidad de su existencia, que han de ser "para toda la vida": una, el matrimonio; la otra, un puesto del Estado, una colocación o lugar en un escalafón vitalicio, al cual llama, nada menos, "destino". Porque el español siempre se dispara hacia la escatología.

DE ROBINSÓN A FORD, IDA Y VUELTA

A Frances y Juan López-Morillas

Uno de los símbolos y aun de los mitos de esta raza anglosajona, en la iniciación de su plenitud histórica, es Robinsón Crusoe. (Léase, sin embargo, en los "Comentarios reales" del Inca Garcilaso de la Vega la historia de Pedro Serrano, Robinsón español, siglo y medio más antiguo que el inglés y con muy curiosas diferencias.) Pero como las tendencias humanas, prolongadas, suelen llevar a su contrario —así se pasa del pesimismo radical de Calvino al optimismo no menos radical de Rousseau—, del robinsonismo se ha pasado, a la vuelta de dos siglos, a la división del trabajo, la especialización y que cada operario no haga sino una operación precisa: esa media vuelta exacta del mismo sempiterno tornillo. El símbolo, Ford; el mito, esta vez en forma de caricatura grabada al ácido, Charlie Chaplin. Primero, en los tiempos difíciles y en la soledad, sea la isla de Juan Fernández o los despoblados de Nebraska, saber hacérselo todo; luego, en la prosperidad y la aglomeración que cada uno haga sólo lo suyo, y que lo suyo sea, si es posible, un único gesto. (Según creo, cada artículo de "magazine" es el resultado de los esfuerzos de un equipo entero, Minerva, Trust Inc. o algo así.)

Así se ha llegado, quién lo duda, a la fabulosa potencia económica de los Estados Unidos, que es siempre superior a lo que se cree, a lo que cifras, estadísticas y relatos hacen suponer. Todos hemos leído mil veces que los obreros norteamericanos tienen coche, pero siempre hemos pensado que había que tomarlo "cum grano salis", que serían algunos, ciertos obreros de especial condición. Pues bien, la cosa ha de tomarse en toda su literalidad. Paso un día sí y otro no junto a un edificio en construcción; y a pocos pasos veo estacionado un coche del último modelo, igual que aquel con el que nos admiró el invierno pasado un amigo madrileño a quien acontece ser director general de uno de los primeros Bancos españoles. Un día subió a él y tomó con naturalidad el volante su propietario: uno de los albañiles a quien conocía de verlo cargar briosamente vigas todas las mañanas. Y cuando no es el albañil, es el cerrajero, o la vendedora del almacén automático, o el portero —perdón: el mío tiene dos—. Por tener coche, lo tienen hasta los profesores de "high-school", que vienen a ser nuestros Institutos. Y, claro está, neveras, batidoras, televisión, calefacción irresistible...

Se paga muy alto el trabajo. Los ingresos son muy elevados. (Recuerdo que en España, cuando algo cuesta un precio irrisorio, se suele comentar: "El trabajo vale más.") Pero como la realidad tiene sus exigencias imperiosas, y el hombre no puede sujetarla a sus deseos, resulta que el trabajador ame-

ricano puede pagarse cualquier cosa... menos trabajo. Y éste se convierte en el supremo lujo, el que apenas nadie se puede permitir. No se piense ya en el servicio doméstico (entre paréntesis, un tema colosal, sobre el que se ha escrito mucho y está aún casi todo por decir; uno de los factores decisivos, en bien y en mal, de la vida americana). Cortarse el pelo, limpiarse los zapatos, hacer cualquier reparación, pintar una puerta. Un amigo, profesor de Universidad, me señalaba su casa, en el vecino estado de Rhode Island. "—Hace falta pintarla —me decía—, pero ¿sabe usted lo que me cuesta? Mil dólares. De modo que me parece que las próximas vacaciones..." Mi amigo renunciará a escribir un capítulo sobre el krausismo y, seguramente, se comprará una pistola de pintar al "duco"; y tal vez se divierta. Y cada cual es su fontanero, su carpintero, su limpiabotas, su zapatero. ¿Su peluquero también? No, es demasiado difícil; pero por veintinueve centavos se compra un artificio, híbrido de peine y hoja de afeitar graduada, con el que se consigue aplazar el dólar redondo, tributo inexorable a Fígaro. Pero ¿cuánto cuesta todo ello? ¿No es, más que el lujo, el gran derroche colectivo?

Y a fuerza de especialización, división del trabajo, rendimiento y riqueza, resulta que hay que saber hacer de todo. En el seno de la enorme ciudad, la isla desierta. Dentro de su casa, cada americano revive todos los días el mito de Robinsón; a lo sumo, si es casado, cuenta con la ayuda de un Vier-

nes, y en el seno de la isla vuelve a germinar el proceso de la división del trabajo: ella friega y él seca —a veces al revés—. Así pendula la vida americana entre Robinsón Crusoe y Henry Ford.

NUESTRA CIUDAD

A Juliette Machtell

La nieve nos ha hecho tomar posesión de esta pequeña ciudad de Massachusetts, nos ha retraído del esplendor del paisaje, la ha ido cercando de muros invisibles. Ahora tiene un "dentro", se ha cerrado en sí misma, es de verdad una ciudad, nuestra ciudad. Ha ido cayendo la nieve tenazmente, horas y horas. Su primera obra, antes aún que la espectral refulgencia de lo blanco, ha sido un maravilloso silencio. La ciudad se ha puesto de puntillas, y los olmos, los grandes castaños, los pinos erguidos sólo se atreven a cuchichear. Las casas de madera, con su suave carga blanca sobre los agudos tejados, están más cerca unas de otras, ceñidas por la nieve tierna. Las luces, generosas, no limitan su fulgor sobre la tierra oscura, sino que hacen reverberar grandes trozos de suelo, se enlazan unas con otras. Toda la ciudad —silencio, murmullos, calor de vecindad, guiños de luz de esquina a esquina— es una confidencia.

Intimidad. Tras los cristales, Mrs. Webb lee bajo la lámpara, junto a un piano de media cola, mientras, desde un grabado, Abraham Lincoln le vela la lectura, y mágicamente transmuta el libro en "La

cabaña del Tío Tom". Dentro, canta el radiador, verdadero "ruiseñor del invierno", y un alto reloj de péndola cuenta apaciblemente los segundos. Enfrente, dos niños ya en pijama, antes de acostarse, frotan el vaho que empaña la ventana.

Por las calles andan pocas personas presurosas. Rostros sonrosados, y en ellos la sonrisa. No, no son estas tierras de ágora y plazuela, conversación sosegada mientras se toma el sol, o a la sombra de una acacia, bajo el azul violento. Aquí se sonríe rápidamente al vecino, sin detenerse mucho —tal vez por eso se le sonríe siempre—. Y a distancia, sonrisa tras sonrisa, se va anudando la convivencia. El señor que pasa con sus paquetes, que ha ido cogiendo en el almacén, con su carrito de alambre, y ha pagado al salir; la señora que desliza un "níquel" en el contador junto al que acaba de estacionar su coche verde; y aquella otra —abrigo rojo, altas botas, guantes recios, ojos brillantes— que maneja animosamente una pala y quita la nieve de su puerta; y el barrendero sin "conciencia de clase", pero con conciencia profesional, que efectivamente barre y deja limpio el suelo, y mira con cordialidad a los que lo pisan; y el médico que cruza, con su maletín en la mano, dispuesto a reconocer lenta, amistosamente a un enfermo y recetarle sencillos remedios, que acaso nos hacen recordar a nuestra abuela, que acaso la pedantería ha hecho olvidar demasiado —¿verdad, amigo Marañón?—; y las dos muchachas cargadas de libros y apuntes, risueñas, vivaces, con pan-

talones azules y calcetines rojos, dos llamaradas de pelo rubio sobre las frentes; y aquel viejecito, exactamente igual que D. Benito Pérez Galdós, que oye la misa de once en la iglesia católica de San Pablo; y aquel otro, a quien ha saludado durante sesenta años, a la salida de la iglesia congregacional.

Ésta es la ciudad, ésta es nuestra ciudad. Ni mía, claro es, ni tampoco de nadie, ni de ese poder vago que se suele llamar el Ayuntamiento, o el Estado. No es un espacio inerte donde por un azar están las casas; ni un campo de lucha; ni la masa petrificada de cemento, codicia o indiferencia. Es el ámbito en que conviven, se saludan y envejecen nuestras casas, donde van trazando sus biografías. Se han visto nacer —muy de prisa, con aparatos mecánicos muy grandes, instrumentos tocológicos desproporcionados con su ternura, por manos de obreros alegres, vestidos entre Popeye y Harpo Marx—; se han mirado día tras día, con los ojos muy abiertos, sin bajar nunca las persianas; se han mostrado confiadamente sus entrañas; se han regocijado cuando una cigüeña se ha posado otra vez en el tejado vecino; han murmurado unas sobrias palabras de simpatía melancólica cuando ha pasado sobre él la sombra inesperada de la muerte; se han estremecido cuando el fuego ha arrebatado súbitamente a una de ellas, árboles chamuscados y escaleras de hierro retorcidas. Aquí, precisamente aquí, habría que escribir el poema de la vida cotidiana.

En la noche de diciembre, mientras cae espesa

la nieve, la estación del ferrocarril, tan cercana, se ha quedado inesperadamente lejos. ¿Cuándo aprenderemos que la distancia no es sólo asunto de medida? ¿Que un paso de asfalto no es un paso de nieve? La estación cerrada y vacía, aislada en lo blanco; arriba, el cielo gris y negro; paralelos, los raíles: por ahí se va a Boston; por allí, a Worcester, a Springfield, a Albany, a Nueva York, a todas partes. En la estación desierta, apagado entre los algodones de la nevada, ha repiqueteado un teléfono. Y el contorno ha escrito, él solo, el primer capítulo de una novela policíaca.

En algunas casas, luces tenues, azules, rojas, verdes, amarillas, de los árboles de Navidad. Guirnaldas, lazos de color escarlata. Santa Claus, con su trineo y sus renos, acaba de llegar. En una ventana oscura, detrás de los cristales, luce un momento un breve resplandor: Miss Virginia Clarke, que hoy no ha tenido carta de Corea, enciende un cigarrillo y mira largamente la nieve que sigue cayendo despacio.

SOLEDADES JUNTAS

A la memoria de Pedro Salinas

Sólo se puede entender la vida americana desde la soledad. Apenas escrita esta frase, adivino la protesta del lector. ¿No tienen los Estados Unidos ciento cincuenta millones de habitantes? ¿No hemos quedado en que son el país de las masas? ¿No están en él esas enormes ciudades, colosales hacinamientos de humanidad, que se llaman Nueva York, Chicago, Filadelfia, Detroit, Los Ángeles?

Para nosotros los europeos, sobre todo para los mediterráneos, una ciudad es, por lo pronto, una plaza. Es decir, un espacio cerrado, rodeado de casas, cuya misión principal no es sino ésa, crear una clausura frente al campo. Quiero decir con ello que lo importante de las ciudades no son las casas, sino lo que hay entre ellas. El que lo dude, tiene hoy, más a la mano que nunca, la prueba: lléguese hasta Alemania, donde no quedan casas, pero sí ciudades. Para ello basta con las fachadas todavía en pie, límites alucinantes del hueco de las plazas, de esos cauces del ir y venir que son las calles. Esto significa que una ciudad es, antes que otra cosa, convivencia, presencia, compañía; y como el hombre es un animal parlante, esto quiere decir conver-

sación. Ágora, foro, zoco, plaza mayor. Verse unos a otros, murmurar, declamar, admirar, desdeñar, envidiar; comprar y vender —se entiende: regateando, eternizándose en la discusión, en el tira y afloja, en la delicia de la charla—; arrastrar los pies bajo los soportales, una vez y otra, los hombres como las agujas del reloj, las muchachas en movimiento levógiro, repitiendo el rito —miradas ávidas, miradas furtivas, petulancia y rubor— bajo el ojo ciclópeo e impasible del reloj del Ayuntamiento.

Rara vez las ciudades americanas tienen plazas que merezcan este nombre; y cuando las tienen, suelen estar vacías, en disponibilidad para ciertas reuniones insólitas, espacios huecos o lugares de tránsito. Sus mismos nombres son significativos: son el Square, el cuadro o cuadrado que queda entre las casas; o el Common, la tierra común o comunal, de todos los ciudadanos; o el Green, el verde, la pradera de césped intacto que pone una dulzura campesina entre el oscuro ladrillo de las casas.

No se olvide que los Estados Unidos apenas están acabados de hacer; en rigor, los están terminando ahora, y aún faltan mil detalles. Y se han ido haciendo desde dos empujes desiguales, uno desde el Atlántico, otro desde el Pacífico, como dos equipos que perforan un túnel, para darse las manos en el Middle West. Los americanos han ido adelantando día tras día sus fronteras, han vivido siempre en un puesto avanzado, fortín o factoría; es decir, solos. Mientras en Europa se ha partido de la conviven-

cia —las aldeas antiguas, unidas en ciudad mediante una violencia, un sacrificio, un templo, una política (cosa de *polis*, de ciudad); o las ciudades medievales, ceñidas de murallas, calles gremiales, maternas naves de la catedral, campanas que llaman a los vivos, lloran a los muertos y quiebran los rayos que a todos amenazan—, en los Estados Unidos se ha vivido en el puesto de caza, la vacada perdida en el despoblado, la casa de troncos rodeada de ilimitados campos de maíz, los pozos de petróleo entre la desolación, el "placer" donde se lavan con esperanza o desaliento las arenas de oro. Y el alma americana está hecha de soledad, ésa es su última sustancia. De vez en cuando, la alegría o la desesperación llevan hacia los demás, y surge la reunión festival, cívica u orgiástica, templo, "saloon", feria o asamblea, golondrinas que no hacen verano.

Después, dos fuerzas casi místicas hacen surgir las ciudades: la Ley y la Industria. Pero si bien es cierto que hoy hay muchas grandes ciudades en los Estados Unidos —en 1950 había 106 de más de 100.000 habitantes—, no es menos verdad que son bien recientes: en 1880 sólo 19 alcanzaban esa cifra. Muchas de esas 106 no existían siquiera; otras eran simples aldeas. No se puede partir, pues, de esas ciudades para explicar la vida americana. Cuando han llegado a existir, ese modo de ser ya estaba constituído en sus estratos más profundos. Por eso las ciudades no están definidas por sus plazas, son acéfalas; más aún, son indistintas, porque

lo más propio de las zonas urbanas de esta América es que consisten en inmensas "áreas metropolitanas", compuestas de muchas ciudades casi indiscernibles, con el caserío un poco más denso o un poco más disperso. Nadie tiene cerca a "los suyos"; para ver al amigo próximo, hay que recorrer muchas millas, a caballo antes, hoy gracias a las yeguadas —acero y caucho— de Detroit.

Toda la vida americana, en todos los órdenes —religión y política, economía y vida intelectual, fama y diversión, amor y literatura, virtudes y pecados—, está condicionada por el hecho de que la definición más justa de esas enormes ciudades de cemento y hierro podría ser el título de un pequeño libro de poesía lírica: SOLEDADES JUNTAS.

OTRO MUNDO

A John T. Reid y Robert D. Barton

Si algún país es inadecuado para el turismo, son los Estados Unidos. Quizá por eso se suele tener en Europa una idea tan inexacta y desenfocada, tan esquemática y tópica, tan pintoresca y tan pobre a la vez. Los Estados Unidos están mal "contados" a los europeos. Y no es fácil que en bastante tiempo la cosa tenga remedio. Las dos fuentes principales de información son el cine y los relatos de los visitantes. El cine tiene una —justificada— propensión a deformar la realidad, contra la que no hay nada que decir; contra lo que hay que decir, y mucho, es contra los modos de esa deformación. Misión del cine, como de todo arte, como de toda interpretación, es exagerar, subrayar, potenciar. Por supuesto, en la naturaleza no existen manzanas de Cézanne; pero éstas son más manzanas que las que se ven en los árboles o en nuestra mesa. Lo malo es que el cine americano —pero no solo americano: evítese el tópico— atraviesa una fase de frecuente estupidez. Y en su representación de la vida americana, que es el aspecto que hoy me interesa, suele hacer una de estas dos cosas: convertirla en materia de propaganda o rebajarla, atenuarla, trivializarla.

Cuando hace lo primero, pretende convencer al espectador de que es una maravilla, no mostrándola, sino argumentando, tratando de persuadir de que responde a ciertos principios ideológicos que en algunos círculos mediocres se consideran admirables. Estos círculos, dicho sea de paso, están compuestos en su mayor parte de metecos, en general europeos trasplantados, que han perdido su personalidad propia y pretenden ser "pluscuamericanos", porque saben que lo que no son, ni serán nunca, es americanos sin más. En el mejor de los casos, se trata de los principios en que bastantes americanos "creen" fundar su vida, no de aquellos que efectivamente la rigen y que suelen ser, como es lógico, más bien ignorados. Otras veces el cine rebaja, diluye y empobrece la vida americana, la convierte, no en caricatura de sí misma, sino peor: en "comics" de sí misma, en tópico elemental, en ultravulgaridad. El proceso por el cual se ha llegado a este resultado es sumamente curioso. Hace algunos siglos, más o menos cuatro, se descubrió que el "héroe" de una ficción no necesita ser exteriormente excepcional; basta con que lo sea de hecho. Éste fué el primer paso; el segundo consistió en advertir que ni siquiera esa condición es necesaria; que el "héroe" puede ser cualquiera, porque toda vida humana está repleta de interés; y lo que hace que cualquiera se convierta en "héroe" es precisamente el arte: del novelista, del dramaturgo —y en este caso, claro está, del actor—, que no pueden ser

cualquiera. En el cine ha sido frecuente que un actor o una actriz que eran dos modos egregios de humanidad la prestaran al personaje humilde y vulgar, y así "contaran" con singular eficacia su vida. Ahora no; ahora lo más frecuente es que el actor o la actriz sean ellos mismos perfectamente triviales y anodinos y nos sirvan un esquema exangüe y sin gracia de la vida que pretenden encarnar. ¿No ha reparado el lector, si es habitual espectador cinematográfico, y no demasiado joven, que antes solían encantarnos los actores, aparte de los posibles primores de las películas, y ahora es infrecuente que el actor por sí mismo nos produzca ningún placer? Alguna vez he hablado de la delicia que eran las películas malas de Greta Garbo. Hoy, por el contrario, se suple eso con técnica fotográfica, de sonido, de "efectos especiales" —menguados sustitutivos del talento—. Y la consecuencia suele ser el bostezo.

Pero ¿y el otro elemento? ¿Y los que ven realmente los Estados Unidos? Yo creo que la mayor parte de los viajeros que llegan a Nueva York desde el otro lado del Atlántico y luego publican un libro sobre los Estados Unidos lo traen ya escrito. ¿Para qué se toman, entonces, ese trabajo? Sólo para "autenticarlo", para ponerle algunos sellos de caucho y etiquetas de hotel. Casi todos los europeos creen saber ya desde luego lo que son los Estados Unidos; a lo sumo, se trata de confirmar ideas. Y los pocos que admiten su posible ignorancia suelen hacer un viaje rápido, un recorrido turístico por el

país, que resulta poco menos que inútil. Haría falta una desusada penetración, un infrecuente poder analítico, para sacar algún provecho intelectual de una visita breve a Norteamérica. ¿Por qué esta dificultad? ¿No son los Estados Unidos un país sencillo y nuevo? Sí, sin duda; pero son una forma de sociedad totalmente distinta de la europea; sus supuestos, su estructura general son diferentes; y mientras no se conocen, no es posible entender rectamente ninguno de los fenómenos particulares, fácilmente visibles y que en sí mismos no tienen nada de complicado ni misterioso. Quiero decir que cada detalle, cada elemento tiene una función distinta de la que le correspondería en una sociedad europea; y a la inversa, si buscamos en los Estados Unidos lo correspondiente a cualquier realidad nuestra, hay que guardarse de mirar en la misma dirección. ¿Qué "corresponderá" en los Estados Unidos a la Sorbona? No es fácil decirlo —valdría la pena intentar responder a esa pregunta—; pero desde luego se puede adelantar que ninguna Universidad. Y así con todo. El único medio de llegar a entender algo de la vida americana es... vivirla. Hacer la experiencia de sumergirse en lo cotidiano, de repetir muchas veces las mismas sencillas acciones, de hacerse familiar un trozo del país. (Como éste es relativamente homogéneo, al menos dentro de enormes zonas, es mucho menos esencial de lo que pudiera pensarse en recorrerlo mucho; lo decisivo es, en cambio, "estar".)

Cuando no se hace esto, todo se convierte en una constante decepción, en el doble sentido de desilusión y engaño. Nada que se busca se encuentra; nada de lo que se topa se sabe valorar y comprender. Es menester una acomodación de la perspectiva, es menester situarse dentro de una forma de vida en cuyo seno las cosas adquieren sentido y realidad. Por esto suele ser desorientador, aun siendo veraz, el que se limita a "contar" cosas de los Estados Unidos, sin abandonar su propio punto de vista. Sin querer, lo deforma todo. Al empezar, hace ya largos meses, a transmitir a los lectores españoles algunas de las cosas que veía aquí, sentí bastante temor, y todo mi sentido de responsabilidad intelectual se me erizó. Se trataba de una materia sumamente delicada y que planteaba graves problemas metódicos. La solución que encontré podría expresarse con esta mínima fórmula: impresionismo y análisis. Atender sobre todo al gesto de las cosas, a su fisonomía, a su pura y simple expresión; y a la vez, ejercer un esfuerzo analítico para hacer que cada cosa fuese referida a su contexto, funcionase dentro de su modo efectivo. Sobre muchas cosas tenía desde el principio lo que pudiéramos llamar "información" suficiente; en ciertos casos, porque se trata de realidades tan elementales que están sin más a la vista: los anuncios, el modo como las mujeres conducen su automóvil, el "ir de compras", el comer; sin embargo, tenía la impresión de que todo eso, tan cla-

ro, no lo era; de que hacía falta saber otras muchas cosas más para entender cualquiera, la más insignificante de todas; por ejemplo, la vegetación que llena innumerables ciudades americanas; sin ir más lejos, este rincón del mundo que se llama Wellesley.

REMEDIOS CONTRA LA DESOLACIÓN

A María Rosa Alonso

Olvidamos demasiado que la vida está siempre amenazada por la desolación, que ésta la acecha en cada esquina. Distraídos con otros peligros, con otros males, también con los placeres, la perdemos de vista, y sólo caemos en la cuenta cuando nos encontramos indefensos frente a su mordedura. Pero como ésta es de lo más angustioso y abrumador que cabe, el hombre se ocupa de ella, a veces sin saberlo, y procura conjurarla. La mitad de las cosas que el hombre ha inventado son para consolarse de tener que morir; la otra mitad, o poco menos, para defenderse de la desolación mientras vive.

Y el caso es que Europa lo ha conseguido bastante. Quiero decir que la desolación colectiva, la desolación como "forma" de vida —no como situación personal que inesperadamente nos sobrecoge— es más bien infrecuente. ¿Por qué? Europa está demasiado llena, y la desolación es, ante todo, soledad, devastación, despoblamiento, vacío humano donde debiera haber compañía. Pero con esto último quiero significar que no es la soledad pura y simple, sino la soledad con otros, la soledad entre la gente. La desolación es, si se quiere una fór-

mula extrema, lo contrario de la comunión de los santos. Y por ahí se podría acaso entender el infierno. (Y, de paso, la frivolidad que encierra –por no evitar, como Descartes aconsejaba, la precipitación y la prevención– aquella tan sonada tesis de Sartre de que "el infierno son los otros".)

Pero ¿no estaré yo cometiendo una incongruencia? Si la desolación sólo se da en rigor cuando se está entre muchos, ¿cómo puede defender de ella a Europa el estar muy llena? ¿No se cierne la desolación especialmente sobre esas grandes ciudades –así, por ejemplo, algunas de Suramérica– llenas de cientos de miles de habitantes, que tienen algo de los solares sin edificar, de las casas en construcción, con los cristales pintados de blanco? Esas ciudades donde la imaginación exaltada acaba por ver un inmenso cartel –SE ALQUILA– que las cruza de Norte a Sur. Había olvidado decir, en efecto, de qué está llena Europa. Está llena de historia. Y esto quiere decir que está llena de muertos. "Si no hubiera más que los vivos –ha dicho entrañablemente mi amigo Gabriel Marcel–, el mundo sería inhabitable." En Europa tenemos junto a nosotros, detrás de nosotros, las innumerables legiones de difuntos con los que vivía Quevedo, "retirado en la paz de estos desiertos". Los que han vivido antes que nosotros en las mismas casas, en los mismos sitios. Los galdosianos inquilinos que vivieron y murieron en la calle del Pez y aclamaron o denostaron a Espartero; los que saludaron a las damas pálidas, llevándose la ma-

no al sombrero de copa, en el Salón del Prado; los que fueron a ver a la Calderona, o hicieron correr el último ingenio de Villamediana. Y los pretéritos habitantes de la rue du Bac, a los que todavía Balzac sirve de "medium", y los que dan pátina con sus almas superpuestas en la plaza de los Vosgos, y los que han hecho vibrar con sus lenguas locuaces, durante siglos, como cigarras, la napolitana calle de Toledo, y los que han pisado, brazo sobre brazo, acompasadamente, centenares de promociones de hojas secas, de esas que caen de los castaños, junto al Neckar.

Cuando no estamos más que los vivos, estamos solos. Y fácilmente nos acongoja la desolación. Es el caso de los países jóvenes, de los países nuevos, oficialmente alegres. A mí me conmueve indeciblemente lo que el hombre hace para eludir la desolación. Así —con sorprendente éxito— en los Estados Unidos, al menos en lo que mejor conozco de ellos, en New England. El hombre de estas tierras se ha esforzado por inventar remedios contra la desolación. Probablemente no lo sabe, o sólo se da cuenta allá en el fondo, muy oscuramente. Por ejemplo, la sonrisa. ¿Sonríen los americanos porque son felices? ¿O más bien para serlo? Por supuesto, para parecer que lo son, porque no es de buen gusto la melancolía, y la tristeza es bastante incorrecta. La sonrisa puede ser hasta un "slogan" —estúpido como todos ellos—: "Keep smiling". Pero en su significación más honda y verdadera, la sonrisa es la expresión

de la comunidad, el reconocimiento de que el prójimo existe y debe ser amado como uno mismo —o poco menos—, la proclamación de la convivencia como una bendición.

Y del mismo modo, la improvisación de la historia. Se dice que los Estados Unidos son un país "muy moderno", aséptico, "rolaco", intemporal. Sí, algunas veces; pero más bien como diversión y para pasar el rato o como excentricidad. Cuando se trata de vivir en serio, el americano se vuelve decididamente a la evocación. ¡Qué "antiguo" es todo! Casitas de la época colonial, subrayado de todas las migajas del tiempo viejo —1812 se llama un restaurant instalado en un sabroso caserón de esa fecha—, gótico del siglo XIX en los Colleges, donde un carrillón se derrama tiernamente a la hora del crepúsculo sobre un césped como los que hollaba Guillermo de Ockam, que hace pensar en Oxford o Cambridge, con siete siglos de latín a cuestas, pero es sólo Wellesley, o a lo sumo Cambridge, Massachusetts.

Y con el césped toda la vegetación. Sí, éste es el sentido de la delicia vegetal que envuelve estas ciudades. Castaños, olmos, arces, que se ponen rojos en el otoño; árboles y arbustos de profundo granate; yedras verdes o rojas, calendario trepador que dice las estaciones sobre el ladrillo de los muros; flores amarillas, azules, moradas, rojas, cultivadas con esmero en cada jardín abierto, paraíso franco para todos. El americano, tan recargado de quehacer, trabaja aplicadamente en su jardín, se esfuerza todo

el año para que la ciudad goce durante dos semanas el esplendor amarillo de las "forsythias". Entre el verde y las luces cromáticas de las flores, las casas de madera, pintadas de blanco, de maíz, de rosa, o mejor en su honrado color oscuro de madera envejecida. Donde no hay historia, o hay muy poca, bienvenida sea la naturaleza; y sobre ella, amorosamente, la cultura; quiero decir su forma original, la agricultura. Toda la ciudad vive, se estremece al paso del viento, nos da compañía con su follaje, sonríe con los guiños del sol y sombra entre las hojas, nos saluda con el buen olor habitual de la hierba cortada por los rodillos que van y vienen, o nos sorprende con el perfume inesperado de sus campanillas de olor. Esta vegetación es lo que corresponde... a las piedras viejas. Ejerce sobre nuestro corazón el mismo efecto tónico que la bajada por la segoviana calle de la Muerte y la Vida, o los arcos caprichosos de San Juan de Duero, o la románica torre de la Antigua, o los Cobertizos toledanos, donde arde una lamparilla y siempre hay una sombra de galantería y misterio. Junto al Tajo o el Pisuerga, el Sena o el Isar, el Hudson o el Charles, en granito o plantas verdes, se trata siempre de hurtar el alma a la desolación, enemigo implacable de este mundo.

OLD-FASHIONED

A Beate Jacoby

Una vez y otra surge la palabra; con un aire concluyente, de última instancia sin apelación. "Old-fashioned", literalmente, anticuado, pasado de moda. Claro, claro, en los Estados Unidos, país de la novedad y de los últimos modelos, se comprende que cuando de algo se dice que es anticuado no queda ya nada que añadir. En efecto; pero hay que advertir desde ahora que "old-fashioned" es... el sumo elogio. El excelente helado que se vende en sus cajas de cartón —dama con miriñaque y caballero de levita, chistera en mano— es "old-fashioned"; y lo son los bombones —por excepción, comestibles y hasta quizá ligeramente agradables— de Fanny Farmer (el gran fracaso de los Estados Unidos es la pastelería, que hace recordar casi con lágrimas las yemas de San Leandro, las segovianas del Acueducto, la amarilla capuchina que decora el Collado soriano, el mazapán que se encarga por la mañana en Zocodover, para llevarlo tierno por la tarde, los hojaldres y polvorones andaluces). Zapatos, joyas, cristalería, muebles: "old-fashioned". Y hasta la Compañía de ferrocarriles de Baltimore & Ohio anuncia, junto a su rapidez, seguridad, buena

comida y primores del "pullman", como sumo aliciente, "old-fashioned courtesy", anticuada cortesía. Lo cual es alarmante: ¿será de verdad cosa anticuada la cortesía, cuando así la califican sin vacilar las empresas ferroviarias?

Este adjetivo hace juego con la pasión por los "antiques", las antigüedades —muy poco antiguas, en verdad— que se venden en todas partes; por lo general, en casas de madera, construídas quizá después de Hiroshima, en minúsculas aldeas o en plena carretera —no en la viejísima rue Saint-Jacques, o en la sabrosa rue du Cherche-Midi, que sería ella misma un estupendo "antique", ni siquiera en la calle del Prado—. Y con los "Yankee and Rebel hats" —gorras yankees y rebeldes, es decir, del Norte y del Sur— que ofrecen los escaparates a los niños (señal inequívoca, dicho sea de paso, de que la guerra civil ya ha sido superada). Y con la microscópica atención por la historia americana.

Éntrese en una librería de los Estados Unidos, si es de viejo, mejor. Las librerías de viejo, ocasión o lance son de las realidades más expresivas de un país, de las que revelan más secretos. ¡Qué pocos libros en lenguas extranjeras! (También muy pocos en París, en las librerías del Barrio Latino o en los puestos de los "quais", junto al Sena: conste.) Rarísimos, claro es, anteriores al siglo XIX. Como en todas partes, infinitos libros inexplicables, de esos que nunca se entiende por qué se escribieron,

que nadie, salvo su autor y los cajistas, debió leer nunca; debería tomarse en serio este tema, y explicar alguna vez el conjunto de las publicaciones de un país en una época cualquiera; el resultado sería increíblemente esclarecedor. Y en todas estas librerías —Nueva York, Boston, Cambridge—, estantes, estantes de libros sobre los Estados Unidos. Pero entiéndase bien: no grandes síntesis sobre lo que los Estados Unidos son y han hecho en conjunto —estos libros, llamémoslos así, narcisistas son recientes y todavía escasos—, sino libros sobre pequeños detalles de todo orden: las brujas de Salem, la vida de Dolly Madison, las exploraciones de Narváez, Soto o Champlain, el paisaje de Maine, la proclama de Gettysburg, los muebles de Nueva Inglaterra en el siglo XVIII, la historia de los ex Presidentes después de salir de la Casa Blanca, las hazañas de Kit Carson, los primeros tiempos de Wall Street, las ideas de Jefferson o la que Martha Washington tenía de su marido, la historia minuciosa de Harvard, Yale, Wellesley o West Point; más aún: la del revólver Colt —el "peacemaker" o pacificador— o la de Deringer, el inventor de la pequeña pistola de dos cañones que se llamó "derringer", duplicando la r igual que sus disparos.

Esto quiere decir que el supuesto "actualismo" de los Estados Unidos es una superstición de viajeros apresurados. Su pretérito actúa en todo y en cada instante; y, sobre todo, en forma concreta; por

eso he insistido en recordar los menudos, a veces minúsculos temas que interesan. Las grandes apelaciones retóricas al pasado son otra cosa. Sagunto, Numancia, Lepanto, el Dos de Mayo. Se puede "nombrar" todo eso e ignorar a fondo toda nuestra entraña. ¿Qué saben los españoles –salvo los cronistas locales– de la ciudad en que viven? ¿Les son familiares las vidas, los hechos, los dichos, las cartas de los hombres que han vivido antes que nosotros? Los antitradicionalistas quisieran empezar en cero cada mañana; pero ¿y los otros? El pasado inmediato es lamentable y hay que volverse de espaldas a él; el siglo XIX es un error y un disparate; el XVIII fué extranjerizante, afrancesado y volteriano; el XVII es el de la decadencia. Queda el siglo XVI; pero como a unos no les gusta Carlos V y a otros les molestan los Comuneros, resulta que la tradición se adelgaza cada vez más, y apenas queda reducida a los Reyes Católicos; porque la Edad Media, con sus Trastamaras y sus sombras, sus moros y judíos, apenas dejan dos o tres puntos a salvo: la barba del Cid, la tienda del Miramamolín y tal vez el nombre –sólo el nombre– de Fernando el Santo.

Por esto, los Estados Unidos son tridimensionales; quiero decir que no tienen sólo longitud y latitud, entre los dos Océanos, entre el frío canadiense y el ardor caribe, sino también espesor temporal, solidez, consistencia; dicho con otras palabras, realidad social y, por eso, posibilidades históricas. No

se sabe bien cuánta fuerza encierra el hecho de que cuando el americano quiere elogiar su producto, helado de vainilla o cortesía sobre raíles, el calificativo que se le ocurra es "old-fashioned".

IR DE COMPRAS

A Goya y Fernando Chueca

De tres maneras principalmente se puede ir de compras en los Estados Unidos. La primera es la tradicional y universal: echarse a la calle, ver escaparates, entrar en tiendas y almacenes, curiosear, irse cargando de paquetes y volver sin haber adquirido nada de lo que se necesitaba, pero con otras cosas inesperadas y superfluas, por tanto mucho más apetecibles. El segundo procedimiento es ya mucho más americano: consiste en coger el coche y trasladarse a uno de esos lugares que se llaman "Shopping Center" o, con un poco más de retórica, "Shop World", "Shopper's World". Centro, mundo, como se quiera, de las tiendas o del que va de tiendas. Estos centros no están en ninguna parte, quiero decir en ninguna ciudad, sino en una carretera. (Alguna vez tendré que hablar de ese mundo que es la carretera norteamericana, dotada de una sustantividad propia y donde hay hasta ¡librerías de viejo! Cerca de Wilmington, en Delaware, a pocas millas de los fabulosos jardines de la familia Du Pont, donde se encuentran infinitas orquídeas conseguidas a costa del "nylon", he podido buscar y rebuscar viejos libros, como en la calle de San Ber-

nardo en las penumbras donde hace unos años solía encontrarse a Baroja). Esos mundos mercantiles se componen de innumerables almacenes yuxtapuestos —construcciones ligeras, enormes lunas, iluminación reverberante y, dentro, cuanto Dios crió—, un cine, varios "drug-stores" y un colosal espacio para estacionar los coches de los compradores. Los habitantes de muchas ciudades concurren a esos mercados, situados fuera de ellas, donde se puede circular, donde se puede dejar el coche, donde se puede entrar con las manos vacías y salir con la casa puesta, víveres para un año, un bote para el verano y, naturalmente, otro coche nuevo.

El tercer modo de comprar es el más sencillo, eficaz y americano de todos: quedarse en casa, con un número del "New York Times", por ejemplo, e ir escribiendo cartas. A los pocos días el tremendo correo americano, en el que casi lo de menos son las cartas, empieza a traer paquetes de todos los puntos del país: sombreros, zapatos, trajes, visillos para las ventanas, libros, aparatos de televisión, mermelada, jamón, semillas de plantas exóticas, muebles, ingenios de pesca y caza. A la aldea más remota, Idaho, afluye el comercio entero de los Estados Unidos. Y comprar por correo tiene, a decir verdad, insospechados encantos.

Pero hay un hecho que sorprende al que va de compras por cualquier ciudad americana; y es la ninguna fijeza de los precios, la diferencia que hay entre ellos de una tienda a otra, de una fecha a

otra. A veces se trata de productos muy semejantes, a veces se trata de los mismos exactamente. Mis amigos los economistas suelen explicar que en el mercado libre y efectivo, con muchos compradores y muchos vendedores —donde no hay monopolio, ni oligopolio, ni otras cosas de que hago gracia al lector—, los precios se regulan por sí mismos y son uniformes. Sin duda será así, pero no es menos indudable que las sopas Campbell cuestan 18 centavos en un almacén, y un griego las vende, a cinco minutos de distancia, a 20; y a 27 centavos, los "corn flakes" que se pueden comprar a 21; y así sucesivamente. Y un amigo mío estuvo comparando largo rato, tejido con tejido, piel con piel, forro con forro, su "storm coat" con el que yo había comprado por el 40 por ciento de su precio; y un traje del mismo tejido se vende exactamente al doble precio en la acera derecha de una calle de Boston que lo que cuesta en la izquierda; y, por último, de un aparato sumamente ingenioso he comparado estos tres precios: 39.50, 14.95, 4.95 —este último precio ha sido, naturalmente, el mío—. En la misma tienda, los precios cambian; en general, se trata de que a fin de temporada, bajan; pero no sólo eso: unos zapatos de 11 dólares pasaron una o dos semanas a 8, para volver de nuevo a su precio normal.

Yo creo que hay algunas razones no estrictamente económicas que pueden explicar estas anomalías; es decir, sí son económicas, pero pertenecen a los arrabales de esa ciencia (donde, por lo demás,

quizá se halle un núcleo más fecundo). Para mí, el griego puede vender las sopas Campbell más caras, a pesar de que las mismas latas se encuentran desde Montana a Maine y desde California a Florida, por dos razones: la primera, porque cierra su establecimiento muy tarde y abre los domingos; la segunda, porque tiene una fruta exquisita. De este modo, tiene compradores seguros y habituales, que pagan esas ventajas tolerando el ligero abuso de los otros precios.

Pero, sobre todo, hay una razón general que justifica la falta de fijeza y la labilidad de los precios: el carácter "standard" de la inmensa mayoría de las mercancías americanas. Quiero decir que la sorpresa, lo inesperado, el hallazgo, son prácticamente imposibles. Y con ello falta uno de los incentivos capitales del comprar, el elemento deportivo y emocionante. Los comerciantes americanos son lo bastante inteligentes para comprenderlo; y hacen que la variedad y la sorpresa, ya que no el producto, estén en el precio. Comprar, para muchos, se convierte en ir a caza de gangas; y, en efecto, la palabra "bargain" es de las que más reiteradamente aparecen. En Boston, unos enormes y famosos almacenes tienen un "Bargain's Basement"; un sótano de gangas, dantesco, lleno de multitudes que examinan, compran, se prueban, pagan y toman café, sandwiches y bebidas insípidas en un bar circular; allí se comprende, mejor que en parte alguna, aquel famoso capítulo inicial de "La Rebelión de las ma-

sas": el hecho de las aglomeraciones. Pues bien, este Basement está fundado en el siguiente principio: las mercancías se exponen con su precio y la fecha; cada semana que pasa, se rebajan automáticamente en un 25 por ciento; si se quiere comprar barato, casi gratis, gratis incluso, es cuestión de esperar; a menos que... otro se haya adelantado. Se convierte, pues, en una Bolsa, en que se puede jugar a la alza y a la baja; de ahí la emoción, lo divertido y, por consiguiente, las aglomeraciones. Porque, como sabía ya Pascal, el hombre que juega no se divertiría si no pudiese ganar un poco de dinero; pero si se le diese ese poco de dinero, sin jugar, no se divertiría.

LA EDAD MEDIA EN NEW ENGLAND
(UN CASTILLO EN BOSTON)

A Enrique Lafuente Ferrari

No, no es una errata. No se trata de ningún castillo bostoniano, sino de algo todavía más extraño y anacrónico: una parcela de Aragón el extremoso incrustada en el solar mismo de los Padres Peregrinos, en el riñón de Nueva Inglaterra.

No puedo apartar de la memoria la brusca sacudida. Iba recorriendo apaciblemente, con alguna excitación estética más viva de cuando en cuando, por las salas del Museum of Fine Arts de Boston. Sin mayor tropiezo pasaba de las oscuras obsidianas egipcias a las blancas Venus; de los deliciosos caballos chinos, de porcelana coloreada, a los paisajes de Middle West o de Massachusetts, pintados hace cien años por americanos románticos, conmovidos ante cada monte nevado o cada cascada; del temblor retórico de Fray Félix Hortensio Parravicino, que el Greco pintó, a la pareja —barba y sombrero amarillo, capota roja y pasión contenida— que danzando en Bougival pintó Renoir. Y de pronto, al trasponer la puerta de una sala, lo imprevisto, la alucinación, tal vez el retablo de Maese Pedro. Por la magia de una humilde portada románica, las blancas paredes neutras del Museo se des-

vanecieron: en su lugar, una plaza con casas de ladrillo rojo y algunas de adobe; una posada con carros de mulas a la puerta; fajas, abarcas, corpiños y mantones; una fuente cercada de cántaros, que vierte su hilo de agua sobre la "verdinosa piedra", y un reguero que corre sobre la tierra seca. España. Cuando pude volver a Boston, me acerqué y leí la cartela que había al lado de las piedras viejas. Y, en efecto, estaba en España: Iglesia de San Miguel, de Uncastillo, provincia de Zaragoza.

En esta tierra sin Edad Media, una iglesia del siglo XII. El contrasentido, el imposible. Y esa fuerza española capaz de reconstruir con el pobre ministerio de unas piedras modestas todo su mundo. Pero ¿por qué tan grande choque? ¿Por qué produce tan violenta conmoción la portada de la iglesita aragonesa, en un museo donde Persia, Caldea, Egipto y China conviven con Venecia, Flandes, la corte de los Austrias y el París de Verlaine? ¿Por qué, en ese espacio irreal de un museo, donde todo es válido y compatible, no era posible resbalar indiferente o complacido por la iglesia de San Miguel?

Es que no se puede barajar sin más distinción las artes. Ese nombre —en el fondo ambiguo— cubre tantas cosas distintas... No es lo mismo un cuadro, un jarrón, una espada cincelada, un torso de mármol, una sonata, un soneto, una catedral gótica. Unos son cosas y otros no; y entre los que son cosas, ¡cuántas diferencias, y en qué distinto grado! Por lo pronto, como en un inventario, habría que distin-

guir bienes muebles e inmuebles. Aquí está. Las pinturas, las estatuas, los bronces, los cristales pueden ir y venir; los edificios, no. Pero ¿no está aquí, en Boston, la iglesita de Uncastillo? Esto es lo grave: que pasen cosas que no pueden pasar, que las casas, en lugar de vivir y morir donde han echado sus cimientos, sus raíces, recorran el mundo, crucen los mares o, simplemente, la calle. (Un amigo mío se quedó un día aterrado cuando le dijeron con la mayor naturalidad: "Cuando esta casa estaba en la calle de Washington...")

Una casa es sierva de la gleba. Tiene que estar radicada en un contorno, y lo exige, lo pone, lo inventa. El edificio antiguo evoca todo un mundo pretérito. El encanto de las ciudades viejas no es sólo ni principalmente estético —la estética es una gran encubridora—, sino que consiste sobre todo en la resurrección de mundos que pasaron; y cada una tiene su edad, legible en sus casas, como en los pliegues de un rostro; su edad, que marca los límites de su biografía, pone fronteras a sus experiencias vividas. Este hombre no fué al Congreso a oír a Castelar; este muchacho no conoció las noches del Real; esta ciudad no tuvo Edad Media, peregrinos a Santiago o a Roma, gremios, noticias del moro, cancioneros cortesanos, torneos. (¡Cómo suena la nostalgia de este mundo ajeno en los versos ingleses en que Longfellow, bostoniano romántico, revivió las Coplas de Jorge Manrique.) Por eso, la portada románica de San Miguel de Uncastillo, trasplan-

tada, llevada en barco sobre el Atlántico —al lado de la catedral sumergida, ¿por qué no la iglesia navegante?—, tiene el dramatismo inquietante y gracia equívoca de lo absurdo, de lo que no puede ser y, sin embargo, ahí lo tenemos delante de los ojos.

LA VIDA INTELECTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

A José Ferrater Mora

En cuanto dos personas suscitan el tema de la vida intelectual norteamericana, empieza la discordia. ¿Qué digo dos personas? Basta con una; porque tan pronto como alguien formula en su intimidad cualquier opinión sobre ello se le ocurre imperiosamente afirmar lo contrario. De ahí que se pendule entre la admiración y el desencanto, entre la confianza y el escepticismo, entre el pasmo y el desdén, a veces entre la beatería y el sarcasmo. Por lo general, se aducen hechos: los mejores libros de lógica simbólica son americanos; se están escribiendo tantos miles de tesis doctorales sapientísimas; el 97,3 por ciento de los estudiantes de la Universidad X no saben dónde está el Danubio, y el 84,8 por ciento no han oído hablar de Calderón; las investigaciones sobre la ACTH que se realizan en los Estados Unidos son prodigiosas; mientras se pueden leer en español las obras completas de Dilthey, sólo unas cien páginas de fragmentos están traducidas al inglés; en las Universidades americanas enseñan unas cuantas decenas de los nombres más grandes del mundo; el orgullo mayor de tal universidad no son

sus tres premios Nobel, sino su equipo de baseball.

Como se ve, los hechos, por sí solos, más bien confunden. Porque, supuesto que todos sean exactos, no sabemos a qué carta quedarnos. Creo que sólo nos puede orientar una idea más clara de las formas de lo intelectual en los Estados Unidos. Y, ante todo, un hecho que —éste sí, porque es más que un hecho, una estructura— resulta decisivo: la "vida" intelectual americana no es vida pública, sino vida profesional. Con esto quiero decir que el intelectual americano no es un "hombre público"— se entiende, no lo es forzosamente, y si lo es, se debe a otras razones que su función intelectual: que su retrato ha aparecido en "Life", que ha actuado en la televisión; que el senador McCarthy lo ha atacado, o que ha atacado al senador McCarthy; que ha recibido un premio resonante; que ha opinado sobre si se debe nombrar o no un embajador en el Vaticano; que dirige una fundación distribuidora de "fellowships". En estos casos, el intelectual se convierte en hombre público, y adquiere esa notoriedad que en nuestros países se consigue a veces pensando y escribiendo; naturalmente, su fama no tiene nada que ver con sus ideas, y el público se pasa muy bien sin conocerlas. Sería interesante saber cuántos intelectuales americanos son conocidos por el gran público; probablemente se sabe ya, y hay estadísticas; pero en este tiempo de verano no me siento en temple de buscarlas.

¿Quién conoce a los intelectuales? ¿Dónde se da

su prestigio? ¿En virtud de qué mecanismos alcanzan sus puestos, su estimación y su influencia? Desde luego, quienes los conocen son los otros intelectuales. Pero aun esto es mucho decir: hay que restringirse desde luego a los de su misma especialidad. Al químico lo conocen los químicos, al filólogo los filólogos, al egiptólogo los egiptólogos. Las Universidades americanas no se dividen en Facultades, sino en estrictos Departamentos, a los que sería mejor llamar compartimientos estancos; y es muy difícil que se transmigre de uno a otro, que un filósofo sea conocido por los hispanistas, que los psicólogos tengan idea del ilustre historiador, que los helenistas se hayan enterado de que en el despacho de al lado trabaja el descubridor de un importante teorema. El patrono de los intelectuales americanos podría ser muy bien Juan Palomo.

La estimación social de que goza el hombre de ciencia, el profesor o el escritor no popular viene de lo que en él es social también: su puesto en tal College importante, el hecho de que es técnico de la General Motors o de que es autor de libros publicados por una editorial solvente y de los que se ocupa el suplemento dominical del "New York Times" o las revistas especializadas. Y como todas estas cosas tienen prestigio, éste se condensa automáticamente sobre la cabeza del beneficiario, pero no sobre su nombre y su personalidad propia. En España, un hombre admirable y admirado ocupa una cátedra; y nada de esa admiración refluye sobre

su sucesor —tal vez por pensarse que el ocuparla no prueba demasiado—; en los Estados Unidos, el titular de una "professorship" ilustre es ilustre desde luego, antes de saber de quién se trata; y muchas veces luego no se tiene tiempo de averiguarlo.

Imagínese lo que significa ese simple hecho —vida profesional frente a vida pública— para el funcionamiento de las cosas intelectuales todas. Cuando se habla de la "importancia" que algo tiene, cuando se pregunta uno por la libertad intelectual, por las posibilidades, por la influencia sobre el país, hay que tener en cuenta esa estructura; sin perder de vista, claro es, que la inmensísima mayoría de las instituciones científicas y docentes de los Estados Unidos son privadas y no estatales, es decir, están a cargo de la sociedad y no del Poder público. Sería quimérico pensar que en Norteamérica fuese conocido y hasta popular un hombre que en su vida hubiese hecho otra cosa que inclinarse sobre textos medievales, como Menéndez Pidal, o hablar en voz baja y apenas escribir de cosas que sólo unas docenas entienden, como Zubiri, o componer unos sencillos versos estremecidos hablando de las colinas y los alcores de Soria, como Antonio Machado, para no hablar de figuras más ricas y complicadas, como Unamuno, Ortega o Ramón Gómez de la Serna, Valle-Inclán o Ramón y Cajal. Y esta publicidad de la vida intelectual, que encierra no pocos riesgos, es una gran defensa; porque en América las cosas marchan porque las instituciones son solventes, por-

que está montado con sana normalidad el sistema de los prestigios; pero piénsese en el riesgo que significaría su quiebra y el no contar con la suprema instancia del público, de la sociedad, más lenta y segura que el Estado, capaz, si llega el caso, de dar existencia social al que no es nada y de encogerse de hombros ante el que aparece siendo casi todo.

Pocas cosas aclaran más la situación intelectual de los Estados Unidos que lo que en ellos sucede con España y el hispanismo. Pero este tema bien merece ser tratado de frente otra mañana.

EL HISPANISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

A Janet Meyers Hennick

Lo primero que hay que subrayar es el enorme volumen de la ocupación de los norteamericanos con lo hispánico; en ningún país se estudia tanto nuestra cultura —probablemente ni siquiera en España—. Existen en los Estados Unidos unos mil centros universitarios (Universities y Colleges); hay que contar además unos quinientos Junior Colleges, de carácter más elemental; la inmensa mayoría de ellos tienen organizados estudios de lengua y cultura españolas, en Departamentos autónomos o dentro de los de Lenguas románicas; el español se estudia además en innumerables "high-schools" y en otros centros. Baste recordar, por otra parte, que en 1950 las instituciones superiores americanas confirieron 2.541 grados en el campo del español (en francés, que es la lengua siguiente, sólo 1.825). Las tesis sobre temas hispánicos son numerosísimas; las revistas, bien conocidas por su número y calidad.

Hasta aquí, simplemente hechos. Pero ellos solos no permiten comprobar la situación de lo español en los Estados Unidos. Dos son las ideas dominantes, que se reparten la opinión; con frecuencia se pasa de una a otra, cuando se descubre el error

de la primera, y lo malo es que, por la misma razón, tampoco puede uno quedarse en la segunda. Si se advierte que, además de los estudiantes que se gradúan en español, otros muchos más —hasta un veinte por ciento o más todavía en muchas instituciones— aprenden nuestra lengua y siguen cursos de literatura española, se piensa que España es absolutamente familiar a los americanos. Y en seguida empiezan las decepciones. Porque el norteamericano medio tiene una idea muy confusa de nuestro país; nuestra geografía le es borrosa; de nuestra historia sabe muy poco; de nuestra cultura sólo se salvan unos pocos nombres: Velázquez, Goya, Cervantes, Ortega, Lorca. No, España es muy poco conocida entre las muchedumbres de los Estados Unidos. (Claro es que ningún país es conocido por las mayorías de ningún otro: hágase examen de conciencia acerca de nuestra información exterior: ¿cuántos podrán trazar un esquema de la historia de Polonia? ¿Cuántos poetas ingleses conoce el español medio? ¿Sabe situar los diversos estados de la Unión? Si se investigan las ignorancias geográficas o históricas de franceses, ingleses o alemanes, los resultados son también aterradores.) Esto quiere decir que la acción del hispanismo norteamericano sobre su país es muy diferente de la que tendría en un país europeo; porque si en cualquiera de éstos existiera tanto trabajo y ocupación sobre una cultura extranjera, ésta sería casi tan familiar como la propia.

Al advertir esto, se cae en la segunda idea: el utilitarismo. Claro está —se piensa—; los norteamericanos aprenden español, no porque España les interese, sino para comerciar con Hispanoamérica. Siento no poder instalarme cómodamente en esta nueva interpretación. Porque el hecho evidente es que los norteamericanos comercian con la América española... en inglés. Me gustaría saber cuántas cartas comerciales en español se cruzan entre las dos Américas. Y una prueba de ello es la orientación que se da a los estudios hispánicos. Un par de Universidades que introdujeron la innovación de aprender el español con periódicos fracasaron estruendosamente. Para iniciarse en nuestra lengua se prefiere leer a Galdós, Valera, Unamuno o Machado, a Cervantes, Lope de Vega o la novela picaresca, a Rubén Darío o Rómulo Gallegos. Cuando la Universidad de Harvard me invitó a dar dos cursos, el año pasado, ¿cuáles fueron sus temas? El Romanticismo en España, uno de ellos; el otro, Unamuno y Ortega. Sobre Unamuno y Machado versaban las dos tesis que he dirigido en los Estados Unidos. Y cuando el Departamento de Estado me propuso dar conferencias en Georgetown University, en Washington, no le interesó que hablase de política, ni de economía, ni de nuestras relaciones con Hispanoamérica, sino de "Las ideas y las letras en la España de hoy". Y esta mi experiencia personal no hace sino confirmar el tono general de lo que acontece.

¿Cuál es entonces la conclusión? Una vez más, la diversa estructura de las sociedades europeas y la norteamericana. El carácter profesional y no público de la vida intelectual en los Estados Unidos. La familiaridad con lo español de los que lo cultivan es grande y en muchísimos casos entrañable; pero no rezuma —quiero decir, lo suficiente— sobre la sociedad. Le falta resonancia, publicidad —es decir, carácter público, no "propaganda", gran plaga de nuestro tiempo—. Y una de las razones de esa falta de resonancia —sólo una, por supuesto— es lo poco que nos cuidamos los españoles de intensificarla, y la escasísima que entre nosotros tiene todo lo que allí se hace acerca de nosotros. Recuerdo que el año pasado el consejero cultural de la Embajada francesa fué a Wellesley College a imponer las insignias de la Legión de Honor a una profesora americana. ¿Qué había hecho para ello? Nada: enseñar ejemplarmente literatura francesa durante treinta años. No había sido de Vichy ni de la Resistencia; no se ocupaba de política francesa; gracias a su labor, treinta promociones de muchachas habían aprendido a conocer y amar, no a M. Auriol, ni a M. de Gaulle, ni a M. Herriot, sino a François Villon, a Racine, a Baudelaire, a Proust, a Stendhal, a Bergson, es decir a Francia.

Con todo, creo que la intensidad con que lo español aparece en los Estados Unidos, la pasión española de buen número de hispanistas, el entusiasmo conmovedor de la mayoría de los estudiantes

y, sobre todo, ciertos cambios todavía sólo iniciados en la estructura social del país, todo esto ha de llevar, a poco que lo justifiquemos nosotros, a una presencia enérgica de España; quiero decir de ese modo de ser hombre que llevamos intentando unos cuantos siglos en un rincón de Europa y que de vez en cuando sale bien.

CARA Y CRUZ DE LAS BIBLIOTECAS AMERICANAS

A Eugene Davidson

En mitad del "campus", entre el césped verde o la nieve crujiente, está la Biblioteca.

A través de sus grandes ventanales siempre abiertos se ven libros y libros. ¿Cuántos? Cien mil, trescientos mil, un millón, acaso seis millones. Por la noche —la Biblioteca se abre según la conveniencia de los lectores, no de sus guardianes— arde toda encendida, bajo las altas estrellas o las nubes tenaces, reluce entre los árboles oscuros, y parece que llama en el silencio.

Una biblioteca universitaria americana no es una ventanilla, ni un mostrador, ni siquiera un catálogo ante una pared hermética tras de la cual se supone que hay libros. Es... una biblioteca; es decir, un edificio con muchos libros, reales, visibles, palpables, suculentos, tentadores. Capaz de seducir hasta a los que son más reacios a frecuentarlas. Libros de todas las épocas, en todas las lenguas, sobre todos los temas, que aumentan sin cesar, que no se detienen acaso en 1850, que vienen a ocupar su puesto en los estantes mediante el simple deseo de un futuro lector.

Las bibliotecas americanas están fundadas en tres principios: visibilidad, accesibilidad, confianza. Los libros están en sus estantes metálicos, en grandes naves, en pequeñas salas, todos patentes y a la vista. Nos hacen guiños con sus tejuelos, nos tientan, nos invitan a leer. Cuando no se quieren explorar los grandes ficheros, se busca en los estantes, se hacen descubrimientos inesperados. Al apretar un botón se van encendiendo tubos de neón que iluminan los lomos multicolores. Se puede circular por toda la biblioteca, arriba y abajo, perderse en el bosque de papel impreso, llegar a todas partes, sacar los libros, hojearlos, llevarlos a una mesa inmediata —no a una remota sala de lectura—, trabajar con cuantos se quiere: cinco, diez, veinte. Se los puede uno llevar a casa —si se es profesor o si se es estudiante, tanto da—, sin más que poner el nombre en una ficha. (En cambio, no se los confina en un seminario inaccesible, castillo de irás y no volverás, donde sólo puede penetrar algún iniciado, y que parece vigilado por "un lebrel que no duerme y un dragón colosal"; sólo se los pone transitoriamente en "reserva", excluídos del préstamo, sólo utilizables en la biblioteca.)

Imagínese lo que esto significa como posibilidad de estudio, investigación o simple lectura. Y con escasas diferencias, así son las numerosas bibliotecas públicas, siempre propicias a las adquisiciones deseadas por cada lector, a veces propiedad de un número de socios que las utilizan en común. Nada pa-

rece más perfecto, más conveniente, más apetecible. Sí, sin duda son deliciosas, y hay que poner en su cuenta ciertas decisivas ventajas de la cultura de los Estados Unidos. Pero la realidad es tan compleja. . .

Estas maravillosas bibliotecas tienen una consecuencia que a mí me apesadumbra: la disminución de las bibliotecas privadas. Las gentes tienen pocos libros. Los mismos intelectuales, profesores, escritores, suelen albergar en su casa sólo unos centenares de volúmenes. Libros regalados por autores amigos, algunas revistas; esos pocos libros decisivos que hay que usar a toda hora; libros que ya se han leído en la biblioteca, cuyo interés se ha comprobado. Los libros americanos son muy caros, se dice. Es cierto, pero también los ingresos son mayores que en otras partes; no, nunca me convencen las explicaciones utilitarias. No es mayor el sacrificio que tiene que hacer el americano para comprar libros que el equivalente español, francés, inglés o alemán. Lo que ocurre es que la facilidad de la Biblioteca pública es la gran tentación. ¿Para qué comprar? El libro recién publicado está ya seguramente en su estante; si no, basta con llenar una hojita con el título, y unos días después, unas semanas si tiene que cruzar los mares, llegará puntualmente.

Pero ¿es lo mismo? Yo tengo una fe mucho mayor en los libros que se tienen en casa; esos que se leen y se releen, que se llenan de rayas y señales, tal vez de comentarios en los márgenes; esos que se alcanzan inesperadamente, en la alta noche,

cuando debería uno acostarse, y retienen todavía una hora más en vela. Creo que estos libros familiares son los que más real y profundamente forman y constituyen una personalidad intelectual. El estudioso español, a costa de quién sabe cuántos esfuerzos, cuántas renuncias, cuántos trajes con brillo, va acumulando su biblioteca. Mil volúmenes, dos mil, cinco mil, alguna vez, diez o veinte mil. Caminatas por la Feria de Libros, buceos en la penumbra de las librerías de viejo, catálogos extranjeros hojeados con codicia y temor, caza de gangas —cada vez más raras, descastadas por los grandes cazadores sistemáticos—. Al final casi no se puede estar en la casa, los libros rebosan por todas partes, invaden las mesas, las sillas, el suelo. Naturalmente, nada de coche, ni nevera eléctrica, ni nada: libros, libros, libros.

Pero no es esto sólo, sino que tiene una consecuencia inesperada; la dificultad de publicar libros en los Estados Unidos. Su costo es muy grande —papel caro, hábito de lujo en la edición, encuadernación, salarios altísimos—, y sólo puede publicarse un libro del que se venden 10.000 ejemplares, como mínimo 5.000. Y como las bibliotecas son quienes los compran, no el individuo anónimo, el mercado es insospechadamente reducido, en relación con el volumen y la riqueza del país. Las gentes no compran muchos libros —especialmente de carácter intelectual superior—, porque no hace falta: los leen en las bibliotecas; pero como éstas, siendo

muchas, no pueden bastar, muchos, muchísimos libros interesantes, tal vez los más importantes, no pueden publicarse, y no serán leídos, ni en casa ni siquiera en la Biblioteca pública. Sólo las Prensas universitarias pueden afrontar la probable pérdida que significa la edición de un libro científico; y aun éstas suelen invitar al autor a adelantar mil o dos mil dólares para su publicación. Por esto se da el caso paradójico de que en España, que suele pasar por cima de la pobreza, se puedan publicar muchos libros que resultan imposibles en el país más rico del mundo, donde no hay, por ejemplo, una sola editorial con un catálogo comparable al de la Revista de Occidente. Y de esta situación, que significa una amenaza gravísima para el porvenir intelectual de los Estados Unidos y, en definitiva, de todo el mundo, resulta responsable esa maravillosa perfección de las Bibliotecas americanas, que se verán privadas —gracias a ella misma— de albergar algunos de los mejores libros que se han escrito o se hubieran podido escribir.

PROVINCIANISMO

A Edith Helman

Hace unas semanas, la revista "Time" dedicó su más largo e importante artículo —y lo que es más, su cubierta multicolor— al Profesor Mortimer Adler. Durante las semanas siguientes, he ido leyendo con atención las "cartas al Director" que han ido glosando dicho artículo. Desvanecidos ya los comentarios, encuentro que faltan los que yo estaba esperando. Y la ausencia de ellos, es decir, la falta de reacción a un punto preciso, traslada la cuestión de su autor y de Adler mismo a un lugar más importante: la sociedad americana. Y al llegar aquí empiezo a interesarme.

¿De qué se trata? El profesor Adler es uno de los intelectuales más brillantes de los Estados Unidos (el adjetivo está escogido con singular cuidado). Está vinculado a los grupos más activos y promisores de la cultura americana: la Universidad de Chicago, la Ford Foundation, los cursos de Aspen, Colorado, cuya inspiración ha de buscarse en nuestro madrileño y problemático Instituto de Humanidades, la Enciclopedia Británica. Bajo los auspicios de ésta, Mortimer Adler, con un imponente Estado mayor, prepara una colección llamada los Gran-

des Libros del Mundo Occidental, que irrumpirá hacia el mes de setiembre en el mercado, al precio de unos 300 dólares la edición popular: 54 volúmenes de 74 autores, con un total de 443 obras. La revista americana agrega esos datos cuantitativos que dan un estremecimiento de placer a sus lectores: 32.000 páginas, 25 millones de palabras, y, sobre todo: 5 pies y 1 pulgada en el estante. Además, un colosal índice de temas en dos volúmenes, llamado Syntopicon, donde aparecerán las 102 Grandes Ideas y los 1.792 términos subordinados a ellas, con referencias a los pasajes de todos los autores en que están tratados dichos temas. Hay que advertir, desde luego, que se trata de un enorme esfuerzo para ampliar el horizonte intelectual de los lectores americanos, de una ofensiva de las "humanidades" contra el cientifismo angosto, el positivismo lógico y ciertos monopolios de vía estrecha que influyen más de la cuenta en la Universidad del país, y a través de ella en todo él.

Pero la lectura de la lista de autores frena un tantico el entusiasmo. ¿Quiénes son? Apenas es necesario decir que España brilla por su ausencia; pero esto es tan sólito, que ni siquiera sorprende. Sólo Cervantes es uno de los 74 grandes de este mundo occidental. Frente a su figura solitaria, 25 nombres anglosajones proclaman la creencia de que la cultura de lengua inglesa representa un tercio de toda la occidental, antigua, medieval y moderna, incluídos griegos y romanos. Optimismo, ¿no es cierto?

Aparte de ello, las sorpresas son frecuentes. Desde el principio encontramos a Apolonio y a Nicómano, pero no a Cicerón, cuya sombra se ha proyectado durante dos mil años sobre Europa —en política, en derecho, en filosofía, en retórica—; ni a Séneca, que ha vencido los tiempos para reaparecer una vez y otra en todos los puntos decisivos: en el nacimiento del cristianismo, cuando va a tomar forma la Edad Media, en el mundo renacentista, en el siglo barroco, dando una mano a Descartes y otra a Quevedo.

En la lista de Mortimer Adler figuran Hamilton, Madison y Jay, redactores hace siglo y medio del "Federalist"; pero en tanto buscamos a Petrarca, maestro de la lírica europea, maestro también de amor, artífice de la vida íntima durante dos siglos enteros; a Erasmo, que personifica una época íntegra; a Lutero, sin el que no se entiende ni la lengua alemana ni la historia de Europa; a Voltaire, que llenó el siglo XVIII. No es esto sólo. Si se pidiera elegir un solo nombre para simbolizar en él la cultura de Occidente, quizá pudiera ser Leibniz —infinitésimos y mónadas, física dinámica y teología, unión de las Iglesias y Academia de Berlín—; pues Leibniz, por increíble que esto parezca, no es uno de los 74, entre los que hallamos a Gilbert o Huygens, probablemente con un poco de rubor en sus pálidas mejillas difuntas. Y la misma emoción sentirá el discreto y agudo Stuart Mill, al buscar y no encontrar a su maestro Auguste Comte,

fundador del positivismo y de la sociología —las dos ideas de que más han vivido hasta ahora los Estados Unidos—, clave del siglo XIX.

Fielding, Sterne, Boswell. Está bien; pero ¿tenemos que pagar por ellos la ausencia de Herder, Fichte y Schopenhauer? Bienvenido sea Faraday, pero a condición de que no venga en lugar de Planck. ¿Puede entenderse el pensamiento occidental de los últimos cien años sólo con William James y Sigmund Freud, sin Kierkegaard, Nietzsche, Dilthey, Bergson, Husserl, para hablar sólo de los muertos? ¿Se puede entender el Occidente sin los místicos, sea Eckehart o San Juan de la Cruz? ¿Se puede prescindir radicalmente de la poesía lírica, y de todo el teatro moderno, salvo Shakespeare, pasando por alto a Lope y Calderón, Racine y Molière, Schiller, Ibsen o Pirandello?

Los lectores de "Time", unos admirados, sobre agresivos, se han referido sólo a los aspectos "intra-americanos" de la empresa de Adler: su querella con Dewey, su desdén por la Universidad vigente, su posible influencia en el sistema educativo del país. Pero a nadie, al parecer, ha sorprendido su imagen del mundo occidental, en nombre del cual se van a realizar todas esas reformas. Y lo triste es que esa imagen es resueltamente provinciana. Alarma ese reverdecimiento de provincianismo en tantos lugares, cuando se empieza a estar de vuelta de todos los nacionalismos de la vida intelectual —que hoy son sólo provincianismos, ignorantes de la ne-

cesaria condición provincial de cada país de Occidente—. Porque lo sorprendente es que surja, no en medios afectados de arcaísmo, entre minúsculos eruditos o intelectuales prefabricados, sino en lo que parece y debiera ser lo más nuevo, pertrechado de recursos fabulosos; como un fantasma, un "revenant" que se apeara del último avión supersónico.

Entre nosotros, aunque parezca extraño, ese fantasma hubiese tenido algún serio tropiezo en la opinión, como acontece de hecho a sus semejantes. Entiéndaseme bien: no digo la lista de los Grandes Libros, sino su criterio selectivo; quiero decir que en España, donde tantas cosas son posibles, los hombres de alguna calidad no tolerarían una lista tan grotescamente parcial a favor de lo español, tan olvidada de lo que realmente ha constituído el mundo en que vivimos. No podemos renunciar a muchos libros de multitud de autores que han nacido fuera de nuestras fronteras, que no han escrito en español, que no son "caseros" ni pertenecen a nuestra tradición doméstica, pero que son ingredientes decisivos de nuestra íntegra realidad de europeos y hombres de Occidente. Y a la hora de intervenir en serio en la dirección del mundo, lo primero que hace falta es saber en qué consiste ese mundo, y no confundirlo con las lícitas devociones particulares que se pueden sentir en la Coruña o en Gerona, en Burdeos o en el Palatinado, en Calabria o en el País de Gales, en Tucumán o en Illinois.

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

A mis alumnos de Wellesley, Harvard, Smith y UCLA.

Los Estados Unidos están llenos de Universidades: del Atlántico al Pacífico, del Canadá al Golfo de Méjico, se han ido sembrando por la anchura del país; es cierto que prefieren agruparse en el Nordeste, entre New York y New England, que se apiñan en el viejo y sabroso estado de Massachusetts, en torno a Boston; pero en ningún lugar faltan, porque son —llámense *University* o *College*— unas mil; y si se añaden esas otras quinientas, más elementales, que se llaman *Junior Colleges*, corresponde una institución universitaria a cada 100.000 habitantes. A la misma escala, tendría que haber en España unas doscientas ochenta. Ya este dato cuantitativo nos hace pensar que la Universidad americana es otra cosa que la europea y, sobre todo, que tiene otro papel en la vida del país. ¿Qué es, para qué sirve, cómo vive una Universidad en los Estados Unidos?

CAMPUS

Ante todo, su realidad física. No se podría llamar a la Universidad americana la "docta casa", sino a lo sumo el "docto campo", porque es primariamente una realidad vegetal. Por lo pronto, la Universidad es un parque —o un bosque—; un campo, un *campus*, que puede muy bien tener —así Wellesley— 400 acres, es decir, algo más de 160 hectáreas, y un lago. Árboles —nogales, olmos, arces que al empezar el curso encienden todos sus rojos y los van matizando en morado, violeta, malva, oro, hasta parecer un poema juvenil de Juan Ramón Jiménez. Entre la vegetación, cuando no hay piedras, el ladrillo rojo oscuro de los dispersos edificios, probablemente góticos del siglo XIX. Cuando los árboles no son los que dominan, cuando los edificios no están más lejos unos de otros que los de una Ciudad universitaria europea, no se atreven a hablar de *campus* y dicen sólo "patio", Yard, como el solemne, frondoso y venerable de Harvard. Pero las ardillas son siempre las mismas.

Tierra húmeda, céspedes tiernísimos, ramas espesas cargadas de pájaros; y aun los muros, vestidos de yedra, roja al empezar el curso, verde para el *Commencement*. Durante dos, tres o cinco meses, la nieve pone sordina en el *campus*, apaga las pisadas, cambia el color por indecisa luz ascendente. Naturaleza. Pero. ¿es esto la Universidad? ¿No es

ésta justamente lo otro, quiero decir, frente a natura, cultura?

Esa oposición parece siempre problemática en los Estados Unidos; y sobre todo en sus Universidades. No se *va* a ellas a hacer algo: por ejemplo ciencia, sino que se *está,* se vive, se reside en su ámbito. Esto es esencial. La gran mayoría de estas Universidades son residenciales. Muchas de ellas, en pequeñas ciudades que casi son sólo su periferia; aun las demás, constituyen mínimos mundos cerrados, campos con casas donde comer, dormir, conversar, leer, estudiar, rezar, jugar: escenarios de una convivencia. Porque ésta es la función capital de la Universidad americana: convivir.

LOS DOS SUPUESTOS

Esto significa que en la alternativa educación-instrucción, los americanos se han decidido por la primera, mientras los europeos han optado por la segunda (Inglaterra, como siempre, en medio). Pero ¿es así? ¿Y el utilitarismo americano? ¿Y la especialización extremada? ¿Y la preparación para minúsculos saberes aplicados, patrimonio de limitadísimos expertos? Todo esto es verdad y tiene una importancia considerable; pero viene después. En Europa existe el equívoco de las Facultades profesionales y las más estrictamente intelectuales; salvo cuando una larga tradición las cubre, las primeras

no acaban de parecernos universitarias —ingeniería, veterinaria—. En los Estados Unidos —donde existen Universidades dedicadas íntegramente a las *liberal arts*—, la especialización suele venir después de una formación general que termina en una primera graduación; es casi siempre *postgraduate work*, labor que realiza el estudiante una vez que ha acabado sus estudios universitarios básicos, y normalmente es breve, tras cuatro años de *undergraduate* que proporcionan el sustrato decisivo.

Esta situación se refleja en la diferencia entre Departamentos americanos y Facultades europeas —en los Estados Unidos, *Faculty* significa el cuerpo docente, el conjunto de los profesores, el claustro—. Los departamentos son muchos y, por tanto, de campo mucho más restringido: química, matemáticas, música, inglés, filosofía, griego, zoología, sociología, español, astronomía, religión. Pero, sobre todo, los departamentos dividen a los profesores, y sólo secundariamente a los estudiantes; quiero decir que un profesor pertenece al departamento de física o de psicología, pero los alumnos siguen cursos de distintos departamentos, y el graduarse en uno de ellos significa sólo una relativa especialización, más bien una *preferencia* o intensificación o concentración (*major*) en un campo particular. De ahí el "sistematismo" de los estudios de una Facultad europea, definida por un "plan" de estudios más o menos rígidos, y la falta de sistematismo que se encuentra en el grado americano, determinado sólo

por cierto número de cursos, algunas relaciones de exigencia e incompatibilidad ("prerrequisitos") y una concentración final en una disciplina. La Universidad americana, más que a un "plan" coherente, atiende a un "nivel" de formación. De ahí también la impresión de escandalosa "ignorancia" que produce muchas veces al universitario europeo su colega americano, *y viceversa*: el europeo encuentra las "lagunas" de la formación del americano, los huecos del "plan" sistemático que esperaría encontrar; el americano se sorprende de la ignorancia humanística del doctor en ciencias, de la ausencia de ideas físicas o biológicas en el jurista o el licenciado en letras.

Todo esto se aclara si se ponen de relieve los dos distintos supuestos de la vida universitaria, en los Estados Unidos y en Europa —repito, sobre todo en la Europa continental—. En Europa, la Universidad se encarga de proporcionar instrucción científica; en América del Norte, de educar, de formar la personalidad. ¿Cómo pueden coincidir en la "misma" institución pretensiones tan distintas? En virtud de los dos supuestos mencionados; el europeo podría formularse así: *de la instrucción científica se sigue la formación de la personalidad*; la expresión del americano podría ser ésta: *La formación de la personalidad requiere (entre otras cosas) instrucción científica.* Es decir, mientras en Europa se supone —y no deja de ser azorante— que el estudio de la filología, el derecho civil o la química

tiene como consecuencia que el que se dedica a ello resulta *persona*, los americanos están en la creencia de que para ser persona hay que hacer diversas cosas, entre ellas estudiar botánica, latín, filosofía *o* mecánica racional; y subrayo el *o* porque si se los apretara un poco no tendrían demasiado inconveniente en agregar: "tanto da", con no pequeño escándalo para el hombre del mundo antiguo.

Por esto, claro está, la Universidad tiene que ser residencial, hay que *vivir* en ella. En Europa se admite que la educación es cosa de la familia; en los Estados Unidos se piensa que corresponde principalmente a las instituciones docentes, cada una en su nivel; que es cosa difícil, y por tanto requiere abundancia de medios, tiempo y "expertos", que no es para cualquiera. ¿Puede educar la familia? ¿Está ella educada? ¿Posee los conocimientos, las técnicas, destrezas y recursos para formar una personalidad? Todo esto parece al americano sumamente discutible.

LO QUE DA LA UNIVERSIDAD

La Universidad transmite tres cosas: los conocimientos de una disciplina, el esquema de las ideas de una época, un sistema de creencias y modos de comportamiento. En los Estados Unidos, lo decisivo es esto último, y en torno a ello se ordena todo lo demás. Por eso, tanto como la ciencia, o más, importa el *honor system* en virtud del cual el examen

no necesita vigilancia, porque el alumno no copia ni "apunta" a otros, o es creído bajo palabra; por eso también tiene amplia libertad para elegir sus cursos, y se valoran sus reacciones personales, sus hábitos de trato, su aptitud para la convivencia; por la misma razón se cultivan el cuerpo y el pensamiento, no diré a la par, pero sí sin la gran desproporción europea. He presenciado en una Universidad femenina una fiesta de natación que hubiera hecho buen papel en "Escuela de sirenas"; y unas pocas semanas después, una perfecta representación de la "Antígona" de Sófocles... en griego. La función de la Universidad es la adquisición de instrumentos vitales de todo orden, incluso para la investigación. Y digo "incluso" sin ninguna ironía: porque la investigación se considera como una posibilidad que se ofrece al estudiante graduado, *entre otras* —el ejercicio de una profesión, incluso nada intelectual, como enfermera, secretaria o comerciante; la enseñanza; la vida social; la actividad política—; y si se elige la investigación, entonces es cuando lo universitario adquiere el carácter estrictamente *científico* que en Europa parece esencial y casi exclusivo. Y hay que agregar que cuando ese carácter aparece, es real y no ficticio.

El estudiante americano ignora, en efecto, muchas cosas que simplemente no ha cursado; en ocasiones nos parece absurdo que no lo haya hecho, por supuesto. Pero lo desusado es que no tenga la menor idea de las materias que ha estudiado, cosa tan

frecuente en otras partes. Piénsese en las lenguas, vivas o muertas, y en los muchos universitarios que han aprobado media docena y no conocen ninguna para poder leer un libro o sostener una conversación. Los estudiantes de español de las Universidades americanas leen, hablan y escriben en español; y componen en nuestra lengua tesis de 200 o 300 páginas; lo mismo ocurre, claro está, con los que cultivan otras lenguas modernas. Cierta modestia intelectual y un mínimo de ficción son dos rasgos determinantes de la Universidad americana; y si se toma el nivel superior, los entendidos saben bien que, en casi todas las disciplinas, de las Prensas universitarias de los Estados Unidos salen todos los años unos cuantos libros de los que hay que tener en cuenta.

PELIGROS

Pero toda realidad humana tiene sus riesgos constitutivos; hasta sus virtudes la acechan y se convierten en una tentación. ¿Cuáles son los peligros más notorios de la Universidad americana? El más aparente, el que hoy preocupa más a muchos educadores, es el utilitarismo. Se teme, y acaso con razón, que la atención —y el dinero, por tanto— se desvíen de las *liberal arts,* de las humanidades, hacia la investigación científica y las técnicas —industriales y político-sociales—. Este peligro es sin duda grave, pero en su raíz no es universitario; quiero decir

que, aunque afecta decisivamente a la Universidad, tiene su origen fuera de ella; no es pues, un peligro *de* la Universidad, aunque sin duda lo es *para* ella.

El peligro intrínseco es lo que yo llamaría la excesiva "profesionalidad" del profesor. El docente americano suele ser muy competente o *able*. Sabe muy bien la disciplina que enseña, está al tanto de sus progresos mediante la lectura de libros y revistas, y ejerce su función con una intensidad y un rigor sorprendentes: ausencias de faltas, puntualidad estricta, fidelidad a los programas, atención a los estudiantes, conocimiento individual de éstos. (Sobre esto diré luego una palabra más.) Una de las causas que hacen posible esto es el gran número de Universidades y de profesores en cada una de ellas, es decir, el reducido número de alumnos que hay en cada clase. Si se comparan los estudiantes con los docentes, se ve que casi siempre éstos pasan del 10 por ciento de los primeros, en muchos casos llegan al 20 y aun al 25 por ciento. Algunos datos de las Universidades más ilustres (1950-51) : Harvard: 10.632 y 2.481; Yale: 7.317 y 1.505; Princeton: 3.500 y 522; Wellesley: 1.718 y 210; Smith: 2.276 y 259; Columbia: 25.637 y 2.825; Georgetown: 5.027 y 764; Cornell: 10.191 y 1.427; California: 44.260 y 4.437.

Pero esto tiene su contrapartida: ese sinnúmero de docentes, ¿podría ser otra cosa que excelentes funcionarios? No cabe pensar que vayan más allá, ni se les puede pedir. Pero el supuesto de la docencia

viva es la efectiva *vida intelectual*; sólo el profesor que la tiene, que fuera de la clase y aun fuera del *campus*, en su intimidad personal, está afectado por los problemas, cuya vida es en cierta dimensión decisiva "vida intelectual", puede *contagiarla*. El estudiante tiene que "asistir" al espectáculo de lo que es la función del pensamiento en sus formas más auténticas: éste es el núcleo esencial de la docencia. Si esto falta, todo lo demás, por bueno y útil que sea, por perfectamente que marche, queda inválido y desvirtuado. Y temo que la Universidad americana no disponga de este fermento en la proporción necesaria. El cuidado de los mecanismos, la indudable hipertrofia burocrática y administrativa, la atención —por supuesto imprescindible, pero acaso excesiva— al "cumplimiento" exacto de las funciones docentes, puede llevar a creer que con eso basta; y muchos profesores no son más que profesores; lo cual, si se mira bien, es imposible. Hay un adjetivo que suele ocurrírseles a los estudiantes americanos para calificar a los profesores en quienes adivinan un *hinterland* de vida intelectual más allá de sus deberes profesionales: "inspirado". Convendría, en efecto, sazonar la competente profesionalidad, como se enriquece el pan con vitaminas, con una prudente dosis de "inspiración".

Otro peligro concierne a esa falta de sistematismo de los estudios. No cabe duda de que es sana esa desconfianza de los "planes" rígidos de estudio, ese crédito que se concede a las aficiones del estu-

diante; pero las lagunas del *globus intellectualis* pasan muchas veces de la raya. Los estudiantes saben muy bien lo que saben, en la medida en que es posible sin saber otras cosas. A veces un alumno ha seguido un curso sobre Platón, otro sobre Berkeley y Locke y un tercero de Lógica matemática. Ha trabajado puntualmente, ha leído una docena de buenos libros y ha compuesto sendos *papers* pulquérrimos y honestísimos, de sorprendente calidad. Pero resulta que no conoce la historia de la filosofía, que no sabe qué ha pasado entre Platón y Berkeley, ni por que se ha llegado a la Lógica simbólica; y con todos sus reales conocimientos, en rigor no puede saber *de qué se trata*, cuál es el problema, el drama, mejor dicho, que late bajo esos tres cursos escogidos en el espléndido catálogo de las enseñanzas de su Universidad.

LA IMPORTANCIA SOCIAL

¿Cuál es el papel social de la Universidad en los Estados Unidos? ¿Tiene importancia o no? La respuesta no es fácil; mejor dicho, habría que dar varias, a primera vista contradictorias. Por lo pronto, el europeo encuentra falta de irradiación de la actividad universitaria. El profesor, por eminente que sea, no es conocido fuera del círculo de los especialistas (si lo es, se debe a otras causas, no a su condición profesoral, ni siquiera a la estrictamente

intelectual). Las causas de esto son muchas y largas de explicar. En gran parte no tiene que ver con la Universidad misma, y proceden de la estructura general de los Estados Unidos; por ejemplo, de su enorme extensión y, más aún, de la carencia de un "centro" —como las ciudades americanas, el país tampoco tiene una "Plaza Mayor"—; de ahí se deriva que no existan periódicos "nacionales", porque sólo dos o tres lo son en mínima medida, y prácticamente la totalidad de los americanos leen un periódico local; las revistas filosóficas, científicas o literarias tienen una circulación muy restringida, y los grandes *magazines* dosifican con suma prudencia sus referencias a la vida intelectual y sobre todo universitaria; etcétera, etcétera.

Pero hay, además, causas que atañen a la Universidad misma. Ante todo, su condición no *pública,* sino *privada y profesional.* La mayor parte de las Universidades —y casi todas las más prestigiosas— son instituciones privadas; aun las oficiales no son del Estado, sino de los estados. Esto tiene muchas ventajas, que hoy resultan especialmente sensibles vistas desde Europa, pero contribuye a "ocultar" la Universidad (puede discutirse si esto es un daño o una ventaja más; posiblemente lo último). La Universidad americana tiene una considerable autonomía —conviene no exagerar cuando se habla de autonomía e independencia a mediados del siglo xx, pero si se compara con las Universidades estatales europeas la diferencia es grande—; funciona además

en cordial rivalidad con las demás, y por eso necesita imprescindiblemente del prestigio; entre las innumerables Universidades se puede elegir; y ni siquiera el emplazamiento es decisivo, porque a las mejores afluyen estudiantes del país entero. La Universidad no puede permitirse el desprestigio, porque no vive de un presupuesto que fluye automáticamente, sino de los estudiantes y de las donaciones que recibe. Por eso las Universidades suelen reclutar su profesorado mediante un nombramiento libre y directo, casi siempre con carácter transitorio, que sólo al cabo del tiempo y tras larga experiencia se hace vitalicio. No hay, pues, el riesgo de que una cátedra quede "ocupada" en hueco e irremediablemente por cuarenta años: el error, si lo hay, se rectifica pronto. La "cotización" de los profesores es un factor decisivo de la organización universitaria.

Hasta tal punto es así, que el prestigio social procede de la institución y es automático. Del profesor de una Universidad ilustre se piensa que es estimable, aunque no se sepa quién es, qué ha hecho o qué piensa. De ahí la relativa oscuridad de la labor universitaria, fuera del círculo de los técnicos; ni siquiera es frecuente una notoriedad amplia dentro de la minoría intelectual. Hay una evidente falta de resonancia pública, pero la estimación social, impersonal e inconcreta, funciona de un modo seguro y suficiente.

Hay que advertir que el profesor americano está mal pagado, en comparación con los ingresos de

otros profesionales del país —pero con todo, su sueldo permite, sin más, una vida holgada, incluso con verdadera amplitud en los grados superiores de la enseñanza—; hay una rigurosa jerarquía: Instructor, *Assistent Professor*, *Associate Professor*, *Professor*, y este último escalón no es fácil de alcanzar —y, sobre todo, en las Universidades económicamente más prósperas. A esa holgura responde una ocupación muy intensa; la expresión *full time*, que tanto se emplea, no es un decir: el profesor tiene su jornada invertida en su quehacer profesional; ni necesita para vivir ejercer otra función ni le sería fácil. Porque sus deberes no se limitan a dar unas cuantas clases mensuales, tal vez no muy seguras; no sólo la asiduidad de la docencia es absoluta y sin excepciones, sino que hay una participación muy activa en la vida toda de la Universidad: reuniones de Departamento, asambleas del claustro completo —*Faculty meetings*—, tés, invitaciones de los alumnos, informes y algún papeleo administrativo; y, sobre todo, corrección de trabajos y atención minuciosa a los alumnos. El profesor conoce individualmente a sus estudiantes; los recibe en su despacho en horas fijadas de antemano, en las cuales permanece en él a su disposición, para orientarlos en su trabajo, comprobar sus progresos, aclarar sus dudas; en muchas ocasiones, cuando la confianza y la amistad se han anudado, el profesor ejerce una cierta tutoría personal. Los estudiantes invitan a comer al profesor con alguna frecuencia; éste los lleva a su

casa, a charlar y tomar una taza de té y de café, o a comer también, de uno en uno o por pequeños grupos. Esta humanísima relación se considera tan importante por lo menos como la exposición de las leyes de la termodinámica, los verbos griegos, las categorías de Aristóteles o la prosa de Cervantes, y de ella suele nacer perdurable amistad. Una dirección de tesis no significa dos o tres entrevistas entre el profesor y el estudiante, sino treinta, cuarenta o cincuenta sesiones de trabajo en común, de orientación, discusión y escrupuloso control del trabajo realizado, hasta en los detalles —increíblemente nimios— de la perfección material y hasta mecanográfica.

Todo esto pone en sordina la vida de las Universidades; son un poco oscuras, no tienen que ver demasiado con la notoriedad y la fama; pero las acompaña un seguro prestigio: ese mágico prestigio a que tan sensible es el americano: el de los expertos. En las Universidades existen innumerables ficheros donde se custodia la historia entera de los que por ellas pasan y su valoración; existe también un *Vocational office*, una oficina profesional, a la cual se remiten los graduados cuando quieren tener un puesto cualquiera, y que informa con indiscutible peso. Y cuando se anuncia, en la sección de sociedad, un compromiso o una boda realizada, no deja de subrayarse especialmente que el novio es graduado en Harvard, Columbia, Princeton, Yale, y —*sobre todo*— que la novia es B. A., M. A. o tal

vez Ph. D. —*Bachelor of Arts, Master of Arts, Doctor of Philosophy*— por Wellesley, Smith, Radcliffe, Bryn Maur. Sin eso, falta un poco de esplendor.

WOMEN COLLEGES

Es sabido que la mayor parte de las Universidades americanas son sólo para alumnos varones o mujeres; aunque la tendencia hacia la Universidad mixta *(ceeducational)* se va imponiendo, todavía hoy las más características sólo tienen estudiantes de un sexo. Las masculinas no sorprenden mucho, pues es lo que fueron todas las del mundo hasta hace unos cuantos decenios; las femeninas o *Women Colleges* provocan al europeo una impresión de extrañeza. ¿No es absurda una separación?

Sólo se entiende si se tienen en cuenta dos condiciones, una histórica, otra funcional. La primera es la fecha; los *Colleges* originarios y más ilustres, modelo de los demás, así los *Seven Colleges* del Este, son fundaciones del siglo XIX; Wheaton es de 1834, Mount Holyole de 1837, Wellesley de 1870, Smith de 1871, Barnard de 1890; es decir, de la época en que las mujeres no iban a la Universidad. Significaron, pues, estas Universidades la incorporación de las muchachas a la enseñanza superior mediante instituciones especiales. La segunda condición es la función misma: hemos visto que la Universidad americana es, sobre todo, educativa, y

por tanto residencial; y esto, si no impone, ciertamente favorece la creación de dos tipos de Universidades.

Porque se trata principalmente de formar un tipo humano, de adquirir ciertos hábitos, ciertas destrezas, ciertos principios de moral, de convivencia, de cooperación. Y este tipo humano aparece diversificado según los sexos. Claro está que la separación da una inevitable irrealidad a la vida universitaria, que no es la del mundo efectivo; y, en efecto, el *College* está "fuera del mundo", es un mundo mágico, con las virtudes y los riesgos de su intrínseca ficción. A lo largo de cuatro años como mínimo, se va formando una variedad humana, en este caso una variedad femenina. Con indudables deficiencias y aun faltas; pero con evidentes y continuas ganancias; a cada curso mejora visiblemente, no sólo el nivel intelectual, sino la calidad humana. Desde una frecuente tosquedad y elementalidad espontánea, que suele ser condición del adolescente americano de los dos sexos, del *teen-ager*, se va pasando a un mayor refinamiento, complejidad y primor. Y como las mujeres tienen en los Estados Unidos más importancia —si cabe— que en otros países, las Universidades femeninas tienen algunas culpas y muchos méritos, porque de ellas depende en buena parte lo que es hoy la realidad norteamericana.

PROBLEMAS

Aun en tan rápida visión de lo que es la Universidad en los Estados Unidos, han ido surgiendo no pocos problemas que tiene planteados; y hay otros más. Así, una excesiva insistencia en la cultura de lengua inglesa, más allá de la inevitable y justa desproporción a favor de lo propio que se da en todos los países, y que lleva a que en ocasiones una clase por lo demás cultivada desconozca un hombre de primera magnitud, pero cuyas obras no existen en inglés. También una deliberada complacencia en lo "espontáneo", que lleva a la fabricación voluntaria de una "falsa espontaneidad" que no es sino vulgaridad afirmada y querida por sí misma, petulante y satisfecha, del que son ejemplo los "tumultos primaverales" *(Spring riots)* que de cuando en cuando se dan en las Universidades masculinas y que consisten en una bulliciosa *razzia* en una Universidad femenina próxima (o en los pabellones del *College* femenino en la propia, si es mixta), para apoderarse de prendas de vestir de las muchachas. Recuerdo mis dificultades para explicar lo que significa esa realidad española que es la "chabacanería", la casi imposibilidad de traducir el término al inglés o de ejemplificar su significación, hasta que encontré una muestra exacta: los *spring riots*.

Pero los problemas más graves e interesantes son los nuevos; quiero decir los que están surgiendo

ahora, los que van a obligar a la Universidad a hacerse cuestión de sí misma e introducir modificaciones importantes. Hasta ahora, los hombres mejores de los Estados Unidos han ido a la industria, los negocios, la administración. Yo creo que han hecho bien, porque era lo más urgente: poner en marcha el país, darle eficacia, seguridad y alto nivel de vida. La cultura en sentido estricto, sobre todo las *liberal arts,* han quedado confiadas en gran parte a las mujeres, que han sido las educadoras de los Estados Unidos. Es justo decir que lo han hecho bastante bien —como hasta hace pocos años en la Argentina y en casi toda Hispanoamérica—; pero la situación no puede prolongarse; no porque haya que hacer el "relevo", porque tengan que sustituirlas los hombres, sino porque éstos hacen *también* falta, porque la situación reclama los mayores esfuerzos. Con esto se relaciona el problema de la "importación de ideas" del extranjero, sobre todo de Europa. Las "ideas", la "cultura" han estado muchos años en manos de las mujeres y de los europeos trasplantados.

Esto ya no podrá seguir haciéndose, ya no puede continuar. Los Estados Unidos tienen que inventar un programa de vida colectiva. Pero —se dirá— ¿no lo tenían ya? Ciertamente, y extremadamente atractivo: hacer los Estados Unidos. Pero como ya están hechos, como ya no viven dentro de sí mismos, sino *en el mundo,* y funcionan, por tanto, como una personalidad unitaria que dialoga con

otras, necesitan buscar y encontrar "argumento" para su historia. La vuelta de Hollywood a los *westerns*, la complacencia en recordar la génesis del país, me parece excelente, siempre que no signifique volverse de espaldas, recaer en la memoria del antiguo programa de vida por dificultad de imaginar el nuevo, el que imperiosamente se requiere. Y esto, que es lo más íntimo de un país, lo tiene que inventar él mismo; los extranjeros podrán servir de estímulos, podrán poner ante la mente americana otros modos de ver la realidad, otras empresas, otras figuras humanas, para que por comparación y contraste se suscite la que están necesitando; pero ésta tiene que ser autóctona: la vocación no admite ser importada y naturalizada.

Y, si no me equivoco mucho, la Universidad tendrá que dar en los años próximos un golpe de timón. La industria y la administración marchan ya por sí solas, sin necesidad de grandes invenciones; hay que inventar en lo otro. De momento hay el espejismo de que lo importante es la física, sobre todo la física nuclear; no cabe duda de que es decisiva, pero con ciertos equipos que ya existen y se desarrollarán sin dificultad, basta. Ahora empiezan a ser inesperadamente urgentes la historia y la metafísica.

EL HOMBRE MEDIO

A Lilly y Carlos Cueto

Cuando desde Europa se habla de las ideas, gustos, preferencias y sentimientos de los americanos, la actitud normal suele ser el desdén. Unas veces sonriente, como ante un grupo de muchachos ingenuos; otras, más agrio y menos simple, como si estuviese —permítaseme la palabra— biselado. El europeo suele encontrar al americano elemental. Sus publicaciones, sus "magazines", el cine, su concepción de la democracia, sus placeres, sus ideas, su religión misma. Y desde veinticinco siglos de complejidad y refinamiento, el europeo siente un poco de lástima. Valéry y Matisse, Vittorio de Sica, Jaspers, Toynbee y T. S. Eliot (que, por cierto, es americano), la democracia orgánica y la "troisième force", "La Tour d'Argent", la espiritualidad y los "témoignages" y las reservas morales del Occidente. En suma, la superioridad.

Pero, aun supuesta esa superioridad, se ocurre una pregunta inocente: ¿quién es su sujeto? Quiero decir, ¿quién es superior a quién? Temo que se cometa una curiosa incongruencia: que se compare al hombre medio de los Estados Unidos con algunas exiguas minorías —en rigor, ni siquiera mi-

norías: pequeños grupos— de Europa. Cuando se contrapone la real vulgaridad de "Collier's" o la mucho menos real de "Life" a la presunta exquisitez de "Hommes et monde" o de "Les Temps modernes", se olvida el hecho elemental de que las primeras revistas son leídas por varias decenas de millones de personas, y las segundas sólo por unos cuantos centenares, tal vez millares. Cuando se encuentran elementales el "modo de pensar" y el "modo de vivir" americanos, se piensa, por lo menos, en Bertrand Russell o en Guardini, en los profesores de la Sorbona o los académicos de la Lengua, en las cincuenta, cien o doscientas familias que representan el estrato superior de cada capital europea. ¿Qué ocurriría si hiciésemos intervenir de verdad en la comparación los cuerpos sociales de Europa? ¿Si buscásemos la lectura efectiva de ocho millones de españoles o quince millones de italianos o doce millones de franceses? ¿Cuál es el "modo de pensar", la idea del mundo y de la vida y de la política y de la religión de los campesinos extremeños y los mineros galeses, de la burocracia de Madrid, Londres o Roma, de las señoras de su casa en todas partes donde aún quedan señoras en su casa? ¿Leen a Kafka y a Vicente Aleixandre? ¿Les gusta el teatro de Marcel, o acaso prefieren los "folklores" y esas comedias en que al final el hijo no es hijo, y se saca discretamente el pañuelo? ¿Se nutre su vida religiosa de Karl Adam —o, si se quiere, de Karl Barth— o de cosas bien distintas? Las

ideas políticas dominantes, de hecho dominantes en las multitudes, ¿son comparables a esas tan toscas sobre las que suele inquirir el Instituto Gallup?

Lo que sucede es que Europa es —aun en los países menos democráticos— un continente representativo. Todo lo que se dice del europeo se refiere a unas pequeñas minorías que "representan" muchedumbres de las que se acostumbra prescindir. (Por eso, dicho sea entre paréntesis, es funesto el acceso al escenario público de grupos que carecen de esa selección necesaria, y que hacen irrumpir en la superficie, como un surtidor, la vulgaridad y mediocridad que en circunstancias normales quedan subterráneas y menos operantes.) Y en los Estados Unidos, eso que se llama el hombre medio no es una ficción convencional, con rasgos tomados del diez por ciento superior de la sociedad, sino que es, ni más ni menos, la totalidad de la población. Al menos en grandes zonas del país, en los estados del Nordeste, se trata de la integridad del cuerpo social. No se piense sólo en lo económico, aunque es decisivo. El portero con dos coches, la televisión en las casas obreras, el fontanero que prefiere reservar las becas de un College de mil ochocientos dólares anuales "para los que realmente las necesitan", el que podríamos llamar, por antonomasia, "el mendigo de Boston", que pide limosna junto a Park Square, con elegante traje de "cheviot", camisa inmaculada y, en la larga

boquilla, un "Philip Morris"; todo eso es, claro está, el punto de partida.

Pero el de llegada no está ahí; y tal vez las cosas no sean tan sencillas y haya... un círculo de virtudes —no sé por qué han de ser siempre viciosos los círculos—. Pienso, por ejemplo, en la universalidad y espontaneidad de los hábitos de trabajo —en un año no he tenido un solo alumno que no cumpliese con creces sus deberes universitarios—; en el nivel del lenguaje y de los medios expresivos; en la corrección del trato general, en el alto nivel biológico y fisiognómico —¡la calle, esa realidad tan distinta, confortadora u oprimente, según se salta de un meridiano a otro o de uno a otro paralelo!—; en la honradez habitual, que —salvo en las grandes ciudades, donde existen delincuentes de profesión— permite no cerrar nunca la puerta, dejar cualquier objeto valioso en la calle, por ejemplo un paquete para el correo junto al buzón por cuya abertura no cabe; olvidar que los coches tienen llaves.

¿Y las minorías? ¿Y las cimas? Ah, éste es otro cantar. Dejemos para otro día la orografía de los Estados Unidos. Porque lo que habría que precisar, antes que otra cosa, es qué relación tienen aquí las cumbres con el llano, antes de medir la altitud de los picos y comparar con los Pirineos y el Montblanc.

UN PUEBLO CIVIL

A Phyllis Turnbull

Al poco tiempo de vivir en los Estados Unidos se empieza a advertir un carácter suyo, vago y como atmosférico, difícil de precisar a primera vista y que se presenta, por de pronto, como contraste con lo habitual en Europa —al menos en la Europa continental—. Y un buen día se cae en la cuenta de que se trata de algo sumamente sencillo: los Estados Unidos son un pueblo civil.

¿Qué quiere decir esto? ¿Es que los demás, por ventura, no lo son? Por supuesto, la inmensa mayoría de la población de cualquier país está compuesta de hombres civiles: casi todos los españoles, franceses, alemanes, italianos, argentinos, peruanos, indios o australianos son civiles. Pero lo civil suele aparecer en forma negativa —repárese en lo poco que se usa la palabra, en su escaso relieve lingüístico, revelador de su función histórica—. Civil es... lo que no es militar ni eclesiástico. Es decir, algo que por lo pronto no tiene carácter positivo, algo meramente privativo; un resto, en suma, aunque ese resto sea, paradójicamente, la casi totalidad del cuerpo social. Repárese en que la palabra viva en español para designar al civil o lo civil es "paisano":

militares y paisanos, ir vestido de paisano. Y paisano es sinónimo de campesino y la palabra suele teñirse de un leve matiz despectivo. Todo esto lleva a la situación de que lo civil no se presenta como algo propio, peculiar, determinado y preciso, con personalidad acusada y un perfil rotundo, sino que es amorfo, inerte e inoperante.

Las razones de esto no son demasiado misteriosas, pero sí largas de exponer. El predominio de los factores guerreros y eclesiásticos, la tradición feudal, el carácter de la monarquía continental europea, la densidad cronológica del estado de guerra en Europa, la frecuencia de revoluciones y movimientos subversivos, la vigencia de una retórica "heroica", la exaltación pública de méritos militares o religiosos —y éstos rara vez en la vida civil—, todo ello contribuye a la situación descrita. La génesis histórica de los Estados Unidos es bien distinta, y explica la enorme diferencia de resultado. Piénsese, para tomar un ejemplo muy concreto, en la distinta aureola que rodea a las palabras "Law" y "Ley".

La vida americana, quiero decir norteamericana —en Hispanoamérica la situación es mucho más próxima a la europea, a pesar de su poca densidad bélica y de su tradición eclesiástica mucho menor—, es resueltamente civil. Lejos de ser lo civil algo secundario y marginal, es la realidad nacional, mientras no se demuestre otra cosa. Es lo sustantivo, el torso positivo de la sociedad. Y lo que no es civil —es decir, lo particular y excepcional— tiene que

justificarse en cada caso, y lograr una figura propia; la cual, por cierto, se recorta sobre lo civil, tiene que apoyarse en ello, recibe de ello su fuerza y su derecho a actuar sobre el conjunto de ese cuerpo social. Lo militar y lo eclesiástico, para salir de su esfera propia y trascender a la sociedad entera, tienen que adquirir "carta de ciudadanía", es decir, reivindicar su función dentro de la estructura civil. El americano se siente positivamente civil; la expresión "American citizen" no es una mera condición jurídica, interesante para el pasaporte o el derecho de residencia, sino una condición real, histórica; en ella resuena, a poco que se tenga aguzado el oído para el rumor de la historia, aquella otra expresión "civis Romanus", en que se manifestaba la conciencia colectiva de un pueblo que, a pesar de estar prodigiosamente dotado para el mando y para la guerra, fué siempre en sus buenos tiempos un pueblo civil.

No se olvide la fecha en que escribo, al acabar el año 1952. No se puede predecir lo que va a pasar en el futuro, ni siquiera próximo. Es posible que los Estados Unidos arrumben un día su retórica civil, sientan insuficiente el relieve del traje "de paisano", se prenden del uniforme o del hábito y sin ellos se sientan incalificados y cualesquiera. Hoy no es así. Eisenhower, para no ser sólo una gloria militar, sino una fuerza actuante en todo el país, ha tenido que "civil-izarse", es decir, hacerse civil, paisano, y sólo así ha podido, paradójicamente para

un europeo, asumir el mando de las fuerzas armadas. Paseando un día por la calle Quince, en Washington, vi en un entresuelo un cartel en que se leía: "L. H. Hemingway. – Bishop." L. H. Hemingway. – Obispo. Y en otro cartelito menor, sobre la puerta: "De 3 a 5." En esta anécdota, ya un poco extremada, se muestra, como en caricatura, la condición civil de los Estados Unidos.

EL TEMPLE DE LA VIDA

A Tomás R. Bachiller

Que las cosas vayan mal es un gran consuelo. Porque entonces se tropieza con cada una, se rabia un poco —o un mucho— y se piensa que, si no fuera por eso, porque van mal, todo sería una maravilla. Si no fluye el agua caliente cuando vamos a bañarnos, o las tuberías están atrancadas, o no llega el autobús, o no nos gusta el destino de los impuestos, o tardamos dos horas y cuarto en ir de Madrid a Toledo, o el sueldo no nos permite llegar a fin de mes, nos sentimos deprimidos, irritados, impacientes y pensamos que, si las cosas fuesen de otro modo, estaríamos encantados. Como no es fácil hacer esta experiencia ideal, y por otra parte siempre se confía en que pudiese realizarse alguna vez, esta esperanza nos hace salvar el presente y refugiarnos en ella, o sea vivir del crédito que nos ofrece.

Pero si se va a los Estados Unidos se hace el experimento interesante y peligroso de vivir en un país en que las cosas, tomadas en globo y "grosso modo", van bien. Las tuberías, por lo general, son una maravilla; es rarísimo tener un apagón de luz; los transportes suelen ser admirablemente puntua-

les y confortables; se pueden confiar cartas y objetos al correo, sin certificar siquiera, y sin riesgo apreciable; los impuestos son muy fuertes, pero "lucen", y el americano medio tiene la impresión de que sus dólares llegan a buen puerto, precisamente al puerto de destino; cuando algo le parece mal, le escribe una carta al director de un periódico o un "magazine", y éste —aunque no siempre— la publica; y confía en que ese mal se arreglará. Por supuesto, si tiene una ocupación —una sola—, llega holgadamente a fin de mes, sin tener que hacer como si realizase seis trabajos distintos para reunir el mínimo necesario. Con otras palabras, el noventa y cinco por ciento de las cosas marchan con normalidad y eficacia, y por tanto el tropiezo, el descontento y la queja son excepcionales: se le pasan a uno días y aun semanas sin tener un pretexto un poco razonable para rabiar y exasperarse.

Y entonces se descubre que, a pesar de todo, la vida tiene sus inconvenientes. No todo es alentador, no siempre se tiene gana de vivir. Resulta que la vida está llena de limitaciones, que a veces es triste, a veces lamentable, en ocasiones insípida, y lo peor es que no hay a quién echarle la culpa. Es decir, la ausencia de males accidentales pone de manifiesto lo que la vida tiene de irremediablemente deficiente.

Yo creo que la fuente del "spleen" fué la perfección de la Inglaterra victoriana; las cosas andaban demasiado bien en las Islas, había demasiada segu-

ridad y holgura, más honorabilidad y confianza de lo que, por lo visto, tolera nuestra especie; en la Inglaterra de Shakespeare probablemente no florecía el "spleen"; ahora, cuando hay un problema en cada esquina, se oye hablar de él muy poco. Sólo el enorme ímpetu juvenil de los norteamericanos los salva hasta ahora de la dolencia que tanto aquejó a los británicos; tienen la impresión de que aún falta mucho por hacer; lo que no encuentran como obstáculo lo inventan como tarea. Pero ya se advierten algunos síntomas de saturación: tan pronto como el americano vuelve la atención a su propia vida y a la estructura interna de su país, siente satisfacción, halagadora seguridad, esa "apacibilidad de su vivienda" que Cervantes gozó en Salamanca y hoy es fácil de hallar en New England; pero todo lleva consigo, como la fruta el gusano, una amenaza de tedio; a veces surge tímidamente la pregunta fatal: la vida ¿no es más que esto?

Por fortuna, la Providencia parece velar sobre los Estados Unidos y hace que una serie entera de hadas protectoras conjuren el "spleen": Corea, los chinos y los rusos, Túnez, el río Jordán, el Irán, el Sarre, los que no quieren armarse, los que quieren armarse demasiado, los que prefieren situarse "au-dessus de la mêlée", los que son perfectos y, por tanto, únicos, los que juegan a "gran potencia" en cada distrito del mundo. No, no es probable que el temple de la vida americana se tuerza definitivamente hacia la melancolía satisfecha: sin contar el

problema negro, y la "polio", y la angustia de dónde estacionar el coche, basta con leer los periódicos para hallar ese confortador consuelo que nos sostiene y nos hace, a la vez, renegar y confiar en el día de mañana: que las cosas vayan mal en torno nuestro.

OCHENTA Y NUEVE POR CIENTO

A Carolyn Lockwood O'Connor

Si alguna vez surge la conversación entre españoles sobre la religión en los Estados Unidos, las dos ideas que aparecen inmediatamente, una tras otra, son éstas: Primera: irreligiosidad, enormes masas descristianizadas, olvido total del otro mundo e inmoderado apetito por éste, absoluto descreimiento. Segunda: caos religioso; infinidad de religiones y sectas, anarquía de las creencias, atomización de las confesiones. Las estadísticas —se dice— así lo muestran. En general, cuando se habla de estadísticas no suelen conocerse; pero por esta vez voy a aducirlas yo: efectivamente, existen en los Estados Unidos 265 corporaciones religiosas, ni más ni menos; es decir, existían en octubre de 1951; hago esta salvedad porque bien pudieran haber nacido o fenecido algunas desde que la estadística que tengo ante los ojos cerró los suyos perspicaces.

Pero ahora acabo de tropezar con otra estadística, muy reciente, y que provoca cierta sorpresa; se trata de una encuesta para determinar la proporción en que los americanos del Norte creen en un Dios trino; y resulta que creen en él el 89 por ciento. Sólo un 10 por ciento menos —agrega la estadística— de los que creen en Dios.

Resulta, pues, que sólo el 1 por ciento de los americanos son ateos y que sólo 11 de cada ciento no creen en la Trinidad. Esto invita a releer un poco más despacio todas las estadísticas y tratar de entenderlas. (No es tan fácil ni tan frecuente como se pensaría. Un ejemplo basta: se habla constantemente de la frecuencia del divorcio en diversos países, y se citan las estadísticas de los divorcios efectuados; pues bien, ni una sola vez he visto subrayar el hecho elemental de que los que se divorcian suelen divorciarse varias veces; es decir, que hay unas gentes que no se divorcian nunca, y otras que sí, que tienen una idea del matrimonio distinta y que lleva consigo la disolución; con otras palabras, que entre los divorciados hay que descontar los "repetidos", y que el número total de divorcios habría de dividirse tal vez por dos, tres o cuatro para tener el número real de parejas que se divorcian.)

Hay, efectivamente, 265 corporaciones religiosas en los Estados Unidos; pero no se trata de 265 "religiones", ni siquiera "confesiones". Las hay que tienen 47 miembros, las hay de 29, de 24, de 8, es decir, menos de una tertulia de café. Son simplemente grupos religiosos, asociaciones, congregaciones locales. El número de "confesiones" realmente diferentes, con conciencia de una peculiaridad en el contenido religioso, es muy reducido. De un total de 90 millones de personas de confesionalidad reconocida y censada, sólo siete confesiones com-

prenden 73 millones. (La más numerosa, por supuesto, la católica, con más de 28 millones.)

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo existe una unánime creencia en Dios, una abrumadora mayoría de creyentes en la Trinidad, es decir, de cristianos ortodoxos, heterodoxos y hasta, si se quiere, residuales, y al mismo tiempo una caprichosa, inimaginable, pintoresca multiplicidad que ofrece en cualquier ciudad importante la celebración de la Navidad o la Pascua según veinte formas dispares? Contestar de verdad a esta pregunta supondría un análisis a fondo de la religión americana, que acaso no esté hecho siquiera, que al menos no conozco y que sería de dificultosa y larga exposición. A reserva de intentar precisar en otra ocasión algunas impresiones, quisiera hacer aquí un par de advertencias orientadoras.

La primera es que el americano no ve primariamente la religión como un contenido doctrinal, como un repertorio de opiniones o tesis —dogmas—, en las cuales lo que surge ante todo es la cuestión de su verdad o falsedad. No quiero decir con esto que no piense que su religión es verdadera —y en el caso de los católicos, exactamente igual que en el resto del mundo—, sino que el primer aspecto con el que se le presenta la religión no es ése, sino el de "worship", esto es, adoración, reverencia, culto que se tributa a Dios. Tener religión es, ante todo, "to worship", rendir culto y adoración a la Divinidad; y esto puede hacerse de muchas maneras. La famo-

sa formulación que hizo Roosevelt hace doce años de la libertad religiosa como una de las cuatro fundamentales era ésta: "libertad de cada persona para rendir culto a Dios a su propia manera". Con otras palabras, la pluralidad religiosa significa por lo pronto —aunque, por supuesto, no exclusivamente—, diversidad de formas de culto y aun, en ocasiones, de devoción.

Esto lleva consigo que se subraya lo positivo más que lo negativo y diferencial, más el culto que el error de su forma, más la creencia que la imperfección de ésta. La pluralidad religiosa inicial de la historia americana, el hecho de que los Estados Unidos se hayan formado a base de discrepantes religiosos de toda Europa, explica ese doble carácter de religiosidad general y hostilidad mínima —no digo inexistente, sino mínima —entre religiones. En los Estados Unidos se puede tener cualquier religión, pero está mal visto no tener ninguna. Podría decirse que el americano contempla el panorama abigarrado de su país con ojos de historiador de las religiones: todos buscan, mejor o peor, cada uno a su modo —a tientas, dice San Pablo— a la Divinidad.

ESTE MUNDO Y EL OTRO

A José Vergara

Hace pocos meses, el gran portaaviones americano "Leyte", anclado en el puerto de Boston, sufrió una tremenda explosión. Llamas enormes penetraron por las escotillas, abrasando a muchos tripulantes. Un grupo de marineros encontró a un oficial con tales quemaduras que era imposible reconocerlo. El teniente no dijo más que esto: "Soy católico. Traedme un capellán. Mi sangre es tipo A." Cuando le advirtieron que estaban encerrados y no podían escapar ni hacer nada, les dijo que hiciesen señales Morse golpeando el mamparo; los marineros no conocían la clave Morse, y el oficial, agonizante, les enseñó a marcar SOS con una llave inglesa y un palo. Hechas las señales, les propuso: "Vamos a rezar." Y dirigió el Padrenuestro, sin mencionar una vez siquiera sus dolores. Los golpes siguieron comunicando a intervalos el SOS, durante media hora. Al cabo de este tiempo, un equipo de salvamento los oyó y pudo libertarles. Pero el teniente murió poco después.

Ésta es la historia, contada con toda simplicidad, sin el menor gesto, por la Prensa americana. Bien es verdad que los gestos y las grandes frases, que a

veces se prodigan a propósito de una cuestión administrativa o técnica en otros lugares, no rimarían con la sobria eficacia del oficial americano. Pero su actitud me parece representativa de un modo de ser. A punto de morir, destrozado por el fuego, prescinde del sufrimiento y del temor y simplemente se hace cargo de la situación. Pragmatismo, se dirá. Sí, pero pragmatismo de verdad y entero, no medio pragmatismo, pragmatismo miope o mutilado. La situación es que él y los marineros están a punto de morir. Hay que hacer algo. ¿Qué? Naturalmente: procurar salvarse. Pero en este mundo y en el otro; mejor dicho, en el otro, y si es posible en éste. Y el teniente pide lo que necesita, con todo rigor y sin confusiones peligrosas: tiene la fe católica y la sangre tipo A. Quiere confesión y transfusión. Pero como están encerrados y no pueden salir, no basta con pedir, hay que hacer. Y como al otro mundo se llega a través de éste, y además éste también importa, el teniente pone en juego las técnicas para hacer llegar su llamada a los salvadores temporales; y en seguida hace la gran llamada trascendente al Salvador.

Nada me parece más característico que esta conducta del oficial americano, que, sin duda, nos resulta extraña. Si se mira al trasluz la historia de los Estados Unidos, desde el "Mayflower" hasta la Constitución, desde ésta hasta Foster Dulles o Fulton Sheen, se verá repetirse mil veces la escena conmovedora —y no patética— del "Leyte". Conmove-

dora y no patética, he dicho; así es justamente la historia de los Estados Unidos, así es la vida del país. Es lo que nunca ha sido la nuestra. Los españoles hemos propendido a creer que el único que cuenta es el otro mundo, y hemos desatendido éste; y muchas veces nos hemos contentado con decirlo, con tomar el más allá como pretexto para abandonar lo inmediato o para hacer aquí abajo, distraídamente, lo que nos conviene, mientras mostramos el cielo con ademán enfático.

Una situación humana tiene muchos planos: primer término, zonas intermedias, un lejano horizonte de ultimidades. El hombre que reacciona a la situación e intenta adueñarse de ella no puede olvidar ninguno de esos planos. Si lo hace, no es pragmático, no es práctico. Sin duda los americanos se han cuidado más de este mundo que del otro, más del piso bajo de la vida que de los otros —contra lo que suele creerse, los Estados Unidos no son país de rascacielos, sino de pequeñas casas... y de cimientos sólidos. Es gallarda la torre aguda clavada en el azul, aunque alrededor haya sólo casas de adobe; pero no se puede uno contentar con el adobe; y además temo que se deslice un engaño: porque casi nunca la torre y las chozas son del mismo tiempo; cuando se levantó la torre se hacían humanas, vivideras casas de piedra o de ladrillo; cuando se quedó la aldea reducida al adobe, se justificó la miseria con la torre que alzaron otros, los abuelos. Salvo algún pasajero desmayo, los Estados Unidos

han sabido que el hombre es ciudadano de dos mundos; que empieza por el primero, que sin éste no se hace nada, pero que la historia no termina aquí: golpes de Morse y el Padrenuestro. Nosotros decimos —y rara vez hacemos—. A Dios rogando y con el mazo dando.

UN ENSAYO DE VIDA NUEVA: LOS ESTADOS UNIDOS

A Mary Harris Driscoll

Cuando un europeo llega a los Estados Unidos suelen precipitarse en su ánimo dos impresiones opuestas. Una de ellas es la semejanza con Europa: hay tantas cosas uniformes y homogéneas, tantas idénticas, pasadas de un continente a otro, que el viajero suele extraer una consecuencia, confiada y desencantada a un tiempo: "Todo el mundo es igual". La segunda impresión procede de su atención a ciertos detalles pintorescos y, por eso mismo, más visibles; su expresión podría ser una exclamación divertida o irritada, según el temple de cada cual: "¡Qué cosas tan raras!" El turista y el que, sin serlo, es distraído, se quedan en ello. Hay que advertir que el extranjero llega con una cierta "expectativa", procedente del cine, de los periódicos, de libros leídos y conversaciones escuchadas; esta expectativa se confirma en una serie de puntos aislados, que suelen ser los detalles "cinematográficos": el policía tan increíblemente fuerte, sonriente e irlandés, que parece haberse escapado de una película; el "drug store", donde se puede comprar, en efecto, de todo lo que Dios crió, desde el café con leche y el "ice-cream" hasta las plumas, los libros y perió-

dicos, los cigarrillos, los juguetes y —¿y por qué no?— las medicinas; el "drive-in", donde los automóviles van al cine; el rascacielos, la Coca-Cola, los contadores del estacionamiento: "efectivamente, los Estados Unidos son así".

Pero cabe no quedarse en la epidermis; es posible también ver los Estados Unidos desde cerca. Esta proximidad, sin embargo, es ambigua; porque se ofrecen dos posibilidades bien distintas: la primera, verlos desde la vida europea; la segunda, penetrar en sus entrañas y verlos desde dentro.

Para el europeo que contempla los Estados Unidos sin abandonar su punto de vista propio, los días transcurren en decepción constante. Ante todo, porque en los Estados Unidos faltan muchas cosas que el europeo busca y no encuentra: cafés —y en ellos terrazas—, tertulias, lugares donde pasear, "vida literaria", periódicos con artículos, al estilo francés, español o hispano-americano; y tantas más. En segundo lugar, porque las cosas que hay son otra cosa. Un ejemplo trivial aclarará lo que quiero decir. Cuando probé los vinos californianos, algunos amigos americanos me preguntaron si me gustaban; les respondí que, salvo la etiqueta, sí; porque en ella suele leerse: "Sherry", "Port", "Burgundy"; el catador ante un vaso, parte de una expectativa concreta; y como aquel líquido, sin duda agradable, no se parece nada al jerez, ni al oporto, ni al borgoña, se produce una inevitable decepción; si se llamase "Golden Gate", "San Diego" o "Pasadena wine",

nos parecería excelente. Ocurre algo parecido con casi todo: Harvard no se parece nada a la Sorbona, los libros tienen otra función, comer bien no significa lo mismo en Boston que en París, ser famoso quiere decir cosas distintas a los dos lados del Atlántico Norte.

El europeo y el americano, como es normal, parten casi siempre de la estimación o el menosprecio: unos hablan de "the American way of living", otros de la vieja Europa refinada o del "esprit". Salvo los discretos, suelen interpretar lo que es distinto como inferior: "atraso", pobreza, prejuicios, o bien improvisación, vulgaridad, tosquedad, mal gusto, masas. Recuérdese aquel libro tan poco profético de Duhamel, "Scène de la vie future", donde se afirmaba, entre ascos, hace un cuarto de siglo, que el pueblo americano se encaminaba "hacia la peor decadencia" y que resultaría incapaz de llevar a cabo una obra "de longue haleine" o de elevarse, por poco que fuera, mediante la energía del pensamiento. Equivalente del americano que en España no ve más que mendigos o entiende como "miseria" las formas de la vida campesina, aun de gentes ricas; o advierte que el español de nivel medio no tiene coche ni nevera eléctrica, pero no repara en que tiene servicio doméstico, usa a diario manteles y servilletas de tela y, si es intelectual, posee fácilmente cinco o diez mil libros.

Por supuesto, ésta no es la única posibilidad. Hay otra de mayor interés: instalarse en la forma de

la vida norteamericana y vivirla. Pero esto no significa aceptar y apropiarse ese "American way of living and thinking" que algunos americanos apresurados quieren exportar a Sudamérica, a Europa, al Oriente y a África, y que consiste en ciertas técnicas y algunas ideas en que muchos americanos dicen (y hasta creen) fundar su vida. No; aparte de que casi nada es exportable ni traducible —tema delicado para tocarlo aquí de pasada—, se trata de la forma "real" de vivir, de la que los americanos —como los demás hombres, por supuesto— no suelen tener demasiada idea (ni es bueno que la tengan).

¿En qué se diferencia esa forma de vida de la europea? Lo primero de todo, en ser una forma. En Europa, si queremos hablar con rigor, no existe; las hubo, y espléndidas, pero se han roto y perdido. La consecuencia es que hoy no se puede estar "instalado", y ésta es la más fuerte causa de inestabilidad. Se apela a diversos subterfugios: la "tradición" en hueco, la literatura, el narcisismo. De ahí la impresión de cerrazón y provisionalidad que se cierne sobre Europa, la dificultad de superar los problemas "nacionales", el *piétinement sur place*. La situación europea, sobre todo desde que terminó la guerra, se parece a la de un teatro en que, terminado el entreacto, no se levanta el telón; pasan unos minutos, el público se inquieta, se aburre, algunos se van, otros pierden la compostura y empiezan a cometer inconveniencias. (En muchos países de

Hispanoamérica pasa tres cuartos de lo mismo; en otros, cuatro tercios). La gran novedad de los Estados Unidos es que tienen una forma de vida. Ésta es justamente la "vida nueva", la vida con forma.

Por eso los Estados Unidos nos parecen "antiguos" —impresión azorante, pero inequívoca para el observador atento—. Nos parecen antiguos porque lo antiguo en Europa ha sido vivir con formas. Se piensa muchas veces que los norteamericanos no las tienen, que son "sans façon"; pero no hay tal; no son en modo alguno "sans façon", sino que las "façons" son otras. (Repárese en la diferencia que hay entre la expresión francesa que acabo de usar, el "informal" inglés o lo que la palabra "informal" significa en español; la enorme distancia entre las tres negaciones de la forma revela que lo que es en cada caso la forma difiere substancialmente). Las modas, los usos sociales, el estilo de las instituciones, todo ello tiene formas en los Estados Unidos; y casi siempre formas vivas, como se revela, tanto en la naturaleza como en la sociedad por su flexibilidad. En muchos países de Europa se ha perdido el sentido de lo ceremonial, o resulta engolado o chabacano —o las dos cosas a la vez—; no podré olvidar la mezcla de dignidad, jovialidad, familiaridad y emoción en un desfile académico con "cap and gown" en una Universidad femenina americana o en una ceremonia de fin de curso y colación de grados —el "Commencement"— en que se dice

adiós a ese mundo mágico y se mira al futuro: "incipit vita nova".

Algunas veces me he preguntado por qué el libro más inteligente y más actual que se ha escrito sobre los Estados Unidos es el que compuso en 1834 Tocqueville, "La démocratie en Amérique" —infinitamente menos anticuado y "démodé" que el de Duhamel, un siglo posterior—; y creo que la razón no es sólo el estupendo talento de su autor, ni siquiera el hecho de que escribía en una sazón en que los franceses eran "colectivamente" inteligentes, y por tanto era fácil que lo fuesen los individuos, sino también otra más profunda: que entonces existía una "forma" de la vida europea, con la cual Tocqueville compara la americana, y por eso "entiende" que del contacto de ambas formas brota la chispa de la comprensión; así Tocqueville capta la empresa americana, el proyecto colectivo germinal; en muchos puntos basta con prolongar las líneas para tener los Estados Unidos de hoy; y por eso se encuentran en Tocqueville escalofriantes profecías cumplidas.

Dentro de esa forma de vida es posible la "felicidad". No se tema que recaiga en el tópico a que nos acostumbró hace tiempo la propaganda rusa: los "tantos millones de hombres felices". No, la felicidad es asunto individual: depende de que tengamos buena salud y algún dinero, de que la mujer amada nos diga que sí, de que nuestros hijos vivan alegres, de que nuestros libros sean elogiados, de

que no sintamos graves remordimientos, de que no nos angustiemos demasiado por una idea que cruza nuestra mente o por una puesta de sol. Aquí se trata sólo del "alvéolo" de la felicidad, dentro del cual pueden alojarse la felicidad o la infelicidad de cada cual. El ser ciudadano americano no asegura la felicidad, ni mucho menos. Pero en los Estados Unidos —como en Europa otras veces—, "dadas las condiciones personales necesarias", la felicidad es normalmente posible y estadísticamente frecuente; quiero decir que "muchas" personas son durante "largos" espacios de tiempo felices, ¿quiere esto decir que en Europa no es posible la felicidad? Estoy lejos de creer cosa tan lamentable; lo que ocurre es que hoy la felicidad no es nunca en Europa obvia y sin problemas; es menester, que el individuo, además de que las cosas le vayan bien, la invente, esto es, sepa crear su alvéolo, la forma particular en que alojarla. Es difícil en Europa ser feliz, y no sólo por las dificultades, sino porque requiere un peculiar talento; quizá por eso la felicidad, cuando se consigue, es doblemente sabrosa; pero ¡tantas veces se quiebra! lo que es, *es.*

En los Estados Unidos se cuenta con lo que hay —dinero, máquinas, coches, servicios públicos— y no con lo que no hay —servicio doméstico, improvisación, cosas especiales y únicas—. La espléndida expresión española "venido a menos" se podría aplicar, invertida, a Norteamérica; los Estados Unidos son un pueblo "venido a más". Es decir, son en

cada instante más de lo que eran, están creciendo en todos los órdenes, y, como los muchachos, rebosan por todas partes de la ropa; es un pueblo lleno, sin huecos, en tensión dinámica; por eso están "en forma". Los campos de la realidad y la ficción suelen estar bien deslindados; casi todo lo que pretende ser real lo es; se puede contar y hay que contar con la calidad de los productos, la suficiencia de los sueldos, la eficacia de los servicios, pero también con la efectividad de los trabajos, la inexistencia del "hacer que hacemos", el rigor de los compromisos, que se cumplen sin más. Por todo ello, la vida americana contiene un mínimo de fallas o decepciones; por eso también, y por estar meticulosamente prevista y anticipada, un mínimo de esperanzas vagas y de sorpresas.

Pero ¿en qué consiste esa forma de vida? Yo diría ante todo que en la solidez de las vigencias. La sociedad americana es la más firme y estable de que tengo noticia. (Permítaseme a veces seguir el uso que es más bien abuso —pero ya incontenible— de aplicar el adjetivo americano sin más restricción a lo perteneciente a los Estados Unidos; la cosa es inexacta e injusta, pero no tiene buen arreglo: porque ni siquiera el adjetivo "norteamericano" es solución, pues "invade" el Canadá y Méjico; en cuanto a "estadounidense", si es broma, puede pasar.) Existe en muchas zonas de la vida una rigurosa determinación. ¿Y la libertad? Téngase en cuenta la general falta de rebeldía del americano, que tiene

mucha libertad, pero la usa con suma moderación (quizá por eso la tiene, porque la usa poco). En todo hay normas muy estrictas: la puntualidad extremada, las reglas de la circulación, el orden en un restaurante, el modo de comprar en un almacén, las instrucciones minuciosas para manejar un aparato o incluso para abrir esos admirables envases americanos, los reglamentos burocráticos, por ejemplo universitarios, todo ello envuelve la vida en una red de normas suaves, elásticas, pero sólidas y tenaces. (En algunas Universidades existe un folleto entero que prescribe con increíble minuciosidad cómo se deben presentar y redactar las tesis: el margen que se ha de dejar en el papel, cómo han de ir las citas, según pasen o no de cinco líneas, el orden de nombres y apellidos de los autores citados, según los casos, el uso de la coma y los dos puntos ante una cita breve o larga...) ¿Tiranía? En modo alguno; el americano no lo siente así. Su actitud es más bien de conformismo, creencia en los expertos, aceptación de las vigencias, adaptación, en suma, como a la estructura de los huesos o al rigor sin excepciones de la piel tensa y joven. El americano no tiene ese prurito de hacer "otra cosa" (el español es, quizá, el polo opuesto); piensa que cuando un señor se ha fatigado en pensar cómo debe abrirse un paquete y explicarlo prolijamente, ése será el modo mejor de hacerlo; el español siente esas instrucciones como una impertinencia y abre el paquete de algún modo insospechado. No se piense

por esto que en los Estados Unidos no hay crítica; al contrario, hay mucha, y cada director de "magazine" recibe cientos de cartas en que se critica desde la política internacional hasta el simpático flequillo de Mamie Eisenhower, desde la orientación religiosa del país hasta haber preferido el "spelling" Dolley Madison en vez del usual "Dolly". Lo que ocurre es que esa crítica se basa en un supuesto de "concordia" increíblemente amplio y profundo. Por eso justamente puede haber crítica, la cual exige una concordia en lo fundamental; por ejemplo; en que haya crítica.

Pero se preguntará por el sentido de gran parte de la literatura norteamericana contemporánea, con su manifiesta preferencia por lo atroz, sombrío, anormal, marginal. La imagen de la vida americana que dan muchos novelistas y dramaturgos —desde O'Neill o Lewis hasta Faulkner o Caldwell y otros más jóvenes— nos llevaría a otras conclusiones. ¿Es que no ocurre en los Estados Unidos lo que estos autores cuentan? Sin duda, porque en todas partes ocurre casi todo; la cuestión está en determinar "cuánto" y "cómo"; en otras palabras, si es importante cada una de las cosas que ocurren. En esa literatura se trata de buscar lo "excepcional"; porque tarda en descubrirse que lo usual es también digno de contarse, quizá lo más digno. Steinbeck está en la frontera. Yo espero muy pronto un florecimiento de una corriente literaria norteamericana cuyo an-

tecedente más ilustre podría ser "Our Town", de Thornton Wilder.

De ese conformismo antes apuntado resulta un mínimo de inestabilidad. Pero, una vez más, ¿no contradice esto la realidad más evidente? ¿No es un hecho el cambio, la variación constante y rápida de los Estados Unidos? ¿No se transforman ante nuestros ojos? Sí, pero movimiento no es inestabilidad, como no lo es el vuelo del avión, que sólo es inestable justamente cuando se para. El avión y la sociedad están hechos para moverse y cambiar "con continuidad". Y hay que advertir que la vida norteamericana es la menos espasmódica. A lo que menos se parece la sociedad americana es a un saltamontes, o sea que tiene lo menos posible del aventurero —recuérdese la aproximación que Ortega ha hecho de ambos—; digo la sociedad, y esto siempre, incluso cuando la vida americana individual tenía un alto coeficiente de aventura, que no ha perdido del todo.

El supuesto de gran parte de estos caracteres es el "utilitarismo" americano; por una vez estoy de acuerdo con el tópico; pero sólo a condición de entenderlo bien. El utilitarismo es un hecho, pero no es "materialismo" o "economismo"; significa más bien el imperio de la "conveniencia". El supuesto de la vida americana es que si a alguien se le propone algo que le conviene, acepta; en otros lugares no ocurre así, y mil errores vienen de olvidarlo. Lo inverso es lo que se expresa gráficamente en nuestra fórmula "quedarse uno tuerto por dejar ciego a

otro", y esto es lo que no hace el americano. De ahí la falta de hostilidad que se respira —se respira, sí, porque es atmosférica y vivificante—, al menos en las zonas del Este, que mejor conozco. Me refiero a esa hostilidad espontánea, gratuita y sin porqué, floreciente en otras latitudes o longitudes; el americano es también capaz de hostilidad, no faltaba más; pero casi siempre es por algo concreto, y normalmente prefiere segregar benevolencia.

Una de las razones de esto es la situación de las clases sociales. Las hay sin duda, aunque con cierta nivelación, sobre todo porque el nivel inferior es muy alto, y es cuestión delicada determinar su principio y su función; pero no es esto lo que aquí me interesa. En Europa venimos de la destrucción de las clases sociales y su transformación en detritus. En los Estados Unidos hay una peculiar instalación y satisfacción de cada clase o fracción social en sí misma. La diferencia principal que existe entre el "hombre del pueblo" y el "proletario" es que el primero tiene una "forma" de vida en la cual se instala y a la que se adhiere; siente su condición como algo propio y estimable, y dentro de ella desea cuanto desea; se podría entender la proletarización como el fenómeno general de pérdida de la forma social y consiguiente descontento; la proletarización en este sentido de "todas las clases sociales", incluso la aristocracia, es un gran peligro europeo. Creo que éste sería el punto de vista adecuado para enfocar el problema negro, sobrado complejo para

tocarlo de pasada. Es una frivolidad, frecuente en muchos países, reprochar a los americanos la existencia del problema de los negros; se les podrán reprochar sus soluciones— que son diversas—, pero el problema está allí, y acaso, como tantos otros, no la tiene. Pero en mi opinión debería orientarse hacia la posible instalación satisfactoria del negro en su condición y en su forma de vida. Probablemente es el único grupo americano importante que carece de esa situación general en el país, y por eso presenta insólitas manifestaciones de "proletarismo" en el sentido europeo de esta palabra.

Hasta qué punto esa situación es infrecuente lo revela la condición respectiva de los hombres, las mujeres y los niños. La relativa postergación de la mujer, indudable en muchas sociedades, no existe en los Estados Unidos. De ahí la soltura, la plenitud, la vitalidad de la mujer americana. (Sin embargo, hay que preguntarse por qué ciertas mujeres —una minoría, pero apreciable— se endurecen hacia los cuarenta años, sin causas biográficas claras; un endurecimiento fisiognómico, que se manifiesta en la mirada, en el andar, en el modo de sujetar el volante de su automóvil.) El niño tampoco está "oprimido": al contrario, hay un ilimitado respeto a la espontaneidad infantil; los niños hacen —salvo matarse— lo que quieren, y todos saben qué cosas quieren los niños. De ahí la gran tarea nacional que consiste en hacer del niño— o la niña: la diferencia es poca— bravío y montaraz una "persona"; por

ejemplo, esa forma de persona tan lograda y con tanto primor que es la "College girl". Más bien los Estados Unidos se pasan: las clases superiores están un poco oprimidas, el trabajo manual demasiado retribuído —incluso desde el punto de vista estrictamente económico de la "inversión" que supone la costosa formación intelectual—, la mujer favorecida por la ley y los usos, el niño se pasa de la raya: no hay más que recordar cuánto se escribe sobre los peligros del "teenager", del muchacho que anda entre los trece y los diecinueve.

La vida americana es "dura", pero "dulce" (dulce no se opone a duro, sino a amargo o agrio). Se trabaja mucho: cuesta ganar el dinero, hay que ir y venir, pasar frío y calor, arreglar la casa, cuidar el jardín, quitar la nieve, criar a los niños. Pero todo eso tiene cierta dulzura. Un ejemplo lo explicará mejor. La tarea de llevar al "laundry" un saco de ropa para ser sometida a las manipulaciones del lavado mecánico es físicamente penosa y más bien ingrata; pero es muy probable que el camino de la casa al "laundry" sea una calle deliciosa, llena de casas de madera, verdor, yedra y flores moradas; y a lo largo de todo él, las sonrisas y los saludos de los vecinos y de los transeúntes, más cordiales cuanto mayor es el paquete; y al final, otra sonrisa, más ancha aún y alentadora, de la empleada que lo recibe y pesa. El contorno humano es acogedor y suave. La dureza es sólo de las cosas o de lo

impersonal: el frío, la nieve, el calor, los reglamentos, los impuestos.

Una vida limitada, una vida absorta en sí misma, impregnada de la sustancia de lo cotidiano. Ésta es la delicia de la vida americana. Vista desde Europa, sin duda resulta deficiente porque se echan de menos muchas cosas: el americano, nacido dentro de ella, que no la compara con otra ni viene de mundos distintos, va en ella como en una cuna. He de confesar que yo, archieuropeo, después de haber hecho el intento de vivirla desde dentro, desde ella misma, la encuentro entrañable; no soy capaz de ver lo que le falta y pasar por alto lo que nos da y hoy no tenemos. Para emplear la frase de Unamuno, diría que me complazco en "la plenitud de su limitación". Y me parece poco inteligente hacerle ascos a esa limitación en nombre de los "espíritus superiores" porque la forma de vida, como la religión, como el mundo mismo, es "para todos"; no para las masas, sino para "cada uno". El nivel económico e industrial americano ha permitido que 150 millones de hombres vivan humanamente. ¿Se piensa en lo que eso significa de posibilidades, incluso morales, para los unos, de justificación para los demás? Es esto más urgente que el arte abstracto, la literatura "engagée" o los "principios". Sin contar con que los hombres superiores lo son y ejercen su función rectora sin necesitar que los demás se fatiguen en mimarlos.

Se trata en todo ello, más que de otra cosa, de una

cuestión mental: el americano sabe a qué atenerse. Pero los problemas empiezan ahora, y hay que advertir que son sobre todo del orden de la inteligencia: hoy por hoy no hay depresión, no hay pobreza, no hay debilidad; ni inseguridad, ni peligro material demasiado grave. Lo que pasa es que el americano tiene que pensar cosas nuevas, tiene que salir de sí mismo, articular su vida con otros ingredientes. Estos nuevos condimentos ¿le darán un sabor que el paladar exigente echa hoy de menos? ¿O acaso la echarán a perder? Esa forma tiene que abrirse y dilatarse; podrá hacerlo si tiene elasticidad; pero puede agrietarse y romperse si se pone rígida, es decir, torpe. Lo mejor que se puede desear a los americanos —y a los demás, por tanto— es que tengan hoy cabeza clara y aun más clara sonrisa.

EL CREPÚSCULO INDUSTRIAL, S. A.

A Ada May Coe

En una vieja ciudad castellana se encuentra un rótulo en el local de una modesta industria: "La Intimidad - Fábrica de Hielo." Me he acordado de este título y de lo que sugiere al pensar en el de una sociedad recientemente establecida en los Estados Unidos, en New England, que ha iniciado sus primeros talleres en Haverhill, una pequeña ciudad de ese estado de Massachusetts que algún tiempo ha sido mi mundo: *Sunset Industries, Incorporated,* que se podría traducir algo libremente *El Crepúsculo Industrial, S. A.* o más literalmente, Industrias de la Puesta del Sol. La originalidad de esta sociedad consiste simplemente en que *sólo* recluta su personal entre hombres y mujeres de sesenta años en adelante. Las mujeres que constituyen el primer taller tienen 60 y 78 años; una de ellas es bisabuela.

Esta sociedad no hace sino tomar en serio una situación característica de nuestro tiempo, cuyas consecuencias son en parte previsibles —pero hace falta molestarse en preverlas—, en parte difícilmente imaginables: el hecho de que los hombres y mujeres del siglo xx no se deciden fácilmente a morir,

ni siquiera a declinar. Hasta hace pocos decenios, en efecto, la gran mayoría de los hombres habían muerto antes de cumplir los 60 años; sólo quedaban "supervivientes" de mayor edad, y esto en un doble y hasta triple sentido: 1º eran numéricamente muy pocos; 2º por ello, las "formaciones" que habían constituído antes estaban maltrechas y desarticuladas; 3º estaban –salvo excepciones individuales– en franca decadencia física y, sobre todo, moral. La vejez sobrevenía muy pronto; en parte por causas fisiológicas, en parte por una cuestión de actitud; cuando se empieza a decir –primero en broma y sin creerlo– "yo ya estoy viejo", "a mis años", etc., al cabo de algún tiempo todo eso resulta verdad. Hace ahora ochenta años, la infanta carlista Doña Nieves de Braganza, llevada por los azares de la guerra civil, llega a la ciudad catalana de Ripoll; allí se hospeda en casa de una familia; la mujer, de gran belleza, es conocida con el nombre de "La Rubia de Ripoll"; la infanta, en sus memorias, se admira: qué belleza, qué cutis terso, qué cabellos dorados; le dicen la edad de la guapa catalana: veintiocho años; y no puede creerlo, no puede comprender que a esa edad esté tan joven y hermosa, tenga esa piel y esos cabellos; porque a los veintiocho años, insiste, no se puede decir de ninguna manera que una mujer, aunque sea casada, es joven. A los veintiocho años, la Rubia de Ripoll tenía obligación de entrar en el crepúsculo y dar a sus cabellos áureos una luz de poniente.

Según cálculos aproximados, la duración media de la vida humana en 1500 era de 22 años; en 1700, de 34; en 1800, de 46; en 1900, de 49; en 1953, de 69. Se ve, desde luego, que el siglo XX tiene algún misterio. Pero estos datos sirven de poco, porque son demasiado complejos: no se trata, claro está, sólo de longevidad, sino de la enorme disminución de mortalidad infantil, la desaparición de muchas enfermedades graves y de la gravedad de otras que persisten, pero domesticadas por la cirugía o los antibióticos. Es más interesante ver lo que ocurre sólo con los viejos: en los Estados Unidos, las compañías de seguros consideran que la vida media probable es hoy de 68,6 años para los hombres y 72,1 para las mujeres; las probabilidades de que un niño nacido en 1930 alcance los 65 se calculaban en el 53 por ciento; para el nacido en 1953, el porcentaje es 64 —si es niña, 74—. Y no es sólo esto; los 65 años no son un límite, sino una edad casi "media": se calcula que más de la mitad de los hombres de esa edad vivirán todavía 12 años, una quinta parte 20 años más; para las mujeres, la situación es increíblemente favorable: la mitad de las que tienen 65 años llegarán a 80, la quinta parte alcanzarán los 88. Hay ahora en los Estados Unidos 13 millones y medio de personas de más de 65 años; a fin de siglo se prevé que haya 26 millones.

Esto quiere decir que habrá generaciones compactas, con sus cuadros firmes, con su estructura;

es decir, que en lugar de supervivientes del gran naufragio de la ancianidad, *rari nantes in gurgite vasto,* dentro de poco tiempo habrá *una generación más* en el escenario histórico; y habrá que plantearse el problema de la dinámica de las generaciones en la nueva situación, y por tanto de su duración e intervalo, posiblemente distinto al alterarse de modo perceptible ese elemento de la estructura empírica de la vida humana que es el esquema de las edades.

Pero no es este aspecto colectivo el que en este momento me interesa, sino la nueva situación que en la vida humana *individual* introduce esta longevidad estadísticamente frecuente, con la cual, por tanto, se va a empezar a *contar*, que va a funcionar en nuestro horizonte. La expresión que emplean las compañías de seguros americanas, *life expectancy,* expectación o esperanza de vida, tiene un sentido abstracto y estadístico, que es el que a ellas les interesa, y otro concreto, imaginativo y cordial: lo que cada uno de los hombres espera como probable e incierto límite de su vida terrena.

Hasta ahora, se contaba con que la vida terminaba hacia los sesenta años; por lo menos, su fase activa; piénsese en las connotaciones sentimentales de la palabra "sexagenario", y en la irritación que producen a todos los sexagenarios actuales. Las formas de la vida colectiva estaban determinadas por esos supuestos, y se contaba con que los hombres, al llegar a cierta edad —entre 60 y 70—, dejan de

funcionar: es la edad de la jubilación o el retiro, del paso a lo que se llama "clases pasivas". Ahora resulta que las clases pasivas no lo son, sino que se sienten capaces de plena actividad. Pero ésta —y, por tanto, la figura de sus vidas— resulta problemática.

Caben, en efecto, dos posibilidades bien distintas, que podríamos denominar así: continuar o empezar de nuevo. En unos casos, la tendencia es aumentar la edad del retiro; en muchas Universidades americanas es de 65, en otros casos de 68; en pocos se llega a la de 70, normal en Europa; se trata de establecer este tope e incluso otro más avanzado; una innovación mayor es la desaparición de la edad forzosa de retiro: desde cierta fecha, una comisión decide si el trabajador continúa en activo o debe retirarse; es decir, no es la edad, ninguna edad, la que aparta del trabajo activo, sino las condiciones del individuo. Las dificultades de aplicación no son escasas, pero el principio es esperanzador: no asignar ningún límite previo a la vida activa, no fijar un período de liquidación, en que el hombre, fuera del trabajo, de la profesión, de lo que ha sido su mundo, espera pasivamente la muerte, literalmente en la situación que suele llamarse con un galicismo administrativo, "a extinguir".

Pero hay otra tendencia, que en los Estados Unidos se manifiesta claramente: un paradójico retiro temprano. Los amplios ingresos del norteamericano medio, la adquisición de una casa propia y otros

medios desde muy pronto, el ahorro, los seguros, todo ello permite a muchos, desde el punto de vista económico, retirarse a los sesenta años, tal vez antes. Y no son pocos los que lo hacen, muchos más los que lo desean.

Pero hay que preguntarse: ¿retirarse de qué y a qué? Porque no se debe aceptar tan llanamente la interpretación negativa del retiro. Se trata de retirarse a la profesión ejercitada hasta entonces, pero no para aguardar una melancólica extinción, sino para iniciar nuevas actividades. Éste es el fondo de la cuestión: la idea de la *vida nueva*, que empieza cuando antes se pensaba que estaba terminando la vida.

Probablemente, antes de tener formas profesionales, esta actitud germinó en las mujeres americanas. Éstas se casan pronto —antes de los 21 años por término medio—; en un país sin servicio doméstico, el trabajo de la casa y el cuidado de los hijos constituyen una pesada carga; las mujeres trabajan esforzadamente durante muchos años. Pero llega un momento en que los hijos están ya criados, son independientes, tal vez se han casado, en todo caso están en sus años de *College*, casi siempre en otra ciudad; y las madres, gracias a una buena constitución racial, dieta adecuada, ejercicio y artes cosméticas, se encuentran a larga distancia de todo asomo de vejez. Entonces puede empezar la segunda vida, con tiempo libre para ellas mismas, con libertad para planear su vida sin sacrificarla al cuidado

apremiante de los hijos. Muchos matrimonios, al quedarse más o menos solos, vuelven a mirarse con ojos distintos y a planear nuevos programas. Las mujeres viudas o divorciadas suelen tener, con la libertad, cierto vacío que las lleva a multitud de ocupaciones —*clubs*, comités, reuniones, sociedades, casi siempre sólo para mujeres solas y no siempre discretas— "pan con pan...", dice el refrán español.

Al hacer los nuevos proyectos para la segunda etapa se produce también una crisis en el hombre. ¿Por qué seguir haciendo lo mismo? Hay que advertir que los americanos tienen mayor propensión a cambiar de trabajo, puesto o residencia que los europeos —una de las razones es la mayor semejanza entre las ciudades de los Estados Unidos que las de Europa: la diferencia que existe entre vivir en Providence o en Baltimore no es comparable a la que significa vivir en Granada o en Oviedo, en Munich o en Heidelberg—. Tal vez la pareja ha vivido años y años en un clima duro e inhóspito, en Iowa o en North Dakota; ¿por qué no intentar California o Florida? Todo lleva a la actitud de "volver a empezar".

Pero esto tiene algunos supuestos delicados. Uno de ellos, la capacidad de modificar sustancialmente el proyecto vital; lo cual implica una cierta insolidaridad con el pasado, por una parte; una elasticidad juvenil, por otra. Además, pone al descubierto, con una sinceridad que no es frecuente, el hecho

de que los hombres no suelen vivir de acuerdo con su vocación. Existen en el mundo infinitas tareas para las que los hombres no se sienten *llamados*; las realizan, sin embargo, porque son necesarias —colectivamente—, porque tienen que vivir —individualmente—; pero la ilusión que producen es muy moderada. Muchos hombres aceptan que las cosas sean así; algunos acaban por sentir la ilusión de la tarea cotidiana, la realizan con *amore*, ponen en ella una buena parte de sí mismos y al quererse la quieren; otros se amargan, se agrían, fermentan en descontento y rencor; bastantes jamás piensan en ello, porque ni siquiera se les ocurre que la vida pueda ser de otra manera. Muchos americanos, al llegar a los sesenta años, tal vez antes, abandonan el "trabajo" en sentido estricto, impuesto, profesional, forzoso, penoso, aburrido, sin interés, y se dedican a iniciar lo que Ortega llama "ocupaciones felicitarias"; que, por lo general, consisten en otro trabajo, tal vez de tanto esfuerzo.

Trabajo, pero *otro*. Y elegido, no automáticamente designado por las circunstancias. Esto hace que el impulso vital se renueve, como un proyectil al que se hace seguir avanzando con un nuevo cohete. La trayectoria, que iba ya de vencida, que pronto tocaría el suelo, vuelve a tenderse y avanzar hacia un horizonte más lejano: es una nueva forma del elixir de la juventud.

Porque lo que quiero decir es esto: el aumento de la vida media humana y de la conservación del

hombre a edades avanzadas es la causa de que se esté llegando a nuevas estructuras sociales, de que se vuelva a empezar, de que los profesores legalmente jubilados por las Universidades sean contratados por otras, que organizan una espléndida *faculty* de "viejos oficiales", que juvenilmente despliegan las velas de su segunda navegación, de que en otra Universidad de Massachusetts se den cursos *exclusivamente* para mujeres de más de 65 años. Pero esta reacción positiva a la longevidad estadística va a incrementarla. El reajuste de las vidas individuales les va a dar lozanía y frescura por unos cuantos decenios más. No va a ser simplemente que hombres y mujeres "no se mueren", que siguen sobre el suelo más años de los que se esperaban, sino que van a tener más vida, su suplemento de vitalidad, lo cual implica una segunda parte del programa, del programa vital en que consisten. Un gran maestro español, el cumplir los 80 años, pedía a su médico dieciséis más de vida: los necesitaba —dieciséis, ni más ni menos— para acabar los trabajos que tenía entre manos. No dudo de que Dios se los conceda: ya lleva cinco más, y no hay en él señal de decadencia. Y estoy seguro de que al cumplir 96 —ya se sabe lo que es el trabajo intelectual— le faltarán aún muchas cosas; y se le habrán ocurrido nuevos temas incitantes; necesitará una prórroga. La puesta del sol es a veces muy lenta y larga; espero cambios decisivos en la estructura de la so-

ciedad y de la historia, sólo a causa de la moral que implican esas *Industrias del Crepúsculo* que acaban de nacer en Massachusetts.

LA MITAD FEMENINA DE LOS ESTADOS UNIDOS

A Katherine Whitmore

¿Por qué esta expresión en el título? ¿Por qué no hablar, simplemente, de "la mujer norteamericana"? Por dos razones bien distintas. La primera, porque el último enunciado es el de un tema enorme, que no me siento capaz de plantear aquí, porque requeriría informaciones amplísimas, que estoy muy lejos de poseer, y una copiosa meditación; casi todo lo que se lee sobre la mujer es increíblemente insuficiente; lo que se dice de las mujeres americanas, todavía más: porque parecen más fáciles de entender y porque de hecho exigirían tomar el problema desde muy lejos; por eso, renuncio desde luego a decir lo que el apasionante tema está pidiendo, y prudentemente me abstengo de prometerlo para no cumplirlo.

La segunda razón es positiva: quiero insinuar desde el título algo muy elemental, pero que me parece lo primero que hay que decir: que en los Estados Unidos las mujeres son *la mitad;* no de los habitantes —esto ocurre aproximadamente en todas partes— sino *del país;* en casi todos los demás son mucho menos; en algunos casos parece que los

países están integrados por hombres, los cuales "tienen", ciertamente, mujeres.

Antonio Machado habló en un verso de las "ciudades con calles sin mujeres", de su Andalucía natal; en los Estados Unidos, esto sería incomprensible: las mujeres están en las calles y en todas partes. ¿Cómo hay tantas? Esto se pregunta inevitablemente el europeo. La razón es clara: la inmensa mayoría de las mujeres americanas están "en circulación"; y esto en varios sentidos, que conviene enumerar. En primer lugar, en muchas grandes zonas de los Estados Unidos, especialmente en el Nordeste, no existen apenas lo que se llaman "clases bajas", es decir, aquellas que no alcanzan el "umbral" inferior de la vida social; en la mayor parte de los países de Europa y de otros continentes, amplias zonas de la población quedan "fuera", en una especie de "extrarradio social", y no tienen acceso —si acaso, excepcional—, a las manifestaciones de la convivencia: pasear, ir de compras, asistir a espectáculos, cafés, etc., viajar, estudiar, escuchar conferencias o conciertos; pero hay que agregar en seguida algo decisivo: si se asciende hasta el nivel social en que se inicia la entrada en la vida social, ésta acontece sólo —o principalmente— para los hombres, y las mujeres pertenecientes a ese estrato permanecen aún relegadas a las "tinieblas exteriores", en este caso interiores, es decir, a la casa. En segundo lugar, la vida doméstica absorbe mucho menos e impone menos reclusión: en los países en que exis-

ten normalmente las criadas de servir, un gran número de mujeres quedan profesionalmente reducidas a la vida doméstica sin más; en los que han perdido el servicio doméstico, todas las mujeres invierten un tiempo muy grande en las faenas de la casa, realizadas aún con bastante primitivismo, y en el cuidado de los niños; piénsese, por ejemplo, en el número de horas que la mujer francesa, italiana o española dedica a una lenta y complicada cocina; en los Estados Unidos, donde el servicio doméstico prácticamente no existe, las mujeres están aliviadas de tales faenas por la eficaz cooperación de los maridos y de los hijos un poco crecidos; por la mecanización y uso de aparatos; por el excelente funcionamiento de los servicios —calefacción, limpieza, fontanería—; por la simplicidad de la cocina. Todavía habría que agregar un detalle mínimo, pero decisivo: el horario americano, más adelantado que el europeo o el suramericano —no digamos que el español—: la comida a las seis de la tarde pone un límite a las faenas de la casa, y queda un trozo de jornada que aun en los peores casos queda libre y en franquía.

En tercer lugar, la edad interviene en el número de mujeres norteamericanas que se ven por todas partes. En algunos países —Francia— empiezan muy tarde; la *jeune fille* apenas cuenta; sólo la mujer casada y que se aproxima a los treinta tiene existencia social; en otros lugares, por el contrario, la retirada es muy temprana: apenas entrada en la ma-

durez, la mujer va quedando relegada a la domesticidad. En los Estados Unidos, las muchachas, desde muy temprano, tienen personalidad y actividad; y éstas no terminan hasta la extremada vejez o la muerte, porque no hay normalmente "retiro"; las actividades van variando, pero nunca faltan — esa variación es uno de los caracteres más interesantes de la sociedad americana.

Pero, sobre todo, la razón de que las mujeres americanas estén en todas partes es que no se ha producido en aquella sociedad la acumulación de la iniciativa en su porción masculina; las mujeres la ejercitan lo mismo que los hombres, aunque no de igual manera ni en la misma dirección; porque hay que advertir desde luego que no existe "igualdad", sino una peculiar diferenciación de las pretensiones femeninas y masculinas, sin subordinación de las primeras a las segundas. Las mujeres americanas están en todas partes porque están *en* sí mismas. Quede en pie de momento cuáles son las consecuencias de esto para la realidad de la mujer como tal.

Esta situación representa una novedad respecto a casi todo el resto del mundo occidental; porque suele olvidarse que la presencia de la mujer en la vida europea está bastante confinada a las grandes ciudades; tan pronto como se sale de ellas, se vuelve, en medida muy amplia, a diversas formas de sociedad de "hombres solos"; en los Estados Unidos esto no es posible: en el trabajo, en las diversiones,

en la vida social, el mundo es siempre bisexual; si acaso, hay ciertos departamentos de la vida en que el predominio femenino es tan resuelto, que la situación tradicional se invierte: así los conciertos, cierto tipo de conferencias y otras actividades culturales —este fenómeno aparece también, con menor volumen, en Suramérica—; el hecho de que los matrimonios se hagan en plena juventud —de dieciocho a veintitrés años las mujeres, dos o tres más los hombres, por lo general— y de que a partir de las seis de la tarde, terminado el trabajo, suelan ir juntos, aumenta la presencia de las mujeres, que se impone como una evidencia inmediata tan pronto como se llega al país.

Hay que decir que esa evidencia es sumamente placentera, porque la belleza y esmero de la mujer norteamericana son, tomados estadísticamente, muy grandes; hay que empezar por ahí, porque es lo primero que se ve y, a la vez, lo más importante y que explica otras muchas cosas. Digo estadísticamente, porque no me interesa en este momento si las mujeres bellas de los Estados Unidos lo son más que las bellas de otros lugares, sino el hecho cuantitativo de que son muchas más; de ahí la coloración que imponen al mundo, a la calle, a los lugares públicos. Una buena combinación racial, una alimentación adecuada, una limpieza más difundida que en casi todo el mundo, un frecuente cuidado del cuerpo y, sobre todo, una gran elevación del nivel social inferior, se cuentan entre las principa-

les causas de ese resultado. Pero hay que agregar otra razón de un orden distinto: la existencia y el imperio de una "pretensión femenina" que afecta a un número muy grande de mujeres. Quiero decir que la mayoría de las mujeres americanas funcionan como tales, tienen conciencia de serlo, se esfuerzan en serlo; hasta tal punto es así, que las excepciones —naturalmente numerosas, pero excepciones— tienen un inconfundible matiz de "renuncia", de "dimisión" o "entrega": algunas veces, amargada (la mujer que desespera de su condición femenina y se lanza por el camino del adefesio); otras veces, resignada y jovial (la señora de edad media que decide olvidar esa forma de conciencia estética que es el peso del cuarto de baño, dedicarse alegremente a la mantequilla y los dulces y hacerse gallinácea). Salvo estos casos, las mujeres americanas circulan, elásticas y seguras, esbeltísimas, bien marcados los signos de su feminidad, aureoladas por una cabellera que a menudo resplandece, serenas y sonrientes, confiadas, seguras de sí mismas y de su mundo. Se las ve ir y venir, entrar en los almacenes, llenar los *Colleges*, trabajar en las oficinas, entrar en el *drug store* para tomar un almuerzo rápido o una taza de café, rezar en las iglesias, tomar baños de sol en el jardín, quitar la nieve de la puerta, empujar el cochecito del niño, hacer su recorrido en el tren que las lleva a su trabajo, en la gran ciudad. O se las ve pasar, raudas, en sus enormes y brillantes coches, la mano derecha en el

volante, en la izquierda un cigarrillo, por entre los altos olmos y castaños de la carretera asfaltada.

He hablado, junto a la belleza, del esmero de las norteamericanas; pero esto requiere alguna aclaración. La mujer "en activo" y que no ha renunciado tiene suma atención hacia su cuerpo: limpieza extremada, cuidado del cabello, maquillado rara vez omitido, vigilancia del peso y de las proporciones (respecto de muchas mujeres, por ejemplo actrices, se publican sus medidas de busto, cintura, caderas y talla, en pulgadas exactas). ¿Y el vestido? Hay que distinguir. El hecho de que en los Estados Unidos apenas existan modistas, de que las mujeres, por tanto, no "se hagan" vestidos, sino sólo los elijan, altera la situación respecto de la europea. Posiblemente las americanas que se visten *muy bien* no se visten tan bien como sus colegas de algunos países europeos; pero, en cambio, se visten *bastante bien* muchísimas, frente a los números relativamente cortos de Europa. No es esto, con todo, lo más importante, sino tres cosas que no se deben olvidar: la primera, que las mujeres americanas no se visten bien *siempre*, sino sólo cuando se visten; es decir, que no tienen el menor reparo en ponerse en ocasiones una desaliñada gabardina, unos pantalones vaqueros y un chaquetón, unos *shorts* o tal vez una especie de camisa masculina con los faldones hacia afuera, para volver a la más refinada feminidad unas horas después; la segunda, que para ellas no rige excesivamente la exigencia de integridad de

los detalles: se pueden ver, debajo de un abrigo de visón de tres mil dólares, unos toscos zapatones sin tacón y unos calcetines blancos; la tercera, que las mujeres americanas se visten mucho más en vista de los hombres que de las demás mujeres, y por tanto atienden más a que los vestidos las hagan bonitas y atractivas que a que sean "originales", sorprendentes o tengan el "toque" de algún modisto famoso (y, naturalmente, ignorado y acaso despreciado por la totalidad de los varones).

Todo esto, si se interpreta, lleva a la conclusión de que la relación de la norteamericana con su cuerpo, su sexo y el otro no coincide con las que existen en otros lugares. Es muy poco "presumida", mucho menos que la española, la francesa, la italiana o la criolla; no está siempre sobre aviso, pendiente de los detalles, rara vez se arregla prolijamente, y tiene, por tanto, un margen mayor de espontaneidad. De otro lado, no olvida que es mujer —como parece acontecer a veces a la inglesa y a la alemana—; tiene conciencia habitual de su cuerpo y de que éste es atractivo; pero sin insistencia y con un mínimo de malicia. Esto explica que en las iglesias católicas americanas las mujeres, esmerada y cuidadosamente vestidas, oigan misa y comulguen en verano con vestidos sin mangas —apenas se usan otros— y de amplios escotes, en medio de la más estricta compostura y sin el menor escándalo de nadie. Si se mide el pudor por la superficie de piel descubierta en los meses de calor, evidentemente

las norteamericanas tienen menos pudor que muchas europeas; pero se piensa a veces si no será que el pudor es más difícil de medir; porque junto a la indudable generosidad con que me muestran las piernas o la espalda hay que poner la normalidad y relativa inocencia con que se muestran (y no se *exhiben);* sólo recuerdo, en una tarde calurosa de agosto, en Washington Street de Boston, una mujer que hiciera lo que podríamos llamar un "uso europeo" de su espalda desnuda, conjugada con la llamarada de una larga cabellera cobriza.

En Europa se suele decir que las americanas son sin duda primorosas, pero todas iguales; yo creo que esto es una consecuencia de la ojeada "a vista de pájaro", en que la mirada retiene sólo los rasgos diferenciales respecto del país propio, comunes al país que se visita; no me parece que las americanas se parezcan entre sí, dentro del mismo grupo social, más que las españolas, las francesas o las argentinas; los que sí se parecen más —éste es otro cantar— son los grupos sociales, porque en los Estados Unidos es muy reducido el "piso bajo" de la sociedad, y además no es muy bajo; hay, pues, menos distancias entre los extremos, pero no menos diferencias *individuales.* Lo que indudablemente caracteriza a la americana es cierta sencillez de trato, cierta inmediatez que puede parecer simplicidad o falta de complicación. Y con esto llegamos a lo más interesante, también a lo más expuesto a error. Intentaré

aclarar mis impresiones y precisar algunas conjeturas.

Dije antes que las norteamericanas están en todas partes porque están *en sí mismas*; quería indicar con esta expresión su falta de menesterosidad, su relativa independencia, el hecho de que, en un grado mayor que en otras partes, viven desde su propio fondo, no apoyadas desde luego en el varón. Hay en ellas más iniciativa y menos respuesta; conviven con los hombres en un mundo común, en el cual se sienten legalmente instaladas; no se sienten de precario en un mundo ajeno, el mundo de los hombres (dentro del cual las mujeres de otras culturas hacen, un poco clandestina y misteriosamente, "su mundo", que es —dicho sea de paso— una creación de enorme interés), sino que se relacionan con éstos en pie de igualdad y con ellos "comparten" el mundo. Esto da un carácter peculiar al trato entre hombres y mujeres en los Estados Unidos. Podríamos decir que hay entre ellos relaciones de "buena vecindad", que suponen el reconocimiento de las respectivas soberanías; la reacción de la mujer norteamericana hacia el hombre es, ante todo, de atención e interés, de "contar con él"; esa relación es además, en principio, cordial y positiva: a las mujeres les "parecen bien" los hombres, se complacen en su existencia o su presencia (un hecho que las convenciones históricas ocultan en Europa, en ocasiones lo atenúan, y cuando esto no ocurre lo subrayan demasiado y lo desvirtúan); la mujer

americana, en la medida en que experimenta simpatía, admiración o afecto hacia los hombres, lo manifiesta con toda naturalidad, en una actitud que —salvo el "rendimiento"— recuerda a la tradicional del varón europeo respecto de la mujer. Esto da un tono singularmente cordial, cómodo y amistoso a la convivencia en los Estados Unidos.

No diría que esto no tenga ciertas limitaciones e inconvenientes. Si tuviera que formular en una línea la mayor diferencia que encuentro entre las mujeres europeas y las americanas, diría que es la misma que separa el Hudson o el Mississipi del Duero, el Sena, el Rhin, el Arno o el Danubio: a las mujeres americanas, como a sus ríos, como a su paisaje, *les han dicho menos cosas*. Los ríos de América, he dicho alguna vez, arrastran más agua que los de Europa, pero muchos menos versos. A la mujer europea la han ido haciendo, siglo tras siglo, las palabras que los varones han ido vertiendo en sus oídos: madrigales, sonetos, galanterías, piropos callejeros, y también plumas de sombrero que barren el suelo, celosías, guardas cuidadosas, idolatría y desdén. Es decir, a la mujer europea la ha inventado en enorme proporción el varón, la ha imaginado, le ha propuesto —y en buena medida impuesto— su "personaje", su proyecto o figura de tal mujer. El norteamericano ha cooperado en otro grado en la creación de su compañera; se ha hablado mucho del *self-made man*; con mayor razón se podría hablar de la *self-made woman* de los Estados Unidos,

que se ha inventado y proyectado a sí misma, sin excesiva ayuda — y en todo caso, sólo *ayuda*.

Esto da a la mujer americana, vista desde el europeo, una peculiar novedad; hay en ella, quién lo duda, una dosis de espontaneidad, inmediatez, sinceridad, a que no se está habituado. Se comprueba con alegría que en ella faltan muchos gestos —remilgo, afectación, presunción— que, aunque justificados en su origen y acaso deliciosos en sus formas superiores, normalmente han degenerado en formas inauténticas y residuales que estorban al trato y a la comunicación viva e intensa entre hombres y mujeres. Hay en la norteamericana un ambiente fresco y tonificante, juvenil en cualquier edad, como el aire de las primeras horas de la mañana. Pero de otro lado se siente que esa mujer a quien todavía le han dicho pocas cosas está aún sin acabar de interpretar, por tanto sin acabar de realizarse. Sus posibilidades van más allá de lo que efectivamente es; como se ha hecho —en gran proproporción— a sí misma, como está en sí misma, tiene aún sin despertar vastas zonas de su realidad que tienen que ser descubiertas, inventadas, suscitadas, despertadas por el hombre. El que la mujer esté en sí misma es en el fondo un error, porque ni siquiera el hombre puede estarlo, menos la mujer, que en este sentido es triple extracto de lo humano. La mujer no existe en la naturaleza —a lo sumo, la hembra—, es una realidad artificial, una obra de arte, y para lograrla hace falta la cooperación de los

dos sexos. La mujer norteamericana se interesa mucho por el hombre —lo he dicho ya—, pero después de ser ella quien es, desde sí misma; no se hace al interesarse y al interesar. De ahí el peligro de egoísmo que acecha a la mujer de los Estados Unidos; de ahí también un exceso de seguridad, que se paga a un precio muy alto: la renuncia a ciertos estratos muy íntimos y profundos, en que ser mujer significa necesariamente *inseguridad*; de ahí, finalmente, que la mujer americana, justamente exigente, en algunos puntos se contente con poco. Es evidente que, al estar menos supeditada al marido, el matrimonio deficiente tiene menos consecuencias para ella que, por ejemplo, para la española; pero con eso mismo pone el matrimonio en un plano en el que éste es menos decisivo —para bien y para mal—, y por eso arriesga menos, es menos vulnerable, está menos expuesta a la frustración y la infelicidad, pero también menos a una intensidad y perfección que sólo pueden conseguirse jugándoselo todo a una carta.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que la mujer norteamericana, que es maravillosa, está todavía en camino, sin terminar de hacer. Y hay el riesgo de que, por su cómoda instalación en la vida, por sus indudables perfecciones y primores, caiga en el estado de satisfacción de sí misma, de "suficiencia"; esto sería un error, porque el hombre —y *más* la mujer— es el ser constitutivamente *insuficiente*; si así aconteciera, la mujer americana po-

dría acaso petrificarse en formas provisionales, encantadoras como tales, pero en las que no se puede perdurar, como una mañana que no avanzase hacia el mediodía. En los Estados Unidos, una buena parte de la creación del país ha correspondido a las mujeres casi solas: han sido las educadoras, las realizadoras de grandes fragmentos de la cultura nacional. Creo que lo han hecho muy bien, mientras los hombres, por su parte, ponían en marcha la economía, la agricultura, la industria, la administración —en todo lo cual las mujeres han cooperado de un modo egregio: los Estados Unidos, por ejemplo, no serían posibles sin las secretarias, realidad admirable—. Pero hoy las cosas están muy complicadas; para todo hacen falta todos. Y, muy principalmente, para hacerse a sí mismos como humanos. Las mujeres de los Estados Unidos van a tener que esperar a exigir más a los hombres; no más rendimiento, más esfuerzo, más riqueza, más técnica, más atenciones, más ayuda, sino más calidad humana, más perfección varonil, más imaginación. Los hombres deberán aprender a decir más y mejores cosas a las mujeres; y éstas a oírlas; las mujeres, así interpretadas, inventadas, descubiertas, podrán lanzarse a la gran empresa de la colonización de sí mismas. Se ha dicho con justeza que la mujer es siempre, hasta que el hombre la despierta, la bella durmiente; la americana no parece dormir, porque está llena de juvenil ímpetu y actividad; pero cabe preguntarse si en algún recóndito rincón de su alma

no será "la bella sonámbula", que camina, se agita, bulle, trabaja, sonríe, en el centro dormida.

Si algún día los hombres norteamericanos encuentran en su imaginación las palabras justas —no aprendidas— que tienen que decir a sus mujeres, se encontrarán con un enriquecimiento inesperado, con insospechados yacimientos, "increíbles Floridas". Para esa perfección de América harán falta millones de horas de conversación —amistosa, jovial, conmovida, apasionada— entre un hombre y una mujer.

DEFENSA Y ENTREGA DE UNA FORMA DE VIDA

A Bob Mulvihill

Al estudiar hace siete años asunto tan remoto como los orígenes de la filosofía en Grecia, tropecé con un hecho que incluía germinalmente nada menos que una ley histórica; y desde entonces he mirado desde ese punto de vista la realidad presente, y pocas ideas me han ayudado tanto a entender lo que está pasando en nuestro mundo, más aún lo que puede pasar en los años inmediatos; y, ante todo, el riesgo que se cierne sobre los Estados Unidos y, por lo tanto, sobre todo el mundo occidental.

La historia es bien conocida. Las Guerras Médicas significaron una crisis general de Grecia, en varios sentidos. El primero, por lo que tenían de amenaza: el poderío persa, cada vez más pujante, significaba el riesgo de transformación de toda la vida helénica. Si los griegos hubiesen sido derrotados, no cabe duda de que su forma de vida habría sido destruída y reemplazada por otra bien distinta. Los helenos se dieron perfecta cuenta de ello; sabían bien que estaba en juego su existencia como pueblo y hasta el sentido que tradicionalmente daban al verbo vivir. Pero no era esto sólo: la simple amenaza, aun sin ejecutarse y cumplirse, operó por

sí sola una transformación del mundo griego; porque, al enfrentarse con él realmente otra manera de vivir, otra idea de la soledad y del hombre, el primero, que de hecho funcionaba para los griegos como "el mundo" sin más, es decir, el único, se convirtió en "un mundo", esto es, uno de los posibles, por lo menos uno de los dos entre los que se podía optar; y esto es lo decisivo: que, aun en el caso de que al hombre griego le pareciese su mundo desde luego preferible, tenía que preferirlo, tenía que elegir, no era ya para él la realidad sin más, sino una cosa cualificada por ciertas determinaciones, contingente, insegura, que podía ser de otra manera. Por último, la gravedad de las Guerras Médicas obligó a los griegos a hacer un enorme esfuerzo para vencer: nuevas técnicas, un aprovechamiento distinto de los recursos, la incorporación a la vida activa de extensas zonas de la población, alteración de los supuestos y de las relaciones humanas. Y al final, después de la victoria, cuando los griegos creen haber salvado la forma de vida tradicional, por la cual habían combatido durante medio siglo, resulta que esa forma se ha desvanecido, ya no existe. No es, ciertamente, la vida persa la que se ha impuesto en la Hélade, porque los helenos han sido los vencedores; es una forma de vida que éstos no tenían antes, que no han querido ni buscado, que ha sido la consecuencia de la amenaza y, sobre todo, de la enérgica defensa.

"Siempre que el hombre se juega de verdad una

forma de vida, la pierde, sea cualquiera el resultado de la contienda —escribí en 1947—. Cuando éste es favorable, el vencedor suele sentirse desilusionado, por ver que se le va de entre las manos aquel modo de vivir cuya victoria creía haber conseguido. La experiencia de estos últimos años muestra una vez más el cumplimiento de esta ley histórica, tan desconocida como comprobable."

Al decir esto pensaba en la liquidación de la segunda Guerra Mundial; después ha empezado a realizarse un gigantesco experimento de laboratorio, más claro aún porque todavía en él tiene una mínima parte de violencia y, por consiguiente, la destrucción; con una pureza que sólo se consigue, en efecto, en los laboratorios, se está mostrando la validez de esa "ley histórica". El campo de experimentación es a la vez enorme y de estructura sumamente clara; los Estados Unidos; las condiciones para la observación son inmejorables; tanto que ésta se hace casi por sí misma; en rigor, basta con abrir los ojos.

En estos años últimos, los Estados Unidos han sentido amenazado el mundo occidental; bajo esta expresión no se oculta la misma realidad siempre que se la pronuncia. Para los norteamericanos, quiere decir algo perfectamente concreto —por eso mismo acaso difícilmente analizable—: su "mundo"; dicho con otras palabras, la forma de vida en que están instalados. ¿Desde cuándo? —preguntará el curioso intelectual—. El norteamericano medio pro-

pendería a contestar: "Desde siempre." Y no le faltaría razón, porque en su horizonte histórico "real", no el meramente intelectual e informativo, no encuentra sino una continuidad de forma de vida, sin fisuras ni rupturas. Un sistema ininterrumpido de vigencias que varían a lo largo de la historia pero mantienen un torso permanente enlazan al norteamericano actual con el de la Independencia y hasta con los Padres Peregrinos, con los orígenes de la vida colonial en los Estados Unidos. Esto es lo que está en cuestión, lo que se trata de defender. No hay pocas razones para ello; aunque sólo hubiese la de esa continuidad, no sería tan desdeñable como quizá se propendería a pensar; pero, además, el norteamericano se siente instalado en su forma de vida, en principio feliz, quiero decir que tiene el "alvéolo" social en que la felicidad individual es normalmente posible y hasta relativamente fácil. Casi todos los contactos con otras formas de vida han hecho sentir al norteamericano "medio" más apego a la suya propia; y digo medio, porque entre las minorías "intelectuales" de hace treinta años germinó un disconformismo que alcanzó considerable vigencia. No voy a entrar aquí en la cuestión delicadísima de en qué medida estaba justificado ese apego a ese disconformismo; los dos tenían algunas razones en su favor; lo que me interesa señalar es simplemente que esa situación ha variado de un modo convergente, es decir, que la discrepancia entre el norteamericano medio y la "élite"

intelectual del año veintitantos procedía sobre todo de que se referían a cosas distintas, y al ir aproximando su enfoque han ido avanzando hacia una coincidencia. Me explicaré.

Como hay pocas cosas más difíciles de "ver" que una forma de vida, el norteamericano ha solido creer que la suya consistía en las "cosas" que poseía, sobre todo en los recursos y las facilidades con que podía contar: buena alimentación, coches, aparatos, excelente fontanería. Por el contrario, el intelectual, especialmente entre 1920 y 1940 —en rigor ya desde antes—, ha sentido un descontento matizado por "echar de menos" toda una serie de refinamientos, inquietudes y posibilidades que se daban normalmente en Europa: "vida literaria", núcleos artísticos, publicidad de la vida intelectual, resonancia social de todo ello. Esto originó un desdén intelectual —si se aprietan las cosas, no demasiado inteligente— por la "vulgaridad" próspera de los Estados Unidos; y cuando en cierto momento empezó a no resultar tan próspera, el desdén comenzó a convertirse en resuelta disconformidad y aun hostilidad. Pero la situación en estos últimos años ya no es la misma. El norteamericano medio y cualquiera ha empezado a ver que su forma de vida no se reduce a las cosas, facilidades y recursos de que puede echar mano; ante todo, porque ha caído en la cuenta de que no es tan obvio y seguro que se pueda echar mano de todo ello: ha visto que su existencia depende de una serie de condiciones pro-

blemáticas, que requiere una tenaz combinación de esfuerzos; aunque el tópico considera a los Estados Unidos el país de las masas —y en un sentido es así—, pienso que es el lugar en que tiene menos realidad el fenómeno definido rigurosamente por Ortega como "rebelión de las masas"; la enorme masa de los Estados Unidos es mínimamente rebelde; escasea en ella más que en otras partes del mundo el "niño mimado", el "señorito satisfecho", petulante y que se considera capaz de discutir de todo y entender de todo, que usa de los bienes de este mundo como si brotasen espontáneamente del suelo. Esto es más propio de países "importadores", que reciben los más complejos productos de la técnica cuidadosamente embalados, como algo mágicamente hecho, que sin duda hay que "pagar", pero ni "inventar" ni "hacer". Los norteamericanos han empezado a sentir confusamente que poseen una forma de vida valiosa lograda y que hace verosímil la felicidad; todavía no saben muy bien en qué consiste, y ahora propenden a identificarla con sus instituciones, sin advertir —salvo los perspicaces— que es justamente al revés, que sus instituciones proceden de la forma de vida; quiero decir, que las instituciones funcionan de un modo realmente eficaz y adecuado. Pero el hecho es que se va produciendo el descubrimiento de la forma de vida norteamericana —*The American way of living*— y la adhesión a ella.

De otro lado, las minorías intelectuales, en parte

desilusionadas de ciertas formas de "vida literaria" o "vida artística", europeas, en parte también ilusionadas por su propia empresa histórica, cuyo valor han empezado tardíamente a descubrir, han ido abandonando el desdén y la disconformidad. Los testimonios que reunió hace un par de años la "Partisan Review" mostraban que no sólo ocurría esto, sino que se tenía clara conciencia de ello. Hasta qué punto en la nueva actitud pueda haber algo de nacionalismo, orgullo, alegría de los males ajenos —quiero decir descenso de algunos países europeos— o "conformismo" en el mal sentido de la palabra, es difícil de determinar; creo que hay algo de todo eso, pero "poco"; y además que no ha germinado originariamente en el seno de la sociedad "norteamericana" sino que ha sido inoculado en ella por un tipo de europeos que no lo siguen siendo, que aparecen como "pluscuamericanos", precisamente porque saben que no son ni serán nunca norteamericanos a secas; europeos y en algunos casos —pocos pero inequívocos— hispanoamericanos.

El resultado es que hoy masas y minorías, en virtud de un movimiento convergente, están mucho más cerca que hace treinta años y hasta que hace quince. Y en este momento surge, por primera vez en la historia norteamericana, una amenaza seria y grave a ese modo de vida en que el cuerpo social entero de los Estados Unidos se siente sustancialmente instalado. Y se trata, claro está, de organizar

la defensa. Nada parece más justo; pero hay que preguntar: ¿cómo?

Porque si la defensa es demasiado enérgica e intensa, se corre el peligro de que ella misma, el esfuerzo y el cambio que significa destruyan la forma de vida en que se está. Se dirá que la defensa tiene que ser suficiente, porque si no lo es, se expone uno a la derrota y la ruina general; es cierto, pero hay que añadir que no debe pasar de lo "necesario". La vida norteamericana está fundada hasta ahora en ciertas vigencias, en ciertos modos de comportamiento, en ciertos supuestos básicos que me parecen espléndidos; yo, desde fuera, tiemblo de que se puedan perder. Ante todo, en los Estados Unidos domina la confianza. ¿En qué? En todo, en la realidad; el norteamericano cree que la tierra, bien labrada, produce buenas cosechas; que si se cava en el suelo y hay carbón, hierro o petróleo, estos productos salen a la superficie; que si se estudia en un buen "College", se sale de él educado y con alguna ciencia; que el prójimo se alegra de que uno exista y si puede le hace un favor; que con el hombre se pueden hacer muchas cosas; que Dios es bueno y procura echarle una mano a los Estados Unidos. Confianza no quiere decir credulidad; ni siquiera ingenuidad; pero el norteamericano, puesto a elegir entre extremos, se inclina hacia la ingenuidad y la prefiere a la suspicacia. Sabe, por supuesto, que de vez en cuando alguien presenta en la ventanilla del banco un cheque en

descubierto o con la firma falsificada; pero como esto sucede muy pocas veces, considera que es mejor y más barato pagar los cheques desde luego, en lugar de perder millones de horas de trabajo —y de dólares— en laboriosas comprobaciones y cautelas; a reserva, claro es, de que alguna vez haya que recurrir a la policía y algún señor termine en Sing-Sing o en Alcatraz; por eso rara vez cierra su puerta el norteamericano, rara vez certifica un paquete en Correos, deja las botellas de leche o la ropa lavada o los trajes que vuelven del tinte en la puerta de la casa, abandona su coche durante largas horas en la calle, sin cerrarlo siquiera, no vigila a los alumnos que hacen un examen, y muy poco a los compradores de "self-service market". Por eso también acoge cordialmente a la persona recién presentada e incluso recién llegada a la ciudad y hasta al país, cree la declaración verbal que se hace a propósito de cualquier cosa, no considera que la victoria electoral del partido contrario es un equivalente del fin del mundo ni que los que asisten a los oficios en la Iglesia de enfrente son auténticos representantes de Satanás.

En todo esto y en muchas cosas análogas se funda la vida norteamericana; la consecuencia inmediata es que se obtiene un doble "plus" esencial; de eficacia y rendimiento por una parte; de alegría de vivir, por otra. Los norteamericanos son ricos, pero esto no es un simple regalo; se debe claro está a que tienen grandes recursos; pero hay

países con enormes recursos sumamente pobres; ellos trabajan enérgica y asiduamente, prácticamente todos, y todos los días —por eso pueden no extenuarse, como ocurre en otros países con los que de verdad trabajan, cuando son sólo una fracción, junto a otras ociosas o semiociosas—; y además pierden poco tiempo y poco esfuerzo en controles, suspicacias y trabas, es decir, en hacerlo perder a los demás. Algo de esto produce automáticamente el crecimiento de la burocracia —lo que los norteamericanos llaman "red tape"—, que suele justificarse a sí misma poniendo dificultades, interponiéndose entre cada dos actos de los demás; pero la multiplicación de las medidas de precaución es devastadora. El otro "plus" es el de la alegría de vivir, de "respirabilidad" del aire; los norteamericanos suelen creer que la impresión de libertad y holgura que el extranjero experimenta en los Estados Unidos se debe a sus instituciones políticas; no es así, porque el extranjero no suele tener inconvenientes con las instituciones, salvo en formas especialmente opresoras; tanto es así que el visitante fugaz no tiene impresión de libertad en los Estados Unidos, precisamente porque tropieza con toda una serie de controles estatales, inofensivos pero muy visibles, y con la rígida ordenación de muchas cosas cotidianas; el que siente impresión de holgura es el que llega a sumergirse en la "sociedad" norteamericana, en su cordialidad, en la confianza que la impregna y penetra;

al cabo de unos meses siente que la presión "social" en torno suyo es benigna y muy soportable, que puede ir abandonando toda una serie de frenos, reservas, desconfianzas, cautelas, y se siente sometido a un intercambio de efluvios benévolos y tonificantes.

Con algún riesgo, por supuesto. Pero es que la vida norteamericana ha incluído siempre —y todavía acepta— un margen de riesgo; lo mismo que los seguros sociales dejan una amplia zona de inseguridad, que la iniciativa privada en economía expone a pérdidas o ganancias, que a veces un tornado destruye media ciudad o el coche en que se viaja choca con otro, hay un peligro de ser engañado, de ser robado, de ser asesinado. Y eso forma parte de la vida, como la "polio", el cáncer y la obstrucción de las coronarias.

Sí, pero ¿puede ponerse en la misma línea la amenaza comunista? Aquí empiezan los equívocos. Nadie duda de que el dominio de los Estados Unidos por una potencia comunista significaría la destrucción total de su estructura y su forma de vida. En este sentido, no puede equipararse esa amenaza a ninguna de las antes nombradas, que son parciales e internas a la existencia de la sociedad norteamericana como tal. Pero hay que aforar el grado de esa amenaza, y sobre todo precisar en qué consiste. En una guerra con Rusia, desde luego; en que esta guerra significase una ventaja soviética porque Rusia conociese ciertos planes militares de

los Estados Unidos o ciertos secretos científicos de alcance militar, igualmente. ¿En que los Estados Unidos se hagan, ellos, comunistas? No creo que nadie pueda pensar esto en serio cinco minutos. Si hay algo humanamente imposible es que la opinión norteamericana se incline al comunismo; y no sólo porque el nivel de vida es altísimo, porque hay un mínimo de injusticia social, porque el desnivel entre las clases sociales es menor que en el resto del mundo, sino precisamente por esa "forma de vida" de que vengo hablando: por la escasa hostilidad del norteamericano medio, por su poco entusiasmo por el Estado, porque suele estar satisfecho de sí mismo, porque le encanta el esfuerzo, el juego libre, el poder superar —deportivamente— al vecino, ganar más dólares que él, tener un coche de un modelo más reciente y unas vacaciones más lejos, pero todo ello sin llevarlo a la cárcel o al destierro, sin odiarlo, sin soñar con él por las noches.

Que los Estados Unidos necesitan hoy un sistema agudo y estricto de vigilancia militar y de contraespionaje es evidente; tanto como la necesidad, hoy por hoy, de gastar la mayor parte de su riqueza en armarse y tratar de armar a los amigos —o a los que dicen serlo—. Pero mientras se ha cuidado de que los enormes gastos militares no destruyan el bienestar económico del país, temo que no se evite en la misma medida que la defensa contra el peligro humano amenace el "bienestar moral" de los Estados Unidos, es decir, la convivencia, la forma de

vida que se trata de defender. La generalización de la suspicacia, la extravasación de la cautela, que empieza por un jefe del ejército o un dueño de los secretos atómicos, pero luego llega a ejercerse sobre un dentista o un profesor de "high-school" o el dueño de un "drug-store", destruye, en un grado que nunca podrían conseguir los rusos, salvo con una guerra victoriosa, la vida norteamericana. Y la destruye, hay que decirlo, aproximándola a la vida rusa, definida, según todos los testimonios, por la desconfianza de todos respecto de todos y por la falta de iniciativa.

Nada hay más delicado que una forma de vida, que una estructura social. La confianza es frágil, problemática y delicadísima; si se va, no vuelve. El día que el norteamericano llegase a desconfiar realmente de su prójimo, los Estados Unidos —lo que hoy entendemos por Estados Unidos— habrían acabado. Y esa desconfianza es doble, activa y pasiva; hay el peligro de que cada norteamericano piense que su vecino lo va a denunciar, vejar, perseguir; pero hay también el de que piense que si ese vecino no piensa como él es un monstruo al que hay que destruir. Las dos vertientes de la desconfianza destruyen por igual el *American way of life*. La vigilancia militar y científica es inexcusable, y además muy poco peligrosa, porque es acotada y no se derrama sobre la sociedad entera; es doloroso y grave que el físico que se dedica a la investigación nuclear tenga que sentir sobre su

espalda los ojos cautelosos del F.B.I.; mas en estas fechas es inevitable. Pero que el hombre que no tiene ninguna importancia, que no posee secretos militares, políticos ni atómicos, que no tiene en sus manos la suerte del país, se sienta observado, acechado, investigado, ni es necesario, ni es útil, ni es soportable; quiero decir que en cinco años acabaría con el clima de la sociedad norteamericana, la minaría como una terrible enfermedad contagiosa, la privaría de holgura, elasticidad y alegría.

Se dirá que hay el peligro de que ese pequeño empleado, ese dentista, ese cocinero, esa maestra, ese profesor universitario convenzan a sus amigos íntimos, a sus clientes, a sus discípulos, de las excelencias del comunismo. No es probable en los Estados Unidos; pero no es metafísicamente imposible. Supóngase que al cabo de unos años algunos miles de personas opinen que el comunismo es el mejor régimen posible. ¿Qué podría afectar esto a la vida norteamericana? Pero, en cambio, la decisión de evitar en absoluto que pase eso tiene la inevitable consecuencia de que se pasa en breve plazo de la vida norteamericana a la forma de vida que se llamará anticomunismo, pero que se parece enormemente al comunismo: la vida como hostilidad mutua, desconfianza y rencor. El mes de abril pasado, el obispo católico Bernard Sheil, director de la Organización de la Juventud Católica, obispo auxiliar de la diócesis de Chicago, señalaba que no todo anticomunismo es eficaz ni es moralmente

aceptable; y recordaba que se está produciendo en los Estados Unidos una pérdida del sentido del humor, del juego limpio y deportivo, de la crítica, de la caridad y la veracidad, todo ello en nombre de un anticomunismo moralmente malo, y agregaba que presentarlo como bueno es "una monstruosa perversión de la moralidad".

Y es que la defensa tiene sus límites; si se la extrema, si se la lleva más allá de lo que la realidad tolera, ella misma es mortal. El organismo sucumbe si se le da una dosis excesiva de medicamentos; la defensa anticomunista a ultranza puede dar la victoria al espíritu del enemigo sin que éste tenga que molestarse en disparar un tiro ni aceptar el menor riesgo. La defensa extremada equivale exactamente a la entrega de la forma de vida que se pretende salvar. Y como la cosa es bastante clara, al menos malévolo se le ocurre preguntar si esos intemperantes defensores de la vida norteamericana pueden soportarla; si no es más bien que odian esa libertad esa holgura, esa confianza, esa animosa alegría cotidiana y prefieren sustituirlas por las miradas torvas, el rencor, la división entre "los nuestros" y "los de enfrente"; en una palabra, la sociedad por la disociación.

EL PULSO DE NORTEAMÉRICA

A Carmen Magriñá

Cinco veces he entrado en Nueva York: por el aire, por carretera, por ferrocarril, que lo deja a uno súbitamente en el centro de Manhattan; desde Europa, desde América del Sur, desde dentro de los Estados Unidos. (Todavía tendría que agregar una sexta entrada "falsa", pero muy sabrosa: por mar, en el *ferryboat* que viene de Richmond, batido por el viento, a la izquierda la Estatua de la Libertad, a la derecha el puente de Brooklyn, al frente la *skyline* de los rascacielos de Manhattan.)

Desde el avión, de noche, Nueva York no es más que una dilatación de esa cadena de luces —luces de colores, no las blancas luces europeas— que apenas se interrumpe desde Massachusetts y sigue hacia el sur, a lo largo de la costa atlántica, hasta Wáshington. Si Nueva York es una ciudad, ¿qué es una ciudad? Ésta es la duda que asalta muy pronto. Y cuando se está en medio de esas luces, en el seno de la desorientación empieza a germinar una nueva y extraña seguridad.

Pero para sorprenderse del todo en Nueva York y entonces —sólo entonces, por supuesto— empezar a entender, hay que estar penetrado de historia y

alerta a ella. Porque lo grave, la raíz de su violento impacto, es que significa eso que los griegos llamaban "el paso a otro género". No es que sea una ciudad distinta de las demás, es que es ciudad en distinto sentido. Entre el Hudson y el East River, la palabra "ciudad" adquiere nada menos que una nueva significación. Y la consecuencia inesperada de ello es que todas las demás ciudades antes conocidas se nos transforman entre las manos, cambian, adquieren una dimensión que antes no tenían: su diferencia con Nueva York. Madrid o Salamanca, Córdoba o París, Atenas o Buenos Aires, Jerusalén o Río de Janeiro, Tübingen, el Cairo, Cuzco, todas varían. Cuando se habla de Nueva York, no se sabe por dónde empezar, precisamente porque faltan los supuestos; por eso yo prefiero hablar de mis llegadas.

Y por lo mismo, mueve a contradicción. Cuando se habla, por ejemplo, de su belleza o fealdad. . . El que nos explicara en qué consiste la belleza, la inaudita y monstruosa belleza de Nueva York, haría obra meritoria. Y tendría que hablar largamente de la monstruosidad, expresión muy cómoda, que todo el mundo usa y que parece dispensar de dar razones; pero son las cosas irracionales las que más reclaman el ejercicio de la razón, porque las que de por sí son racionales se pasan bien sin ella. Como el burro de la copla, la razón suele hacer falta en las cuestas arriba, más que en el análisis matemático, la geometría euclidiana o la teoría del silogismo.

Por lo demás, Nueva York es una ciudad medieval; a lo sumo, renacentista. Es decir, una ciudad que —a diferencia de las modernas, Buenos Aires o Los Ángeles— tiene *perfil.* No es una superficie, un hacinamiento plano de casas y zonas verdes, no es bidimensional; gracias a los rascacielos de Manhattan, Nueva York se recorta sobre el horizonte, se pone de pie y sale a nuestro encuentro. Mucho más cerca que de las ciudades de la época moderna está de las murallas de Ávila, de las cúpulas y minaretes de Constantinopla, de Heidelberg, con su Castillo y sus torres góticas. Pero su perfil, su expresión, su gesto, son muy otros. Y no tanto por el acero y el hormigón como porque es allí otra la flecha de la vida humana, y apunta a otros blancos.

Una ciudad histórica. Pero con un ritmo acelerado, como el cine; con otro paso de andadura. Lo que en otras partes son siglos, en Nueva York son decenios. En Europa distinguimos el barrio gótico del renacentista, el siglo XVIII del XIX. En Nueva York se siente sin posible duda que esta calle fué construída hacia 1890 y esta otra entre 1910 y el Tratado de Versalles. Como la Plaza de los Vogos y l'Étoile, como la Diagonal y la Plaza del Rey barcelonesas, como la Gran Vía y la Plaza Mayor de Madrid, así difieren Wall Street y la Quinta Avenida. Se ve la forma que ha ido tomando cada pocos años —probablemente cada generación, pero esto es una sospecha inconfirmada— el alma americana, que ha ido haciendo involuntarias y expresivas con-

fidencias en la Tercera Avenida, a la sombra atroz y estruendosa del *elevado*, y en Park Avenue; y en la Quinta, a la altura de la calle 40, y luego otra distinta junto a la Colección Frick; y otras más en la *downtown*, junto a la iglesia de la Trinidad, tan negra, o entre los colores vibrantes de Greenwich Village, o en Riverside Drive.

Pero acabo de decir que esas confidencias las ha hecho el alma americana, y esto es dudoso. Alguna vez he dicho que aunque Nueva York es América, América no es Nueva York, como la planta no se identifica con su alcaloide. En algún sentido, Nueva York es lo contrario de los Estados Unidos: prisa, frente a la habitual calma americana; inestabilidad y sorpresa, en un país hecho de cotidianidad; vértigo, allí donde el tiempo tiende a remansarse; imprevisibilidad en la tierra que tiene un culto entre religioso y supersticioso a la previsión.

Y sin embargo, a pesar de que en tantos sentidos Nueva York es otra cosa que los Estados Unidos, acaso sólo allí se los encuentra. La persona humana está en los ojos: cuando ponemos los nuestros en los de un hombre o una mujer, entonces es cuando estamos en compañía, juntos. Sería excesivo decir esto de Nueva York, porque en los ojos se concentra toda la realidad en forma *visible* y presente, y en Nueva York no: los Estados Unidos siguen lejos, extendidos por toda su anchura; mientras en los ojos nos detenemos y aquietamos, Nueva York, ciudad centrífuga, nos lanza hacia el enorme cuerpo

de los Estados Unidos. Ésta es la clave: los Estados Unidos se *sienten* en Nueva York, pero no se *ven*; están allí, pero no *presentes*, sino actuando, viviendo, latiendo, como la sangre que va y viene, palpita en la sien o en la muñeca, no se queda allí, nos remite sin cesar a la lejanía de las rutas circulatorias. Nueva York es el pulso de Norteamérica, y por eso, al llegar, lo sentimos latir como una mano.

EL RELOJ ABIERTO

A Louise Adams

Hay un momento en que la curiosidad pone toda el alma del niño en sus ojos, tensa y ávida: el padre o el abuelo va a mostrar cómo es el reloj por dentro. Se ha visto la esfera blanca o dorada; se ha observado cómo el segundero se desplaza con nerviosas sacudidas; se ha comprobado que, muy despacio, el minutero, que parecía quieto, se mueve también; y si se vuelve al cabo de un rato se ve que el horario, sin saber cómo, ha cambiado de sitio, se ha escuchado el latido de ese extraño animal, casi vivo, que hace sonreír al niño con inquieta incredulidad; se ha sospechado el misterio al ver cómo se le da cuerda y algo opera allá adentro. Pero ahora se levanta la tapa, el reloj queda abierto y descubre sus rodajes, su cómo y su porqué, su secreto.

Ésta es la impresión que produce Chicago, la razón de su extraño y áspero atractivo. En ninguna otra ciudad americana he visto funcionar, tan al desnudo, el mecanismo de los Estados Unidos. Wáshington es sólo la primorosa esfera de un reloj de lujo, en que casi no se ven ni las agujas. Nueva York es el alcaloide de los Estados Unidos, su producto más original e inconfundible, pero si bien es

cierto que Nueva York no puede ser otra cosa que "Estados Unidos", no es menos cierto que los Estados Unidos no son Nueva York. En otras ciudades, por ejemplo Boston —para hablar sólo de las mayores— se ve el resultado, el producto de una actividad: la vida americana remansada, el reloj, bien cerrado, en movimiento, señalando la hora.

Chicago no es así. Es una ciudad atroz, para decirlo desde el principio. Empezando por el clima. La temperatura *media* de su enero es de 6 grados bajo cero, centigrados; pero en ocasiones llega a —30°. ¿Y el viento? ¿Por qué no pondrán taxis de vela que recorran Michigan Avenue, de Norte a Sur? Hay momentos en que los transeúntes tienen que renunciar, simplemente, y buscar otras calles más alejadas del Lago o, lo que es más seguro, recuperar calorías en el primer *drug-store* (se sospecha que su principal misión es servir de refugio al viandante aterido y con las orejas ya insensibles, que revive al contacto de su tórrida calefacción y sigue su camino). En verano, en cambio, la temperatura puede llegar muy bien a 42 grados, en justa compensación de las pasadas nieves. La temperatura media, como se ve, es deliciosa.

Chicago tiene muy cerca de cuatro millones de habitantes, pero si se cuenta la realidad de su "área metropolitana", se acerca peligrosamente a los seis millones. Y todo ello actuando, operando ante nuestros ojos. Quiero decir que las fábricas son visibles y están muy cerca de los hoteles de lujo; que los

enormes camiones van y vienen sin pausa; que por delante de la elegante Avenida de Michigan, a pocos pasos de los grandes hoteles, del más refinado comercio, del exquisito Art Institute —el Greco, Velázquez, Rembrandt, Tintoretto, todos los impresionistas, extraordinarios Picassos y una fabulosa colección de arte oriental—, a dos pasos de todo esto, unos cuantos metros más abajo, circulan, cubiertos de nieve, los trenes, sobre todo esos enormes, velocísimos trenes de mercancías que cruzan, como un relámpago, con sus cien vagones, las llanuras americanas. Todo se mueve, se agita, exhibe impúdicamente su fuerza, sus motores, sus tuberías, sus cadenas, sus pilas de cajas de mercaderías, sus luces incontables. Millones y millones de caballos corren por Chicago. Caballos de vapor, se entiende; pero son tan visibles, que parecen auténticos caballos desbocados, con las crines agitadas por el terrible viento de la orilla del Lago, las colas tendidas, los cascos galopando sobre la nieve.

Los Estados Unidos son un país inverosímil; que existan y sean como son no afecta nada a lo que acabo de decir. Cuando se toman los resultados, los productos ya hechos —riqueza, poder, monotonías, cordialidad, inocencia—, no se entienden, no se explican. Hay que inferir cómo pueden ser las cosas así, hay que poner en juego "las pequeñas células grises" de que gustaba de hablar el *detective* Hercule Poirot, para intentar analizar y entender. Pero no se ve, sólo se razona y conjetura. Únicamente

en algunos puntos se hace visible la vida americana; en ellos, basta con abrir los ojos y mirar: la realidad entra por ellos con sencillez mágica. La mitad de esa vida se revela en las pequeñas ciudades, en la paz de sus árboles altos, sus jardines y sus casas de madera; pero nada más que la mitad, porque eso solo no sería posible, no podría existir; para ello hace falta la otra mitad, atroz, apasionante y, si se mira bien, tampoco carente de una dura y violenta poesía; y ésta se descubre súbitamente, casi dolorosamente, cuando se levanta la tapa del reloj y se entra en Chicago.

NEGROS EN LA NIEVE

A Judy Sharp

Tiene que ser una confusión. ¿Qué hacen estos negros en medio de la nieve? En las frías ciudades del Nordeste de los Estados Unidos se ven bastantes negros. Siempre una pequeña minoría, pero en las grandes urbes apreciable. En verano, bajo el cielo azul, entre el calor húmedo, su presencia es normal; ponen el blanco de su sonrisa entre la tiniebla de su piel, y hacen sonreír. Los negros en pequeñas dosis, moteando una población blanca, provocan cierta ternura y el uso del diminutivo: los "negritos". No sé si se ha advertido todo lo que lleva en sí esa expresión de tan vieja prosapia, que ha pasado al inglés en su forma española: condescendencia, desdén, infantilismo, protección. (Hay que recordar también que en inglés se dice "negro", con la palabra española, y el término "nigger" es despreciativo, casi un insulto.) Pero cuando hace muchos grados bajo cero, cuando las calles están llenas de nieve, o ésta cae del cielo blanquecino en copos densos, cuando las ciudades enteras se ponen pálidas en un aire glacial, los negros parecen menesterosos, disparatados, incongruentes, lamentables.

Entonces se advierte que las cosas todas tienen

una estructura, aunque los hombres nos empeñemos en hacerlo todo como si no la tuvieran, a contrapelo. El negro sugiere y evoca los trópicos, los lleva consigo, los pone dondequiera que aparece. Calor, palmeras, selva, lianas, arena tostada, cabañas o casas blancas. Indolencia, ritmo lento, trajes ligeros, algodón o la piel desnuda. Por eso, cuando se ve al negro, presuroso, envuelto en un grueso abrigo de lana o en un *storm coat* de cuello de piel, recias botas de caucho, congelado el aliento, por las calles de Nueva York, de Buffalo, de Chicago, se piensa siempre que se ha extraviado, que ha equivocado su camino. Se ve que "no es de allí"; parece —sin duda no ocurre— que tiene que sentir mucho más frío, que va a pasar algo extraño: que se va a congelar, o se va a disolver, o se va a evaporar en su propio aliento tan visible. Y además, evidentemente, tizna la nieve, y parece que al andar va dejando una huella en lo blanco, como un lápiz en el papel.

El negro en la nieve es azorante. Es un intruso, un hombre de otro mundo —de otro mundo físico, se entiende, no social o histórico—. Parece que está desafiando a las leyes de la naturaleza, como un pez fuera del agua. El negro, siempre con un no sé qué infantil, se convierte en el niño perdido entre la nieve. ¿Y cuando es un niño, un verdadero negrito? ¿Cuando toda una familia, padre, madre, chiquillas de pelo ensortijado, y la negra flor de un niño de pecho, cruzan entre la blancura? Se siente una irra-

cional piedad, biológica, y de algún modo se oprime el corazón. El negro y la nieve se oponen como lo seco y lo húmedo, lo par y lo impar.

Los hombres del Mediterráneo, en general de las tierras templadas de Europa, no sabemos lo que son las estaciones del año. Hace frío y calor, ciertamente, los días se acortan o se alargan, se suceden siembras y cosechas; pero no conocemos la violenta transformación de la naturaleza, el "cierre" del invierno, que se envuelve en nieve para muchos meses, el frenesí de la primavera, que es como una resurrección, el largo estupor ardoroso del verano implacable, la fiesta extremada de los otoños largos, en que el paisaje —así el de New England— agota sus recursos, como si esperara aplacar con su belleza, como una mujer, la dura espada del invierno, retrasar el sudario inevitable; mudo canto del cisne, en que las notas son colores.

¡Cómo deben de sentir los negros la llegada del invierno! Porque para ellos no es que el mundo se ponga frío, apagado o tétrico, no es que se vuelva más duro o más penoso; es que se hace "ajeno", incoherente, contradictorio. Sin moverse de donde están, quedan desterrados, porque el mundo, su mundo, se ha ido, ha sido escamoteado por un prestidigitador, con el eterno truco del pañuelo. Por eso se quedan solos. Por eso dan pena irreflexivamente. Cuando llega la Navidad, cuando el mundo se pone más íntimo para los blancos, cuando todas las pisadas parecen darse en una alfombra familiar,

y las voces están todas más próximas, los negros quedan súbitamente expatriados, disonantes, inconexos, inverosímiles, niños perdidos que no necesitan ir marcando el camino con migas de pan, porque van dejando su huella oscura entre la nieve, el rastro de su figura, como una sombra cuando han desaparecido todas las sombras.

LA TELEVISIÓN

A Carlota y Hermenegildo Corbato.

Dos iniciales mayúsculas están invadiendo desde hace unos pocos años este país de iniciales, que pone en ellas hasta su nombre: TV, el símbolo de ese juguete científico, flor de la técnica, usado como el primor de lo que el siglo pasado se llamaba "física recreativa". Poco a poco —mejor, mucho a mucho—, las dos letras van ganando terreno; hace tres años, muchos hoteles ofrecían, por módico precio, instalar un *TV-set* en nuestra habitación; cuando hace unos días entré en un hotel de Salt Lake City, la ciudad mormónica, en las soledades de Utah, lo primero que vi fué un receptor de televisión ya dispuesto y gratuito. Lo encendí, y el rostro de Groucho Marx apareció en la pequeña pantalla; a los pocos minutos lo apagué y me entré por las calles cubiertas de nieve.

Muchos millones de americanos estaban contemplando al mismo tiempo las menudas figuras en blanco y negro. En 1947, los Estados Unidos produjeron la modesta cantidad de 250.000 receptores de televisión; en los siete años siguientes han fabricado casi 40 millones; sólo en el país funcionan actualmente 33 millones, uno por cada cinco perso-

nas. El volumen económico que las dos iniciales TV simbolizan pasa de 2.000 millones de dólares al año. Estas cifras indican que hay que tomar en cuenta el hecho de la televisión; pero, sobre todo, hay que intentar explicarla.

Porque lo primero que habría que decir de la televisión es que, en su estado actual, es bastante aburrida. Da la impresión de que ha nacido con las alas cortadas —más bien que sin alas, sólo con plumón—; ha caído en manos de la publicidad, y aunque ésta muestra considerable ingenio en en los Estados Unidos, parece que lo agota en ellas misma; quiero decir que en la televisión acaso lo más divertido es el anuncio, y no lo es tanto el "excipiente" en que se lo envuelve. Se ve que los orientadores de la televisión están demasiado preocupados en que sea "para todos", sin caer en la cuenta de que los todos se componen de partes, y que la esencia de la diversión consiste en emigrar transitoriamente de sí mismo al vecino.

¿Cómo se explica el fabuloso incremento de la televisión en los Estados Unidos? ¿Que prácticamente el país entero siga los programas y busque los *canales* de las emisoras preferidas y acuda a la cita de los mismos personajes? Se dirá tal vez que ha ocurrido lo mismo en todo el mundo con la radio; y así es; pero conviene subrayar una importante diferencia: la radio se oye, pero con frecuencia no se escucha; la televisión no se ve simplemente, sino que se mira, se contempla. La radio encendida

y desatendida es el fenómeno constante en millones de casas; es una música de fondo en la que no se piensa, mientras se trabaja, se lee, se come; es una voz que dice palabras desatendidas, entre las conversaciones que suben automáticamente el tono para cubrirla. La televisión, no: se enciende, los niños se sientan en la alfombra, las personas mayores en butacas o sofás, y todos atienden al ir y venir de las figuritas, a las preguntas y respuestas de los concursos, al suceso deportivo o a la reconstrucción de los dimes y diretes entre Mary Todd y su marido Abraham Lincoln. Por su misma índole óptica, no es difusa, sino que orienta y ejerce una peculiar "succión", análoga a la del cine, aunque con no pequeñas diferencias, de las que luego diré una palabra.

Yo creo que hay que explicar el auge de la televisión en Norteamérica desde dos dimensiones decisivas de la vida, que en otros lugares no se dan o se dan en formas distintas: una de ellas, la soledad; la otra, la extremada tenuidad de lo "público" en los Estados Unidos.

La soledad americana se dice de muchas maneras. Hay la soledad de los despoblados —tan bien conocida en Sudamérica—: se cruzan millas y millas desde el Midwest, apenas se sale de Illinois hacia el Pacífico, y a través de Iowa, Nebraska, Wyoming, Utah, Nevada, sólo de tarde en tarde se ve un centro habitado; y rara vez es una ciudad o un pueblo; tal vez sólo una granja, un puesto de gasolina, un

punto de reposo en ese mundo particular que es la carretera norteamericana. Por grandes zonas del país, muchas personas viven en esa solitaria dispersión, a veces en la estricta unidad familiar, si acaso en una pequeña aldea. Las estadísticas son muy útiles, pero requieren siempre una interpretación; las más recientes nos dicen, por ejemplo, que el 64 por ciento de la población de los Estados Unidos es urbana, sólo el 36 por ciento rural; pero se entiende por población urbana la que vive en ciudades de más de 2.500 habitantes, y por tanto una gran parte de ésta es vitalmente rural, al menos vive en pequeñísimas ciudades; más de la mitad de los habitantes de los Estados Unidos, mucho más seguramente, no viven en lo que un europeo llamaría *ciudades*, sino en lo que, después de cierta vacilación, optaría por denominar *campo*. Tras cierta vacilación, digo, porque lo característico es una peculiar mezcla de ambas cosas: se podría decir que en la mayoría de las "zonas urbanas" o "áreas metropolitanas", como aquí dicen, *las ciudades están en el campo*, y las casas, rodeadas de verdor, se miran desde lejos. Parques con casas dentro son las más deliciosas ciudades de los Estados Unidos. Y esas aldeas, esas ciudades pequeñas —alguna vez lo he dicho— no suelen tener plaza, lugar de convivencia, de verse unos a otros. La vida privada domina; el contacto es fugaz y excepcional, de casa a casa; por eso son éstas, por lo general, tan gratas, acogedoras y hospitalarias: son el refugio. La palabra *confort* entre nosotros

suena un poco trivial; pero hay que entenderlo bien, porque en inglés *comfort* significa consuelo, ayuda, y hasta esperanza.

La vida norteamericana se hizo sin ciudades; los *pioneers* fueron extendiendo el país, hacia el Norte y el Sur, hacia el Oeste, en la granja, el bosque, la trampa que busca pieles preciosas, el "placer" donde se lava el oro, la vacada, el carromato que se desplaza hacia las tierras del otro océano, el pozo de petróleo. La casa de troncos de árbol, cuando no la choza; a lo sumo, la pequeña aldea, con una pequeña iglesia para los domingos y un *saloon* para la noche de los sábados; luego, la estación del ferrocarril, donde silba un tren pequeñito y jadeante, entre la nieve o bajo el sol, y más tarde el puesto de gasolina y el *drug-store* y el cine, donde cada uno está solo en la oscuridad, frente a la pantalla —cuando no es el *drive-in*, en que cada espectador contempla el *film* desde dentro de su coche, encerrado en su urna rodante de acero, cromo, caucho y cristal.

Sí, pero, ¿y las ciudades, las verdaderas ciudades? Una vez escribí que habría que nombrarlas con el título de aquel libro español de poesía: *Soledades juntas*. Primero, porque el alma americana está hecha desde la soledad; segundo, porque la estructura de los núcleos urbanos no la elimina. Las ciudades grandes, ¡son tan grandes! No es fácil, ni siquiera con automóvil, desplazarse por ellas. La mayoría de los habitantes de las grandes ciudades vive en los

suburbs, encantadores por cierto; es decir, otra vez en el campo, y van a la ciudad a trabajar o a un espectáculo. En otras ciudades, como en esta de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, que en 1781 vino a fundar un grupito de españoles de San Gabriel, ir de un punto a otro dentro de lo que podríamos llamar el núcleo urbano supone tres cuartos de hora o una hora de automóvil, hora y media, acaso dos horas en autobús y tranvía. Los amigos, sólo por excepción viven cerca; no es posible la reunión habitual, por ejemplo la tertulia hispánica.

No es esto sólo. En Europa, se suele vivir largos años en la misma ciudad. Tal vez en la que se ha nacido, si no, en aquella en que se ha establecido uno en fecha remota; se tiene, pues, un círculo numeroso de parientes, amigos, conocidos. En los Estados Unidos se cambia mucho de residencia; entre otras razones, porque como las ciudades son muy parecidas, no es demasiado importante cambiar Providence por Baltimore, Buffalo por Philadelphia, Riverside por Santa Bárbara; en cambio, el que vive en Bilbao, ¿se irá tan fácilmente a Granada? ¡Qué revolución, qué cambio de vida! ¿Cómo dejar Sevilla para ir a vivir a Burgos, sin que se conmuevan las últimas raíces? Y —un poco menos— se podría decir algo análogo del que abandona Munich para ir a Heidelberg, del que cambia Burdeos por Metz, Nápoles por Florencia. En las ciudades de los Estados Unidos, por tanto, hay muchas probabilidades de ser un forastero, un hombre rodeado de

soledad. Añádase a esto el número de extranjeros que viven en los Estados Unidos: más de 10 millones de habitantes de los Estados Unidos han nacido fuera de ellos, son gentes desarraigadas de sus países, sólo parcialmente vueltas a arraigar en tierra americana, es decir, en alguna medida solitarios; agréguense los hijos de extranjeros, nacidos ya en el país, pero no del todo implantados en él, y que pasan de 23 millones. ¿Hay que insistir más en que la vida americana no se entiende sino desde la soledad, está hecha de esa cosa —a veces divina, a veces tremenda— que se llama soledad?

La televisión es la magia. Se hace girar el botón y aparece ¡un rostro humano! Un rostro que nos mira, nos habla, se ríe, canta; y luego otro, y otro. ¡La compañía! Es el mundo perdido, que vuelve a nosotros. A través de las llanuras desiertas, hasta la casa de Nebraska, rodeada de nieve; bajo el sol de Arizona, que tuesta el polvo, surgen los semejantes. ¿Qué importa lo que digan? Están ahí, hablan para nosotros, casi podemos hablar con ellos. Ya no estamos solos. Nos cuentan lo que pasa por el mundo; nos traen a Broadway, que está a tres mil millas; a Boston, que está a tres días de tren y cien dólares; las playas de Santa Mónica, cuando aquí hace treinta bajo cero; y acaso París, Londres, Roma; o el pasado, que da espesor a nuestras vidas: Lincoln y Mary Todd, tan nerviosa, y Gettysburg, y el viejo drama del Norte y el Sur, que aún conmueve y todavía duele, porque no se ha acabado de cicatrizar.

¿Qué más da que eso se mezcle con el último modelo del De Soto, y ese nuevo Nash cuyos asientos se convierten en camas y que tiene aire acondicionado? Y, de paso, hay que ir pensando en renovar el coche, y no estaría mal, si queremos ir este verano hasta Maine...

TV, TV, TV. Nuevo nombre de la compañía, consuelo del solitario, interlocutor de esas viejecitas que viven solas, con su *frigidaire* y su *kitchenette,* pisando suave sobre las alfombras "de pared a pared" —*wall to wall rugs*—, atentas a sus *daffodils* o sus campanillas o acaso sus orquídeas; amistad del profesor retirado que ya no oye voces juveniles ni ve reír a las muchachas; visita discreta del enfermo, que se va cuando éste ya está cansado. Y esto, ¿qué tiene que ver con lo "público"? Esto es otra cosa, quizá grave, de la que tendremos que hablar otro día despacio.

LO PÚBLICO EN LOS ESTADOS UNIDOS

A Gloria y Alfredo Stern

"¿Qué es el público y dónde se lo encuentra?" —interrogaba, con lágrimas en los ojos, Mariano José de Larra hace ciento veinte años—. ¿Qué es lo público y dónde se encuentra en cada forma de sociedad? —podríamos preguntar ahora, con mayor perplejidad que *Fígaro*—. Porque sería un error grave creer que la publicidad tiene siempre las mismas estructuras, las mismas apariencias, idénticas condiciones. Hay sociedades que viven temblando de lo público, huyendo de ello, y se desliza hasta el tuétano de sus vidas; otras, en cambio, hacen de la publicidad un culto, y lo público se les escapa siempre de entre las manos.

Si algún país parece dominado por la publicidad, son los Estados Unidos. Con el pretexto de que todo son noticias, los periódicos hablan de todo, incluso de muchas cosas que en otros lugares parecen estricta vida privada. Cuando se nombra a un ciudadano para cualquier cargo oficial, al informar de él y dar su *curriculum vitae* no se habla sólo de sus títulos universitarios, de los libros que ha publicado, de las condecoraciones que se le han otorgado; se dice que pesa tantas libras y mide cin-

co pies y nueve pulgadas; que juega al golf; que su esposa es muy bonita y se llama Pat; que tiene tres niños; que sus notas en *high school* eran más bien bajas; que su abuelo era un judío polaco; que le gusta la cerveza y la ópera, pero no puede soportar el cine. Es muy frecuente leer titulares de noticias como éstas: "Esposa rubia atropellada por un camión", "Financiero calvo vuelto a casar", "Madre de cuatro niños dará conferencias sobre arte oriental". Estas determinaciones, que se nos antojan absolutamente privadas y de las que no se nos ocurriría hablar en letra impresa, forman parte de la información y de la noticia. La primera vez que fuí a una Universidad americana, el *New York Times* y el *Boston Globe* anunciaban que pronto se reunirían conmigo mi mujer y mis hijos, y daban los nombres de éstos, incluso el de uno que había nacido diez días antes, y que no era precisamente un personaje "público". Elijo estos ejemplos inofensivos e insignificantes porque son, en cambio, significativos: el sensacionalismo no necesita especial explicación; que un periódico popular cuente, si puede, los divorcios o las amantes de un actor de cine, no es cosa sorprendente; lo interesante es que se dé publicidad a los *detalles* normales y que en otros sitios parecen indiferentes para el asunto de que se trata: a un europeo le parece que tanto da que la mujer arrollada por el vehículo sea rubia o morena, que la conferenciante sea madre de familia o solterona —si no va a disertar sobre esos

temas—, que el nuevo ministro de Agricultura sea grueso o flaco, aficionado al fútbol o a los conciertos; el norteamericano no piensa así, y requiere ser informado sobre todo ello.

Por lo mismo, hace muchas cosas "en público". Todos los días paso varias veces por delante de una peluquería de señoras de Westwood Village, el más elegante rincón de Los Ángeles; en cuatro cómodas sillas de plástico rosa, bajo los cascos niquelados de los secadores —que aquí provocan inevitablemente una inquietante asociación con la silla eléctrica—, suele verse a otras tantas señoras que esperan apaciblemente que su ondulación esté a punto, leyendo una revista, fumando un cigarrillo o simplemente dormitando. Es un ejemplo entre mil análogos.

Pero se ocurre preguntar si es que todo eso es propiamente *público*; si no se trata más bien de la imposibilidad de trascender de la esfera de lo privado. Los rizos rubios, la calva y los bebés en el periódico, ¿significan que éste invade la intimidad y lo privado, o que lo particular y doméstico asaltan el diario y se imponen en la esfera de la publicidad? ¿Quién es el "agresor", el gran rotativo o los contenidos particulares del hogar doméstico, que se extravasan y hacen presentes en todas partes? Ésta es la cuestión.

Lo primero que me hizo sospechar esta estructura de la vida americana, esta dificultad de lo público para afirmarse en ella, fué la comprobación de que la vida intelectual es mínimamente *vida pública*; es sólo vida *profesional*, cosa bien distinta. Es

increíble lo difícil que es tener notoriedad intelectual en los Estados Unidos. Al llegar a la Universidad de California yo sabía muy bien que en ella enseñaba una de las figuras más conocidas en el mundo de la lógica; algunos profesores con quienes lo comenté no tenían la menor noticia de ello; ahora bien, su despacho estaba en el mismo corredor, a diez metros de donde estábamos hablando. Naturalmente, en todos los departamentos de Filosofía del país saben todo lo que hay que saber del ilustre lógico; fuera de ellos, casi nadie conoce ni su existencia. El prestigio de las instituciones funciona automáticamente y suple —en cierta medida— la notoriedad pública del individuo; pero esto da un carácter a la vida intelectual americana que nos cuesta trabajo comprender, especialmente a los latinos.

El caso más grave es el de la política; si algo es vida pública, es precisamente la *res publica*. Ahora bién, lo público necesita —y ésta es la dificultad— un *escenario*; y en los Estados Unidos no se encuentra sino excepcionalmente. Ante todo, los Estados Unidos son muchos estados; ciertamente unidos, y muy enérgicamente, pero son cuarenta y ocho; y hay mil cosas privativas de cada uno de ellos. En segundo lugar, la capital no es comparable a otras de Europa o América: Wáshington —alguna vez lo he dicho— tiene un mínimo de "visibilidad"; es una ciudad relativamente pequeña, artificial, periférica, un poco a trasmano, oscurecida desde luego por Nueva York, y en menor grado por la pujanza económica

y social de Filadelfia y por el esplendor intelectual de Boston y su contorno; como "escenario", Wáshington es poca cosa (una de las muestras de la miopía de muchos periódicos europeos es que tengan situados en Wáshington a sus corresponsales, como si se tratase de Londres, París, Madrid o Buenos Aires). En tercer lugar, en los Estados Unidos apenas existen periódicos *nacionales*: se lee el periódico local, y éstos tienen grandes tiradas aun en pequeñas ciudades —quiero decir relativamente pequeñas—; por ejemplo, el *Kansas-City Star* tira 350.000, otros tantos el *Milwaukee Journal*, más de 400.000 el *Saint Louis Post-Dispatch*; mientras que el *New York Times*, uno de los pocos diarios leídos en todo el país, tira sólo 540.000, es decir, muy poco más que los diarios "provinciales". Y hay que agregar que estos periódicos no publican artículos de carácter literario y general. Lo más público de los Estados Unidos son los *magazines*: hay 63 cuya tirada pasa del medio millón de ejemplares, 20 pasan de los dos millones; como el *magazine* no se arroja en seguida, sino que lo lee toda la familia y a veces se presta, el número de lectores de los más importantes es simplemente fabuloso.

Y en este momento interviene la televisión. Las consecuencias para la vida americana de este invento y su rapidísima difusión van a ser considerables. Porque la televisión ha dado "visibilidad" a muchas cosas, las está haciendo públicas —o, si se prefiere, "semipúblicas", porque es problemático que sea un

fenómeno inequívocamente trascendente de lo privado—. Las elecciones presidenciales de 1952, ya desde las convenciones de los partidos para el nombramiento de candidatos, estuvieron dominadas por la televisión; en las próximas ocurrirá mucho más. Wáshington está siendo "publicado" por los *TV-sets,* que están haciendo más que ninguna otra cosa por conferirle efectiva capitalidad. Gracias a ese artificio técnico, se va convirtiendo —*mutatis mutandis*— en escenario, como lo fueron las Cortes de Europa y lo son aún las capitales de países más pequeños o cuya cabeza pesa proporcionalmente mucho más. Esto, además de la habitual soledad de la vida americana, explica el éxito de la televisión en los Estados Unidos. Gracias a ella, millones de personas *asisten* a lo que sucede, están presentes en acontecimientos políticos que ocurren a dos o tres mil millas y que por sí mismos apenas serían notorios.

Pero... Siempre surge una nueva inquietud. ¿Será tan fácil superar —si es que es superar— la inveterada estructura privada de los Estados Unidos? ¿Podrá un artificio de la técnica, por eficaz y maravilloso que sea, dar efectiva publicidad a la vida política americana? No estoy del todo seguro. Las cosas de la sociedad y de la historia son infinitamente complejas y delicadas. No vaya a ocurrir que la superpublicidad de la televisión en cierto modo se destruya a sí misma y nos haga volver a la esfera de lo privado. ¿Cómo? Intentaré explicar mi sospecha.

He empleado varias veces la palabra *escenario*

para referirme a la vida pública; muchas más he insistido en el carácter "representativo" y de "representación" escénica que tiene la política, por ejemplo en Europa. Ahora bien, el escenario supone dos cosas: un *público* que lo contempla y una *perspectiva* adecuada, quiero decir propiamente escénica. ¿Se dan estas condiciones en la televisión? Aunque ochenta millones de americanos vean a su Presidente, si lo ven en el *living room* de sus casas, a media luz, con los niños recostados en la alfombra y un vaso de *ginger ale* en la mano, ¿constituyen un público, tiene carácter estrictamente público el discurso que están oyendo y contemplando? Es más que discutible. Y por otra parte, ¿se da la perspectiva *escénica*? ¿No ven al Presidente *demasiado bien*, demasiado de cerca, con excesivos detalles? La punta del cuello que se tuerce un poco, la calidad del *tweed* de su traje, el modo de mover las comisuras de los labios, el anillo de boda en el dedo, las canas que van siendo infrecuentes, todo eso, ¿es *público*? ¿No ocurrirá que, con tan familiar detalle, el Presidente vuelve a ser Mr. Eisenhower, esposo de Mamie, aficionado al golf, enjuto, criado en Abilene, Kansas, aunque nacido en Texas, padre de un hijo y abuelo de varios nietos? La perspectiva de la televisión vuelve a ser privada. El Rey con su corona y su manto de armiño, imaginado más que visto, sobre un trono elevado y lejano, o montado a caballo, o pasando fugazmente en su carroza, estaba fuera de la vida privada; el verdadero Rey es siempre un

rey de baraja, no lo olvidemos; una figura convencional, ideal, que no se reduce a nuestra medida.

En manos de la televisión, las figuras políticas de los Estados Unidos adquieren enorme notoriedad, pero ingresan en la mente de los ciudadanos bajo la especie de lo privado y concreto. ¿Es esto una ventaja o una desventaja? El tiempo lo dirá; lo que puede asegurarse es que se trata de una innovación. Porque la política había sido siempre *abstracta*: nombres, etiquetas, títulos de partidos, motes y divisas; de ahí su prestigio, su magia, su fuerza de incitación; de ahí también su crueldad —nada hay más cruel que lo abstracto—, su implacabilidad, su inhumanidad. El entusiasmo y el odio se han movilizado siempre en política convencionalmente; cuando, por debajo de los rótulos, de las consignas, de las invectivas, aparecía el hombre, había siempre un movimiento de estupor: el jefe incontenible y victorioso, de palabra de fuego y gesto dominador, gusta de decir chistes, es aprensivo, se pone gafas para leer; el enemigo, el monstruo, el tirano o el demagogo, resulta que tiene dos niñas pequeñas y las lleva al circo algunos domingos, cuando no tiene que arengar a las masas; tiene un régimen de alimentación severísimo, porque su tensión —y no sólo la política— es muy alta; y le gusta extraordinariamente jugar al ajedrez. Todo eso es lo que revela la televisión, lo que descubre indiscretamente. Con ello, muy probablemente la política va a tomar un cariz distinto. ¿No se ha insistido ya de un modo

inusitado —y muy especialmente en los Estados Unidos, y a través de sus agencias y revistas en el resto del mundo— en que Mendés-France bebe vasos de leche, su mujer es guapa y pinta cuadros?

Es muy posible que la política sea en el futuro menos dura, menos atroz, menos despiadada: ante la calva del enemigo político, nuestro corazón se ablanda; nos es difícil identificar con Lucifer a ese señor un poco sudoroso, que bebe agua con avidez y se seca con el pañuelo una gota que vemos resbalar por su barbilla. La primera consecuencia efectiva que la televisión ha tenido en el campo de la política ha sido, creo yo, el declive de la influencia del senador McCarthy. En otras circunstancias, su auge o su descenso se hubieran debido a cosas generales y abstractas, principios, consignas, maniobras políticas; lo que más ha influído en la reacción media americana es que ¡estaba tan antipático en los interrogatorios! ¡Tenía una manera de mover las cejas, de inclinarse hacia sus colaboradores, de interpelar a sus adversarios !Muchas personas se han sentido fisiognómicamente repelidas por su gesto concreto, humano. Sí, es muy posible que la política vaya dejando de ser una cosa tremenda, atroz, inhumana. Sólo falta saber si la política, para ser política, para cumplir realmente su función, puede ser otra cosa.

DUEÑO DE LOS ÁNGELES

A Eva y José Rubia Barcia

Andar es la cosa más natural del mundo; y sin embargo... Tengo un recuerdo vivísimo de hace tres años. Era en Wáshington; se me ocurrió ir a ver el Lincoln Memorial; después, como la mañana era una tentación, seguí andando hasta el puente de Arlington, crucé el Potomac y, entrando ya en el estado de Virginia, me encaminé hacia el cementerio de Arlington. Nada más inocente; pero al cabo de un rato tuve una impresión parecida a la que se tiene cuando se sueña que se ha salido a la calle en pijama o con un zapato negro y otro de color: estaba andando; es decir, estaba haciendo lo que nadie hacía; una acción insólita, subversiva, casi indecente. Por todas partes pasaban automóviles; yo comprendía que sus ocupantes me miraban con estupor; mi actitud era inquietante y sospechosa. En todo el horizonte —y era amplísimo— no podía descubrir una sola persona sobre sus pies; la situación se iba haciendo cada vez más anómala; y al fin descubrí, a lo lejos, ya muy cerca de la entrada del cementerio, la figura de una mujer vestida de verde. ¡Un semejante! Robinsón Crusoe tuvo que sentir una emoción muy parecida al descubrir en la arena la huella de un pie descalzo.

Esta tarde, el andar me ha procurado una emoción distinta, de signo postivo. El cielo de Los Ángeles, de ordinario tan azul, estaba gris perla; el tiempo, fresco y quieto. Y he caminado, desde Westwood, a lo largo de Wilshire Boulevard, hacia el Este de la ciudad; naturalmente, sólo las primeras millas de un camino que me es ya familiar, pero que en rigor he visto hoy por primera vez. Porque siempre lo había recorrido en coche o en autobús, y hoy lo he andado, descubriendo en él una inesperada belleza. A los dos lados de la anchísima vía, pequeñas casas, blancas casi todas, a veces rosas, amarillentas, verdes, con maderas oscuras en ocasiones. Jardines delante de ellas, donde se mezclan el verde y el amarillo con las flores rosadas o violetas; y las aceras... Bueno, es un decir; las aceras son césped, casi una inacabable franja de pradera, y en medio de ella una angosta de cemento o asfalto; para qué más? En el cielo gris, muy claro, el sol poniente todo rojo; y a ratos, la nubosidad ponía sobre él franjas horizontales, como las que los astrónomos descubren en Júpiter: enorme, cercano, accesible, lujoso. Sí, como todo alrededor; como las casas, con sus patios casi a la andaluza, en los que en ocasiones se entrevé el verdeazul de una ancha piscina; como los interiores que se asoman por sus persianas entornadas; como los coches multicolores que fluyen, dos ríos contrarios, por el potente cauce de la calzada. De trecho en trecho, palmeras de copa levantada y con un follaje que cae hacia abajo, como una falda,

palmeras que parecen mujeres, invirtiendo el tópico literario.

Y todo esto, para mí; todo era mío, sin rival posible. Porque he podido andar durante una hora, siguiendo las curvas elegantes de Wilshire, sus desniveles, sin encontrar otra persona a pie. ¿Para qué otras aceras, para quién? La finísima belleza de esta tarde, no la veía nadie; miles de hombres y mujeres navegaban, río abajo, río arriba, hacia Westwood, hacia Santa Mónica, hacia la ciudad vieja —vieja de anteayer—, acaso hacia Hollywood o Beverly Hills; pero el contorno no era para ellos; dentro de sus coches, en apretadas filas, velocísimos, atentos a las luces del tráfico, que cambian silenciosamente, a sus señales mutuas, sólo recibían lo que yo conocía antes: el destello. Pero lo que hacía falta era *estar* allí; no pasar, sino permanecer; gozar del fresco y de la luz que se iba haciendo cada vez más cernida, de la transparencia del aire, de la fuerza suave de los propios automóviles, cuyos esmaltes están hechos para brillar allí, entre la hierba verde y las casas claras que denuncian riqueza, irreales porque son como el premio y el olvido de tanta victoria conseguida en otros lugares sobre una naturaleza bravía, durísima y violenta: hielos, vientos, bosques, descampados, minas, perforaciones verticales del petróleo, émbolos y ruedas, todo lo que se olvida en esta femenina ciudad fundada por españoles.

Nadie, nadie en las aceras; para mí los dos lados; sólo de tarde en tarde un señor con un paquete, que

ha dejado su coche, se dirige a su casa; o una dama sale de la suya y sube a su automóvil color cereza; y otra, con blusa y pantalones, recoge del césped el periódico de la tarde, que han arrojado, y vuelve a entrar; a lo sumo, ya cerca de la zona comercial, una vieja señora anda pausadamente; pero tampoco pasea: lleva en la mano una carta con sobre de correo aéreo y se encamina al buzón de la esquina.

Dicen los estrategas que las armas mecánicas no son suficientes, que sólo la infantería ocupa el terreno, sólo ella posee y domina. Y el ser de infantería, el andar despacio, mirando y remirando, me ha hecho esta tarde, entre las cinco y las seis, dueño de Los Ángeles.

FUNERARIAS

A Joseph Silverman

No he querido todavía visitar los cementerios de Los Ángeles, a pesar de las instancias de tantos amigos. ¿Por qué? No sé bien; quizá por horror al tópico, como cuando un extranjero que va a Madrid siente que no debe precipitarse a la Plaza de Toros, que debe aplazar el rito taurino hispánico; tal vez la culpa la tenga aquel antipático aunque ingenioso libro de Evelyn Waugh, *The Loved One,* tan impiadosamente escrito, tan desorientador por omisión —probablemente deliberada— de la perspectiva; acaso he sentido el pudor de someterme a la consabida "iniciación", como —un poco a desgana— Aldous Huxley en *After Many a Summer Dies the Swan.* Si se "va" a las cosas, se las desplaza, se las saca de sus casillas —como cuando se va a visitar al hombre ilustre— y se las malgasta, se pierde la posible fruición, en todo caso la autenticidad de su encuentro. Hay que esperarlas y dejarlas llegar.

Pero todas esas razones, que me han hecho rehuir —hasta como temporal visitante— los cementerios, me obligan a ocuparme de las funerarias de California. Porque éstas sí que salen al paso del viandante —de los escasos viandantes— y de los muchos

que viajan en autobús, y de los que frecuentan los parques, y de los que hojean las "páginas amarillas" de la Guía de Teléfonos —de las innumerables guías telefónicas de esta ciudad, que tiene, ella sola, más teléfonos que toda España, casi la mitad que toda Sudamérica. Las funerarias son más bien discretas; a lo sumo tienen, en algunas ciudades españolas, deliciosos nombres —"El Ocaso"—, y casi siempre el genérico de "pompas fúnebres", que hace que esa palabra, que en español ha venido a resultar un poco cómica, muy lejana de su origen griego de comitiva o séquito, enmarque nuestra vida, desde que en el bautismo el padrino renuncia por nosotros a las pompas de Satanás, hasta que al final "gozamos" los mercenarios lujos de las sociedades anónimas o los servicios municipales. Aquí salen al paso, se meten literalmente por los ojos, en varias formas, algunas muy apetitosas. Hay, sobre todo, un anuncio... Un enorme cartel, en finísima policromía, nos persigue por toda la ciudad. En él, de espaldas, una dama sentada, con un lindo sombrero con velillo, que descubre un magnífico moño redondo, de exquisito rubio oscuro, de esos para los que el americano no se atreve a usar la vulgar palabra *bun* —bollo— y recurre a la más distinguida y sugestiva *chignon*; un caballero pone su mano en el hombro de la dama y murmura —se supone que murmura— un texto en grandes letras: "Es un consuelo tan grande saber que el Cementerio X no cuesta más"

(y, como la precisión nunca estorba, en letra menor: "Sólo 70 dólares").

Hay otro anuncio que en los recorridos de autobús —interminables recorridos de una hora u hora y media por alegres avenidas —resulta obsesivo: un señor de edad intermedia, con expresión de pena moderada, los ojos medio cerrados y entre los párpados la sospecha de una "furtiva lágrima"; y un texto: "En un momento en que sólo los Hermanos P. satisfacen *completamente*. . ." Y tantos otros. Algunos, con una impresionante cabeza de Moisés, prometen los más solemnes ritos judaicos; otros anuncian estar aprobados por el clero católico o episcopaliano; en ciertos casos ofrecen el más amplio panorama de "denominaciones".

Pero no es esto sólo. En las paradas del tranvía y del autobús suele haber bancos de madera para los que esperan, delicada muestra de civilidad. A veces se lee en el banco: "Cortesía de la ciudad de Beverly Hills", o de un Hotel o unos almacenes. Pero otras veces lo que hay en el banco es el anuncio de una funeraria. El transeúnte fatigado se sienta, y a la vez se le recuerda que tiene que morir, tal vez antes de que llegue el autobús. En algún caso resulta aún más sugestivo: en un cruce de dos animadas calles, en lugar de un banco hay dos, uno junto a otro; en el respaldo de uno hay un anuncio de un producto para tener un cuerpo de línea esbelta y armoniosa, y se ve la silueta de una grácil muchacha haciendo gimnasia; en el banco inmedia-

to se ofrecen los más austeros servicios de una funeraria. Valdés Leal no lo supo hacer mejor. (Claro que Valdés Leal tiene posibilidades que él no sospechó y que van más allá de su pintura. Recuerdo ahora que el ayuntamiento de Córdoba ha dado su nombre a una calle de la ciudad. ¿A cuál? Con maravillosa intuición procedieron los ediles: bajo el nombre del pintor, en grandes letras, Valdés Leal —sin más, como elegantemente se hace en tan fina ciudad—, puede leerse: "Antes Abrazamozas").

Con todo, nada de lo que he dicho hasta ahora es lo que verdaderamente me sorprende en las funerarias de Los Ángeles; lo que escapa a mi capacidad de adivinación es por qué en tantos anuncios, sobre todo en la Guía de Teléfonos, se incluye en él... el retrato del Gerente. ¿Para qué? Se comprende, claro, el retrato de la actriz en el programa, hasta el del torero en el cartel o el del autor en la solapa del libro; pero, ¿el Gerente de la funeraria? Al lado del elogio de los insuperables servicios, la circunspecta faz de un señor con pequeño bigote, y debajo: Mr. Richard Fletcher, Manager. ¿Será posible que su aspecto serio tranquilice al cliente y le dé seguridad de que el señor Fletcher es incapaz de confundir el cadáver del bronco general del ejército ruso del Zar con el del dulce estudiante sueco, como se cuenta en *La historia de San Michele*? Pero ni siquiera esa conjetura aquieta mis dudas, porque una de las funerarias se llama "La familia A.",

y en sus anuncios se ofrecen los retratos de tres miembros consanguíneos y un pariente político. Y entre tantas manos...

UNAMUNO EN FOREST LAWN

A mis amigos Morínigo

Si hay algo en el mundo que esté lejos del sentimiento trágico de la vida, es el cementerio californiano de Forest Lawn, que domina Los Ángeles desde las colinas de Glendale y Hollywood; tan lejos, que también lo está del sentimiento cómico de la vida —tan afín al trágico, como supo bien Unamuno—. Por eso han errado los que se han lanzado, con mayor o menor ingenio, por esa pendiente, sobre todo algunos escritores ingleses: Evelyn Waugh, en "The Loved One", y Aldous Huxley, en "After Many a Summer Dies the Swan". Al recorrer Forest Lawn, yo pensaba sin cesar en Unamuno. ¿Qué hubiera dicho? ¿Qué hubiera callado? ¿Qué hubiera hecho? No sé si habría sido capaz de verlo todo, de recorrer los panteones luminosos, llenos de mármoles, flores y vidrieras policromadas, las verdes praderas florecidas, donde rebrillan al sol las pequeñas placas de bronce, medio ocultas por la hierba bien cortada, que marcan el lugar de cada muerto. ¿Muerto? Es mucho decir. ¿Son "muertos" los residentes de Forest Lawn? ¿No parece esta palabra allí inconveniente, violenta, indecente casi? Paseos, avenidas, pequeñas iglesias del viejo mundo, tal vez

de Escocia ("Wee Kirk o' the Heather"), donde las jóvenes parejas van a casarse; reproducciones "exactas" de la *Madona Sixtina* o la *Cena* de Leonardo de Vinci o el *David* de Miguel Ángel o su *Moisés*; y un inmenso salón de espectáculos, increíblemente suntuoso, sólo para contemplar una pintura de la Crucifixión, cuyo tamaño la aproxima más a la geografía que al arte; y pájaros, y músicas, y cisnes con lagos; y un museo; y el jardín blanco y verde donde se exhibe el mirífico grupo escultórico de "El misterio de la vida".

Forest Lawn es, claro está, el cementerio más alegre del mundo; y el más lujoso; y el más divertido. Envuelto en la clara luz de California, en la blandura de su ambiente, suave, amable, placentero es un lugar para los vivos. Colores, olores, músicas, formas plácidas para los ojos. ¿Y los muertos? Parece que también pueden "vivir" allí. La cosa es tan alucinante, que junto a dos puertas con inscripciones: "Ladies", "Gentlemen", la imaginación cree ver una tercera: "Ghosts". ¿Por qué no han de tener su puesto los fantasmas, los "revenants", los verdaderos propietarios de aquel lugar de fáciles delicias?

"Corral de muertos, entre pobres tapias / hechas también de barro, / pobre corral donde la hoz no siega, / sólo una cruz en el desierto campo / señala tu destino." Así cantó Unamuno: "En un cementerio de lugar castellano". "Cavan tan sólo en tu maleza brava, / corral sagrado, / para de un alma que

sufrió en el mundo / sembrar el grano; / luego sobre esa siembra / ¡barbecho largo!" "La cruz, cual perro fiel, ampara el sueño / de los muertos al cielo acorralados."

¿Cabe mayor distancia? Unamuno se hubiera sentido desasosegado, desazonado en la risueña paz de Forest Lawn; tal vez empavorecido; lo imagino huyendo a grandes pasos por las avenidas, con la cabeza baja, sin querer ver nada. No se hubiera sentido inclinado a la burla, como Huxley, ni al sarcasmo despiadado, como Waugh. Porque Forest Lawn no es cómico, ni es tampoco impío, sino piadoso a su manera. La cuestión es, precisamente, esa manera. El Fundador, un Dr. Hubert Eaton, que lo planeó en 1917, ha dejado en una lápida su "Credo". ¿En qué cree el Dr. Eaton? En muchísimas cosas: "en una vida eterna feliz", en que los que nos han dejado han entrado en ella, "sobre todo, en un Cristo que sonríe y ama a ti y a mí"; y en la benéfica y educativa influencia de su cementerio, en que los niños y los enamorados lo frecuentarán, en que los maestros enseñarán allí las obras de arte, en que el capital —más de tres millones de dólares— no se debe tocar, y sólo deben gastarse los intereses y nuevos ingresos; y en tantas cosas más.

La única en que no parece creer es la muerte. Y ésta es la clave. Forest Lawn es un cementerio sin muerte, que hubiera espeluznado a Don Miguel de Unamuno. Los que allí están enterrados —con o sin cremación previa—, "pasaron", se fueron *(they pas-*

sed away); sin duda —conste, sin duda— entraron en otra vida venturosa, de la que Forest Lawn da ya un anticipo; aquí queda... su cuerpo, claro es, del que hay que disponer de algún modo, conservarlo después de aplicarle las técnicas embellecedoras de los *morticians*; y el recuerdo en los vivos, endulzado por el canto de las aves y el rumor de las fuentes y la contemplación de las estatuas y las vidrieras policromadas, todo lo cual conduce inevitablemente a pensar que los "amados" *(the loved ones)*, no los "difuntos" —ni menos, por supuesto, las "ánimas", las "benditas ánimas del purgatorio", tan vivas en la piedad popular española— lo pasan muy bien y son tan felices como lo asegura el Fundador.

No es cómico Forest Lawn, no es ridículo: es tremendo, es sobrecogedor. Su tema es muy sencillo: se trata allí de escamotear, de volatilizar la muerte, y justamente en un cementerio. Esta vida y la otra —no lo olvidemos— sin la muerte en medio. Es ni más ni menos, el tema del Paraíso. Forest Lawn sólo ha podido existir en California.

CALIFORNIA COMO PARAÍSO

A Angel del Río

El elogio habitual de California, el que primero surge cuando se habla de ella, es decir que es un paraíso. Y es cierto. Cuando se llega a California desde el Este, la impresión es que se entra en una tierra paradisíaca. Y no sólo si la llegada es en invierno: el contraste entre los hielos, las nieves, los vientos glaciales, los árboles desnudos del resto del país y el aire tibio, el cielo azul, el verdor y el océano perezoso de California es demasiado obvio, y por eso mismo poco significativo: análoga impresión produce un cambio de hemisferio, cuando el avión nos hace pasar en pocas horas del invierno al verano. Más interés tiene la llegada a California en paridad de circunstancias, quiero decir, cuando el sol luce en el Este y en el Middle West y en las Montañas Rocosas con tanta intensidad como en el Pacífico, cuando toda la tierra americana está cubierta de verdor y todo el cielo es cielo y es azul, y es absoluta verdad tanta belleza. Entonces se siente también —y esta vez sin trampas, jugando limpio con las estaciones— que se ha entrado en el paraíso.

¿Qué es el paraíso? Un jardín, *parádeisos*, como era el jardín de Edén. Pocas tierras en los Estados

Unidos son jardines. Son bosques bravíos, espontáneos, potentes, en los estados del Atlántico Norte y cerca de la frontera canadiense; tierras utilitarias de trigo y maíz, llanuras sin confines de Illinois y de Ohio; páramos y despoblados de Wyoming o de Utah; desiertos de Arizona o New Mexico. California es otra cosa; en rigor —sobre todo el Sur— un oasis, un colosal oasis, obra del riego y del Océano Pacífico, donde se siente cerca la mano del hombre. Y hasta en sus zonas más agrestes, donde la naturaleza lo ha puesto todo, hay no sé qué cuidado, no sé qué extraña compostura de las formas, qué orden —*kósmos*—, que hace pensar también en los jardines. Así, en los bosques de *sequoias*, en los Redwoods que ciñen la vecindad de San Francisco, árboles de dos mil años, rectos, verticales, tan lindamente dispuestos, donde surge de repente toda una familia de corzos y al caer la tarde se siente el misterio, pero un misterio de cuento infantil, un misterio literario, de jardín gigantesco, paraíso de Gulliver, maravillas de Alicia, mundo mágico de Bambi y Falina.

¿Y las ciudades? También son paradisíacas. Blancas, estucadas, minúsculas casas, caprichosas e incoherentes a menudo, de juguete o, más bien, de decoración teatral. En ellas, jardines, que en algunos casos —Pasadena— lo dominan todo. Y un constante aire de fiesta y vacación: en ninguna parte del mundo es menos visible, menos ostensible y exhibido, el esfuerzo. También Adán cultivaba el jardín

de Edén, pero sin esfuerzo penoso, sin trabajo, es decir, sin pasar trabajos. Hasta en las porciones menos prósperas y ricas, que, si se mira bien, son sórdidas y de una deprimente fealdad —East Los Ángeles, por ejemplo—, los constantes y horrendos carteles de anuncios, con desmesuradas letras de colores, las banderolas de papel o percalina de los solares en que se acumulan para su venta centenares de automóviles usados, el aire de provisionalidad de las deleznables casas de madera ligerísima, casi tinglados de quita y pon, todo ello disfraza de fiesta, feria y verbena aquellas porciones de paraíso de saldo. (Donde no hay paraíso es en el viejo centro de Los Ángeles, en la *downtown*, hoy en gran parte mejicana, porque es la ciudad en decadencia, con una sordidez sobrevenida, esto es, "venida a menos" — la fórmula opuesta al paraíso o, si se quiere, el paraíso perdido.)

Este carácter paradisíaco de California hace más sorprendente el encuentro —ya a tan pocas millas de Los Ángeles— de los enormes campos de petróleo, de las refinerías en labor constante, de los arsenales de la Marina en que se acumulan colosales pirámides de minas submarinas. Es el tránsito brusco, inesperado, del Paraíso a la Ciudad de Enoch; pero el primero es tan "natural", tan vivo y potente, que acaso las torres metálicas de los pozos petrolíferos se recortan sobre un primer plano de flores encendidas. Y muy cerca un cementerio de perros, con pequeños monumentos y hasta un carromato

del Oeste, nuevamente el juguete, el cuento infantil, la fábula y la irrealidad.

El paraíso es la ausencia de limitación, la ausencia de dificultad. La primera se encuentra en muchas partes, en todas las del mundo donde sobra el espacio y es escasa la historia; la segunda es más improbable. No es posible allí donde la naturaleza es dura, violenta, extremosa, donde el frío y el calor oprimen, donde hay que luchar a diario con las intemperies; tampoco donde el hombre es inferior a sus circunstancias, donde carece de todo o de muchas cosas; ni siquiera donde carece de lo superfluo, cosa tan necesaria. Por eso no hay paraíso en muchas tierras suaves; y por eso lo es California, donde una técnica casi milagrosa, una riqueza sin antecedente y una perfecta ordenación de la ciudad del hombre han realizado la pura inverosimilitud.

Ciertamente, California es un paraíso. El elogio tópico tiene razón. Pero yo, al aceptarlo, me siento inclinado a convertirlo en reproche. En cierto sentido, es lo malo que tiene, junto a tantas delicias, California; porque el paraíso es aquí imposible, y el californiano no puede ser una excepción. Y las excelencias paradisíacas son, a la larga, deficiencias como "mundo", el cual está hecho, necesariamente, de posibilidad y limitación, de facilidad y dificultad, de urgencia y apremio. Vivir en el mundo es estar entre la espada y la pared; tener que acertar en cada instante; disponer de recursos finitos y de un tiempo contado; nacer y morir.

También morir, por supuesto; el mundo es el lugar donde hay muerte. Y California —sobre todo lo más californiano de ella, sin duda Los Ángeles— trata de volatilizarla y hacerla desaparecer. No negándola, por supuesto —sería demasiado ingenuo—, sino más bien al contrario: haciéndola presente en todas partes, cotidianizándola, quitándole el aguijón, despojándola así de su carácter insoslayable de muerte. Por eso los anuncios de funerarias y cementerios son tan habituales como los de automóviles, cervezas o perfumes —y muy parecidos—; por eso se "maneja" con tan absoluta naturalidad todo lo que "tiene que ver" con la muerte, genial expediente para eliminarla a ella misma. Por eso, en fin, el cementerio de Forest Lawn, una de las creaciones más representativas de California, está fundado precisamente en tomar las dos vidas, la de los que lo pisan, bañados por el sol, acariciados por la brisa que viene del Pacífico, a dos pasos de Hollywood, y la venturosa de los que gozan de él en propiedad —en postura yacente o en arqueta de cenizas—, prescindiendo del hecho elemental de que éstos son *muertos*, de que para entrar en Forest Lawn y en la otra vida han tenido que cruzar esa puerta angosta que llamamos muerte: justamente, la que falta en todo paraíso, la que aparece en el horizonte cuando se sale de él y se entra, irrevocablemente, en el mundo.

LA CIUDAD INVERTEBRADA

A Úrsula Burleigh

Hace unos cuantos meses, en una vitrina del Archivo de Indias, de Sevilla, leía yo, no sin emoción, la carta en que se comunicaba que un grupo de españoles, venidos de San Gabriel con un capitán, habían fundado en 1781 una población californiana, llamada con el nombre de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles. Hace un par de días volaba, de noche, en un *Constellation*, durante muchísimos minutos, sobre la masa de luces que es hoy la ciudad. Largo rato cruza el avión, tal vez a 400 kilómetros por hora, la mayor extensión urbana del mundo. No es una ciudad, según la imagen tradicional de ella, que en el mapa o desde el aire es poco más de un punto; es una forma de paisaje, una porción del territorio, que por extraño prodigio se convierte en un fulgor policromado, en una reverberación de gemas, en firmamento invertido de estrellas innumerables. Estrellas, es cierto, de diferente magnitud. Pálidas y relativamente espaciadas unas —las luces de las pequeñas casas en los barrios residenciales, a distancia de jardín—; brillantes, intensas, apiñadas, ordenadas en series, las de los grandes *boulevards* o los hacinamientos compactos de la

downtown; por último, y no como excepciones, sino increíblemente frecuentes, las "estrellas fugaces" que cruzan veloces, como astros mellizos, el espacio: los faros de los millones de automóviles.

Hace 75 años, Los Ángeles tenía 11.000 habitantes; ahora tiene 2 millones, 5 si se cuenta la zona metropolitana entera, el "Condado". Los teléfonos pasan del millón —es decir, más que España o la Argentina, no muchos menos que el continente australiano—. Los datos estadísticos de Los Ángeles parecen destinados sólo a provocar el estupor. Pero no importa tanto el "cuánto"; lo decisivo, lo inquietante, es el "cómo". En una de las viejas ediciones de *El Espectador* de Ortega aparecía en una página, si no recuerdo mal, este diálogo: "—Papá, ¿qué es el mundo? —Hijo mío, una cosa muy grande llena hasta el borde de pequeñeces." No sé si es una buena definición del mundo pero desde luego lo es de Los Ángeles; en esta ciudad enorme, todo es pequeño: salvo en una zona muy reducida, no hay grandes edificios, rascacielos o *buildings;* por todas partes, casas pequeñas, de uno o dos pisos, bastante espaciadas, separadas por pequeños jardines, más separadas aún por la anchura de las vías; hasta en los distritos comerciales, los edificios son mínimos, ligeros, frágiles. La impresión más profunda y persistente es que se trata de una decoración. No puedo evitar la sospecha de que todo es obra de Hoyywood, que ha segregado alrededor de sí mismo este monstruoso estudio; y me acuesto todas las noches con la zozo-

bra de si cuando me despierte lo habrán retirado todo y no quedará más que la tierra californiana, tan parecida al Levante español.

En las ciudades americanas, por debajo de sus estructuras, se suele adivinar el campamento; pero aquí tiene no sé qué aire de ficción e irrealidad. Quizá por eso tiene toda la ciudad un aire festival y como de vacaciones, que no se sabe explicar bien. ¿Tal vez el clima suave y perdurablemente veraniego? ¿Acaso la presencia cercana de tantas playas y de los montes y colinas que se descubren por encima de las casitas blancas, rosas, verdes? ¿La costumbre de vestirse tantas personas de un modo pintoresco, con lo que llaman *casuals*, a diferencia de la más entonada y urbana San Francisco o de las ciudades del Este? Desde que llegué a Los Ángeles, esta impresión de "vacaciones" me ha perseguido e inquietado. Porque es una ciudad laboriosa, industrializadísima, activa, riquísima, rodeada de enormes fábricas y hasta de campos de petróleo.

Al final he creído encontrar una explicación; y ésta reside en la estructura misma de la ciudad y en la forma de su funcionamiento. Los Ángeles es una ciudad espaciosa, todo en ella son anchuras. Es estrictamente lo contrario de Nueva York —parece increíble que los americanos hayan podido construir dos ciudades tan absolutamente opuestas—: una película urbana, casi sin espesor, tendida sobre enormes espacios de territorio, de naturaleza. La ciudad recubre todo: valles, colinas, puertos, playas.

se dilata sin contención y sin límites; aquella historia de un bromista que en medio del estado de Arizona puso un cartel con la inscripción "Los Angeles City Limits" tiene un profundo sentido, porque señala certeramente con su exageración lo que es la ciudad. Claro es que, como la física tiene exigencias rigurosas, la libertad de Los Ángeles respecto del espacio impone servidumbres respecto de otras dos magnitudes: la velocidad y el tiempo. Los Ángeles es posible sólo por el automóvil. En rigor, no hay otro medio de comunicación; los transportes públicos —autobuses y tranvías— son escasos, lentos por las innumerables paradas, infrecuentes. A pesar de ello, a pesar de que los anchos *boulevards* —Sunset, Pico, Wilshire, Westwood, Sepúlveda, Santa Mónica— y luego las *freeways* permiten velocidades escalofriantes, se tarda fácilmente tres cuartos de una hora o una hora en ir de un punto a otro de la ciudad, sin llegar a los extremos de ella; si se usan los autobuses, hay que contar con una hora, hora y media o dos horas para ir a cualquier parte.

Esto tiene consecuencias inesperadas. La primera, que nadie anda a pie en Los Ángeles. Alguna vez he contado haber paseado durante un par de horas por Wilshire Boulevard, a lo largo de varias millas, con las dos aceras para mí solo. Pero apenas escrita esa frase, "nadie anda a pie", hay que rectificarla; nadie anda para ir a alguna parte, es decir, nadie anda afanosa y apresuradamente para "llegar" a algún sitio, como en todas las grandes ciudades. El

que anda —sólo en algunas partes de la ciudad, casi únicamente en las zonas comerciales— es que acaba de estacionar su coche; es decir, que *ya ha llegado,* y por tanto no *está yendo.* Va, pues, morosamente, mirando los escaparates, eligiendo un espectáculo, comprando. No tiene aire "atareado", no está "de paso", sino que parece despreocupado, con aire de vacación, repito. Y no sólo con aire: está realmente de vacaciones, descansando de la ocupación "continua y virtuosa" de los *angelenos*: conducir. El viandante es, simplemente, el que ha dejado unos minutos el volante; poco después va a volver a su tarea, va a entrar en su urna de esmalte y cromo, va a rodar millas y millas, durante horas, por la inmensidad.

¿Hacia dónde? Esto es lo segundo. Los Ángeles es una ciudad acéfala si las hay. Existe sin duda un "centro", una *downtown,* pero su importancia es muy reducida. El antiguo centro, la Old Plaza, la mejicana Olvera Street, la iglesia, tan conmovedora, de Nuestra Señora de Los Ángeles, donde aún se reza la novena en español, está en plena decadencia. Las calles centrales han sido sustituídas por otros lugares más vivos y prósperos; se pueden pasar semanas y aun meses sin ir a ellas. Cada uno va a su trabajo, y de él vuelve a casa, en uno de los innumerables barrios residenciales, *por el camino que elige.* Esto es lo decisivo; la relativa ausencia de transportes públicos hace que las trayectorias humanas sean individuales, libres, frecuentemente azarosas. No

hay una pauta, no hay líneas predeterminadas, no hay sistema nervioso ni columna vertebral. Los Ángeles es la ciudad invertebrada por excelencia.

En casi todas partes, la estructura urbana y, sobre todo, los transportes públicos configuran y encauzan los movimientos de los individuos. En Los Ángeles, no; cada hombre o cada mujer, dentro de su coche, se convierte en una unidad autónoma que circula libremente. A lo sumo hay las vagas "líneas de fuerza" de las grandes arterias, que señalan sólo rutas de *mayor probabilidad*; pero como hay espacio por todas partes y, por otro lado, se evita el tráfico muy denso, cada conductor conoce su "ruta" preferida, por la que se llega antes al punto de destino, y se siente como un descubridor del Paso del Noroeste.

Esto explica que en Los Ángeles no haya esos lugares a donde va todo el mundo, donde se puede contar con encontrar al amigo. No cabe eso que suelo llamar "favorecer la casualidad", porque aquí la casualidad es tan rigurosa como en las trayectorias de los electrones. Probablemente es ésta la razón de que en una aglomeración de casi cinco millones de habitantes, y de tan enorme riqueza, no haya teatros normales y permanentes, sino sólo actuaciones esporádicas y fugaces de algunas compañías. El teatro requiere un público consuetudinario, y esto sólo es posible con una estructura, con un "centro". En las ciudades europeas, y en muchas de las dos Américas, es bien sabido que los teatros sólo pros-

peran en ciertas zonas; fuera de ellas, están condenados al fracaso, porque sólo en esos puntos "va la gente"; en Los Ángeles esas zonas no existen. El cine, cuyos programas se pueden dar simultáneamente en muchas salas, es el espectáculo adecuado aquí. De hecho el repertorio de posibilidades es muy reducido, porque las enormes distancias excluyen ir habitualmente a todos los cines menos los tres o cuatro de la vecindad. Y aun el cine es demasiado. Va siendo sustituído rápidamente por la televisión (en el "Condado" hay cerca de un millón y medio de aparatos). El habitante de Los Ángeles, por la mañana, se traslada al lugar de su trabajo; interrumpe su jornada para un breve almuerzo; cuando termina, hacia las cinco de la tarde, empuña su volante y conduce durante una hora o dos horas tal vez, hasta el barrio en que reside. Allí, calles anchas y vacías, curvas y colinas, césped regado cuidadosamente —no se olvide que estamos en el más colosal oasis de la tierra— flores multicolores, árboles menores, sin la pujanza briosa de las ciudades del Atlántico; casas pequeñas, en pequeños jardines. El *angeleno* encierra el coche y entra en su casa; ha conducido en el día dos, tres, cuatro horas; ha frenado innumerables veces ante las rayas blancas de la calzada; ha atendido a las luces verdes y rojas del tráfico; ha resuelto diez o doce veces el problema del estacionamiento. Ahora, en su interior cómodo y alegre, se distiende y "relaja"; come en familia. ¿Y ahora? Podría salir, ir al cine, visitar

a un amigo. Pero esto supone volver al coche, conducir otra vez largo rato, más guiños verdes y rojos, más busca de un *parking lot*. Las ciudades urbanas —permítase la expresión— son siempre pequeñas, relativamente pequeñas, por lo menos tienen un núcleo abarcable; las ciudades-parque, como son casi todas las americanas, son dispersas, pero son unidades completas, y en una pequeña extensión está todo: la iglesia, los cines, los mercados, el *shopping center*, los amigos. En Los Ángeles, cuando se está en una zona residencial, en millas a la redonda no hay más que *homes*, residencias unifamiliares, cerradas en sí mismas, minúsculas islas de vida privada, sólo con relaciones de vecindad —de "buena vecindad", hay que decirlo—. En estos barrios encantadores nadie anda por la calle. Todo el mundo está en casa, llega a ella al caer la tarde, y en ella se queda. La enorme ciudad queda fragmentada en millones de unidades aisladas, incomunicantes, solitarias. Los Ángeles es una ciudad que parece fundada por Leibniz: las luces, estrellas incontables del cielo urbano que el avión descubre, son mónadas sin ventanas, unidas, coordinadas, vinculadas por esa forma de armonía preestablecida que llaman televisión.

LA BUROCRACIA COMO UNA FORMA DE SATANISMO

A José María Gironella

Han venido a mis manos, casi al mismo tiempo, dos cosas absolutamente distantes, pero entre las cuales me parece descubrir una recóndita conexión: un informe sobre la Administración federal de los Estados Unidos y una vieja estampa religiosa española. El informe, publicado por la Prensa, da unos cuantos datos que conviene retener. El papeleo administrativo cuesta al Gobierno americano —es decir, a los contribuyentes— 4.000 millones de dólares al año. Las cartas del Gobierno se elevan a 4 millones cada día; y como cada carta supone considerable trabajo —copias, archivos, etc.—, y el trabajo se paga muy caro, se calcula que cada carta cuesta 1 dólar. El informe añade muchos más datos, pero no es necesario insistir; quizá uno más sea oportuno: hay en los Estados Unidos 750.000 empleados dedicados al papeleo.

Naturalmente, se trata sólo del Gobierno federal; si se agregasen los gobiernos de los estados, los municipios, las oficinas privadas, las cifras serían mucho más aterradoras. Está empezando a ser un serio problema almacenar los papeles; los archivos

y carpetas amenazan con llenar el país. No hay que decir que los Estados Unidos no son una excepción más que en una cosa: en tener estadísticas minuciosas y publicarlas. El fenómeno es universal, y no creo que haya un país que se salve de él; en algunos es más agudo que en otros, pero en todos existe; y, lo que es más grave, está en vertiginoso incremento: en Norteamérica, mientras en 1912 el término medio era de 55 cartas oficiales por empleado, en 1954 ha sido de 522. Se piensa con espanto qué será a fin de siglo — si es que los papeles nos dejan llegar hasta allí.

La estampa a que me refiero es conmovedora. La he encontrado también en un lugar conmovedor: la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en la vieja Plaza (así, *Old Plaza*) que fué el centro de esta ciudad, el que le dió su nombre. Una plaza decaída, venida a menos, hoy a trasmano, junto a la mejicana Olvera Street, que ya no es más que un residuo. En la Plaza, tan melancólica, hombres cansinamente sentados en bancos, hombres de piel aceitunada y pelo negro, que sin duda no han encontrado su camino. Lo único espléndido son unas higueras centenarias, enormes, que exhiben unas rugosas, impresionantes raíces, sobre las cuales se hubiera podido escribir un estremecedor capítulo de filosofía existencial. Y en la iglesia, llena de luces y dorados, reconstruída y siempre vieja, con un patio blanco y una tiendecilla, hombres vencidos y mujeres resignadas escuchan, triste y esperanzada-

mente, una novena predicada en español, una tarde de domingo, mientras a poca distancia corren, a sesenta o setenta millas por hora, innumerables automóviles por las *freeways* que se entrecruzan a cuatro distintos niveles.

La estampa es muy vieja, sin duda romántica. Tiene una leyenda que dice: *La omnipresencia de Dios.* Arriba, una cabeza de Dios padre, con cabellera rizosa, rostro sonrosado y largas barbas blanquecinas; en su mano derecha —asoman, entre nubes, sus brazos envueltos en un tejido violáceo—, una cruz; junto a su izquierda descienden unos rayos; y se lee a ambos lados: "O la Cruz en este mundo – O el Infierno en el Otro." Debajo de la divina figura, a la izquierda, una oreja, en el centro un ojo, a la derecha un libro abierto, en el que escribe con pluma de ave una mano que sale de las nubes; y tres inscripciones: "Dios lo oye todo", "Dios lo ve todo", "Dios lo sabe todo". Debajo, sobre el globo terráqueo, una mano sostiene una balanza; en uno de los platillos, una blanca figura arrodillada con una cruz y un ángel al lado, y otra inscripción: "Un momento"; en el otro platillo, un diablo negro con alas de murciélago y otra inscripción: "Una eternidad." Más abajo, en cuatro óvalos, otras tantas escenas con sus inscripciones: "El hombre justo", "La muerte del justo", "La muerte del pecador", "El hombre pecador". Por último, una calavera con dos tibias cruzadas y una última inscrip-

ción: "En este espejo puedes ver — lo que llegarás a ser".

¿Qué tiene que ver el informe de la Comisión Hoover con esta ingenua y tremenda estampa española, que todavía rueda por los devocionarios mugrientos de las mejicanas que oyen su novena en la iglesia de Los Ángeles? Me parece claro que ése es el último sentido de la burocracia contemporánea: realizar en la tierra la omnipresencia de Dios. Dios lo oye todo, lo ve todo, lo sabe todo; sí, pero sólo Dios. Éste ha sido el gran consuelo de la humanidad durante toda su historia. El hombre ha sabido que vivía bajo el ojo de Dios, pero Dios es infinitamente bueno. Y salvo él, nadie sabía tantas cosas. Se podía vivir sin dejar huellas; en este mundo, nuestros pasos, nuestras palabras, nuestros gestos, se iban borrando, como la estela del nadador en el agua. Se sentía uno libre, ligero, nuevo. Pero llegó un día en que la burocracia empezó a querer saberlo todo y a registrarlo. Primero con plumas de ave, como en el libro de mi estampa antigua; luego, en tarjetas perforadas de las Business Machines, en complicados archivos electrónicos, con radiografías, análisis, huellas dactilares, certificados, tal vez reacciones de sueros que descubren hasta los más recónditos pensamientos. Si se viaja, el viaje no termina: queda registrado. Si se cambia de domicilio, la serie de todos los de nuestra vida queda adscrita a nosotros; cuanto hacemos queda fijado, indeleblemente grabado y es sabido, retenido, recordado a perpetuidad

por alguien. ¿Por quién? Por cualquiera, por el Estado, la Administración, la Burocracia, que intenta suplantar a Dios y realizar —sin caridad— su reino en la tierra, quiero decir su poder, su dominio.

Y cada vez más. Como todas las cosas mecánicas, la Burocracia es insaciable e implacable. Cada vez pide más datos, cada vez quiere saber más cosas, y que éstas queden copiadas más veces, registradas en más lugares, puestas en conexión con más datos. Cuando creemos que hay una zona de nuestra vida que puede permanecer oculta o al menos olvidarse —simplemente porque no tiene interés—, resulta que a la Burocracia también le interesa. Por esto digo que es una forma de satanismo, un intento de usurpar el punto de vista y las prerrogativas de Dios. Los que llamaron a Felipe II "Demonio del Mediodía" (jugando con la geografía española y con aquel inquietante, turbador *Demonio meridiano* de los Salmos) no sabían que sólo acertaban en un punto: la obsesión burocrática y oficinesca del Rey escurialense.

La Burocracia con mayúscula, la que hoy domina el mundo, es una manifestación de satanismo, y en su inspiración profunda, si se mira bien, responde exactamente a eso: olvido de Dios, suplantación de él por el poder temporal y la organización, pérdida de la fe viva en la vida perdurable. Pero esto no quiere decir, claro está, que participen personalmente de ese satanismo los hombres individuales

que realizan los menesteres de que vengo hablando. Los instrumentos de todas las formas de satanismo suelen ser, en todos los tiempos, unos pobres diablos.

PUNTOS DE VISTA

A Gloria y Francisco Grande

Dos cartas, suscitadas por mi artículo "La Burocracia como una forma de satanismo" han llegado a mis manos al mismo tiempo; las dos, procedentes de España; ambas escritas por dos funcionarios, uno de La Coruña, otro —registrador de la Propiedad, por más señas— de Madrid. He recibido estas cartas en el Estado de Minnesota, no lejos del Canadá, al lado del Mississippi poderoso, entre los once mil lagos del Estado, a dos pasos de las cataratas de Minnehaha y de los recuerdos del indio Hiawatha: un mundo en que la naturaleza y la leyenda se asocian y nos llevan muy lejos, hacia lo elemental, infantil y primitivo; es decir, un mundo en que apenas se acuerda uno de que existe burocracia.

Mis dos comunicantes españoles, a quienes quiero aquí agradecer su atención al escribirme, discrepan profundamente —iba a decir como buenos españoles—: el madrileño me felicita por mi artículo y me alienta a pedir que las cosas se simplifiquen; el coruñés, en cambio, se duele de mi artículo, se siente herido por él, con no poca sorpresa mía. Es decir, de todo el artículo, sólo retiene una frase, la final, en que, precisamente para no implicar a los

individuos en lo que de la Burocracia decía, como fenómeno histórico, terminaba diciendo: "Pero esto no quiere decir, claro está, que participen personalmente de ese satanismo los hombres individuales que realizan los menesteres de que vengo hablando. Los instrumentos de todas las formas de satanismo suelen ser, en todos los tiempos, unos pobres diablos." Esta frase ha rozado la susceptibilidad del funcionario coruñés; y, ante todo, esto me ha hecho pensar hasta qué grado hemos perdido el sentido del humor y —lo que es más grave— el de las exigencias del estilo literario. ¿Será posible que a nadie duela tan inocente frase, destinada precisamente a exonerar con un gesto alegre de toda implicación satánica a las excelentes personas que suelen ser los funcionarios? Mi ocupación principal es la filosofía, y muchas veces he dicho que siempre la han hecho "cuatro gatos metidos en un rincón", sin temor a que se levanten airados del sepulcro Platón, Aristóteles o Kant, o a que se enojen conmigo los filósofos vivientes. Una frase tan absolutamente general como la mía —"todas las formas de satanismo, en todos los tiempos"—, ¿iba a tener tan menguado e indiscreto propósito como "ofender a una clase honrada y trabajadora", entre la que hay "numerosas personas con títulos, estudios, conocimientos y personalidad"? En la medida en que somos víctimas de los poderes ciegos que pesan sobre la humanidad, todos somos "pobres diablos", juguetes de ellos: lo mismo el que se sienta detrás de la ventani-

lla que el que está de pie al otro lado de ella. Ambos estamos en ese mundo que muchas veces parece el de Kafka.

Porque no se trata de nada menos. Contaré una pequeña historia que me ocurrió hace trece años. Se trataba de obtener la exención del servicio social de mi mujer; para ello se requería el certificado de matrimonio y la "fe de vida" mía, porque, claro, yo podría haber muerto y haberla dejado viuda al poco tiempo. Solicité mi "fe de vida" en el distrito correspondiente; el empleado consultó un enorme libro, como los que debe de tener San Pedro —o acaso no, acaso los grandes estarán en otro sitio—, buscó mi domicilio y me dijo solemnemente: "Casa en construcción." Le expliqué que estaba enteramente construída y yo la habitaba hacía varios meses, e inquirí la fecha de sus datos; me dijo que eran de 1940; le recordé que estábamos en 1942, y que la casa se terminó en 1941. En vano; me explicó que debía ir al distrito en que vivía en 1940, y solicitar allí la fe de vida (yo pensé, de paso, que si recurría a esos datos, podrían certificar a lo sumo que yo vivía en 1940, pero me guardé bien de decirlo). En el otro distrito apareció mi nombre y domicilio; pero antes de extender el documento, el empleado me preguntó que para qué lo quería. No estaba muy seguro de que la pregunta fuese necesaria y justificada, pero como no era ningún misterio, se lo expliqué. "Entonces —me dijo— no le puedo dar la 'fe de vida'. '¿Por qué?' 'Porque usted es ca-

sado, y mi libro pone que es usted soltero.' 'Naturalmente —le respondí—; en 1940 estaba soltero, me casé en 1941.' 'Pero yo no puedo poner 'casado', porque mi libro pone 'soltero'." Le contesté: "Pues ponga usted 'soltero', puesto que voy a presentar a la vez el certificado de matrimonio." "Yo no puedo poner soltero, porque usted está casado." Kafka en estado de pureza, como puede verse. La cosa no tenía solución. Me explicó que la única era ir a la oficina central de Estadística, hacer allí nueva inscripción, en el domicilio actual y como casado y entonces solicitar la "fe de vida". Encargué de las gestiones a una persona un poco menos ocupada que yo; al cabo de una semana apareció con el ansiado documento. Lo leí con avidez: la casilla "Estado" estaba en blanco.

Como he viajado bastante, tengo en mi memoria historias parecidas de una decena de países. Piénsese, por ejemplo, en nuestro certificado de no tener antecedentes penales; parece cosa clara: esta persona no tiene antecedentes penales, y nada más. Pero la cosa no es tan clara: hay que especificar en el documento "para qué" es, por ejemplo para obtener pasaporte. El hombre ingenuo que yo soy se pregunta: "Pero, Señor, ¿es que se puede no tener antecedentes penales para un pasaporte y tenerlos para hacer unas oposiciones? O se tienen o no se tienen." Por lo visto no es así, y si hay que justificar "lo mismo" pero "para otra cosa", hay que volver a empezar y obtener otro documento. Otro tanto se

podría decir de la presunción general de que todos los españoles, mientras no demostremos lo contrario, hemos sido "repatriados por cuenta del Estado". Dios mío, ¿cuántos entre los 28 millones de españoles habrán recibido ese privilegio? En un país hispanoamericano, con un visado de tránsito que me "obligaba" a salir del país en una semana, no se me "permitía" salir sin una autorización de la policía, lo cual me dejaba expuesto a quedarme indefinidamente como el alma de Garibay.

En estas situaciones, tan frecuentes, los individuos que estamos implicados en ellas, a ambos lados de la ventanilla, somos inocentes. Un destino burlón, que recuerda al "genio maligno" de Descartes, se ríe de nosotros. Por eso la Burocracia —con su esencial mayúscula— me produce pavor; porque su engranaje, que suele ser en definitiva inofensivo, tan pronto como se desliza en él un grano de efectiva maldad o de locura, realiza —y los ejemplos son tan numerosos como recientes— el infierno en la tierra. Ésta es la razón de que al hablar de los hombres implicados en ella —sobre todo de los están profesionalmente, permanentemente envueltos en sus rodajes— utilizase la expresión "pobres diablos". Y creí que la cordialidad de mi sonrisa era visible hasta en La Coruña.

EL SÍ Y EL NO

A José F. Montesinos

Los pícaros sabían —testigo, Cortadillo— que el Cielo le deja en su lengua al hombre atrevido su vida o su muerte: "¡como si tuviese más letras —agrega Cervantes por boca suya— un *no* que un *sí*!" A veces, en efecto, el sí y el no son cuestión de vida o muerte; en ocasiones, de dignidad o mengua; y a la larga, de salvación o perdición. Pero hace tiempo que el "no" está pasado de moda. A todo se dice que sí, y las consecuencias son peligrosas. Cuando se haga bien la historia del mundo contemporáneo, se verá hasta qué punto hubiera podido ser otra, y mejor, con un par de decenas de negaciones estratégicamente situadas por los últimos veinticinco o treinta años. Y cuando el "no" se arrincona, cuando se olvida que el hombre tiene la elemental capacidad de no aceptar, de rehusar una merced, un nombramiento, un título, una proposición, entonces "se pasa por todo" y unos pocos hacen, con todos los demás, simplemente lo que quieren.

Me ha hecho recordar esto un mínimo acontecimiento académico en los Estados Unidos, del que se han ocupado los periódicos del país, y que parece indicar que se inicia el redescubrimiento del no.

Hace un par de meses, el presidente de la Universidad del Estado de Wáshington, en la ciudad de Seattle, una Universidad con trece mil estudiantes, puso el veto a una serie de conferencias científicas que iba a dar el físico Oppenheimer. Poco después, tres universitarios de relieve, un historiador, un sociólogo y un físico, pertenecientes a instituciones muy prestigiosas, rechazaron invitaciones de la Universidad de Wáshington para dar conferencias en ella. Algunos días después, se anunció que siete científicos de primera fila no iban a asistir a una reunión científica sobre un importante problema bioquímico; la razón que se daba para ello era que el veto mencionado había "puesto a la Universidad de Wáshington fuera de la comunidad de los intelectuales". A continuación, el jefe de su departamento de Bioquímica ha anunciado tristemente que la reunión tendrá que aplazarse indefinidamente.

Adviértase que se trata de un conflicto entre negaciones. No soy yo quién para terciar en el fondo del debate, ni éste sería el lugar de hacerlo en ningún caso. Me interesa simplemente como ejemplo del uso del no por parte de todos los que intervienen en el asunto: el presidente vetante y los invitados rehusantes. Puestas así las cosas, parecen perfectas: si el presidente de la Universidad tiene legítimo poder para vetar las conferencias y cree que así debe hacerse, no se sale de su papel al prohibirlas; pero con ello pone a su Universidad en una posición que los demás intelectuales americanos, a su

vez, enjuician y valoran según su propio criterio; y si el resultado de la estimación es negativo, de acuerdo con él rechazan las invitaciones y se abstienen de colaborar. La introducción de la negación, simplemente, restablece las buenas matemáticas en las cuentas: además de la suma, hay la resta. El cálculo estaba fundado, por lo visto, en que era posible sumar el veto de un científico con la cooperación de los otros diez; resulta que no, que gracias a la reaparición inesperada del signo — hay que hacer una inesperada substracción de diez unidades; por ahora: porque lo más interesante es que se trata de varios sustraendos independientes y sucesivos, que acaso no hayan terminado de aparecer.

A pesar de ser cosa tan poco espectacular y melodramática, y de haber ocurrido en un lugar tan remoto como el extremo norte de la costa del Pacífico, una ola de emoción ha atravesado los medios intelectuales del país. Con cierta sorpresa y una involuntaria propensión al uso de la voz baja, se ha comentado en los *campus* —*campusos*, según el plural habitual—, con una mezcla de respeto, preocupación y esperanza; como cuando se habla de estos tremendos descubrimientos de la física nuclear, que llevan en sí la vida o la muerte. Se trata de algo también misterioso y sutil, cuyo nombre parece el símbolo de un elemento, y que es, en efecto, un poder elemental: el No.

LA SALUD DE LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

A Pilar Osés

La lectura de periódicos y revistas durante los dos últimos años me había producido considerable inquietud por la sanidad social de los Estados Unidos. La impresión provocada por gran parte de la Prensa —americana y sobre todo extranjera, especialmente por algunos corresponsales en Wáshington— contradecía mi anterior experiencia directa; pero como la historia va ahora muy de prisa, no era posible descartar la posibilidad de un cambio importante. Además, ya en 1951 y 1952 se advertían en los Estados Unidos síntomas leves pero no por ello menos alarmantes de una peligrosa variación, que podía llevar Dios sabe adónde: propensión al intervencionismo, insistencia en los aspectos políticos de cosas y personas, asomos de intolerancia, amenazas de la libertad, por ejemplo de lo que allí se llama "libertad académica". Nada era entonces grave, todo era explicable; pero el europeo, buen gato escaldado, no puede mirar sin zozobra ese tipo de fenómenos, porque piensa que por algo se empieza.

Y es indudable que la salud de la sociedad americana ha corrido algún riesgo; no tanto como se ha

dicho y aún se dice, por la tendencia explicable a la selección arbitraria de los detalles, a mirarlos con lente de aumento, y tal vez teñir ésta, a aplicar refranes castizos —"en todas partes cuecen habas", etc.— de notoria utilidad. Pero, aun hechos todos estos descuentos, quedaba un riesgo apreciable, de que me ocupé a fondo en un escrito titulado "Defensa y entrega de una forma de vida".

El lector habrá observado que he usado el pretérito: he dicho que la sociedad americana "ha corrido" peligros. ¿Es que éstos se han desvanecido ya? Confieso que volví a los Estados Unidos al comenzar este año 1955 con cierto temor: ¿qué iba a encontrar? ¿Acaso una sociedad politizada, exasperada, inquieta, nerviosa, tal vez histérica, llena de sospechas, dividida por la hostilidad? ¿Habría desaparecido la estupenda concordia de la vida americana, la confianza mutua, el considerar al prójimo como un presunto amigo si no un hermano? ¿Se habría sustituído la atención del americano hacia la vida privada por una obsesión política? Apenas llegado a los Estados Unidos, empecé a tranquilizarme: aquella sociedad era la misma que había dejado en 1952. ¿La misma? Tal vez algo mejor, y esto en dos sentidos: primero, más próspera y segura; segundo, "de vuelta", curada de un benigno sarampión por el que había pasado, probablemente vacunada e inmunizada contra posibles infecciones. Creo sinceramente que los americanos le han visto las orejas al lobo —y, por fortuna, nada más que las

orejas—. Y con un enérgico gesto todavía jovial, sin descomponerse, sin hacerle el juego, sin ponerse a tono con él ni "enlobecerse", sin volverse tampoco corderos, lo han ahuyentado, espero que por mucho tiempo.

Y la vida americana sigue siendo, como una vez la definí, "dura, pero dulce", porque aunque se trabaja, y mucho, y el clima es con frecuencia áspero, y la enorme riqueza se conquista día a día con penoso esfuerzo, el contorno humano es confortador. Un país en que no hay que contar con la envidia — existe, por supuesto, como todo en todas partes, pero en una escala que, repito, no obliga a contar con ella; en que el "primer movimiento" del prójimo, aun desconocido, es favorable; en que hay reglas de juego y no es bueno faltar a ellas; en que el bien ajeno produce frecuente alegría; en que, de diez veces ocho, no se pregunta al extranjero por el régimen dominante en su país, sino si tiene niños, y cuántos, y si son "boys" o "girls".

Al escribir esto leo dos opiniones, una americana y otra inglesa, una del "columnista" Joseph Alsop, otra de René MacColl, que subrayan enérgicamente la mejoría operada en los Estados Unidos en 1955. MacColl afirma que el temple de Norteamérica ha cambiado completamente desde febrero; Alsop cree que en este año la administración Eisenhower se ha encontrado a sí misma y el proceso político americano ha vuelto a sus raíles; y añade que volver a América después de una ausencia de seis

meses es como descubrir un país nuevo, en que se inicia "una era de buenos sentimientos". Las dos actitudes me parecen justas, pero exageradas: creo que el mal pretérito era mucho menor, algo venial y perfectamente explicable. ¿Cómo?

Yo entiendo que lo que ha sucedido en los últimos años en los Estados Unidos se podría denominar, usando una metáfora eléctrica, "radicalización inducida". ¿Qué significa esto? Algo muy sencillo. Cuando en el exterior ciertos fenómenos adquieren gravedad inesperada, todas las cosas que en el interior de un país tenían alguna conexión o afinidad con ellos cambian de aspecto y de sentido. Lo que antes parecía —y era— inofensivo y, por tanto, perfectamente aceptable y lícito, de repente resulta inquietante y peligroso. Lo que era moderado, se convierte automáticamente en extremo, simplemente por haberse alterado sus conexiones dentro de una situación general; gestos que en cierta fecha eran normales, dejan de serlo, independientemente de la voluntad de los que los hacen. A esto llamo "radicalización inducida": la carga eléctrica exterior electriza el interior, sin necesidad de que se hayan producido cambios internos espontáneos.

Es un proceso que se repite cien veces en la historia. Recuérdese, para no ir muy cerca, la significación que adquirieron los "ilustrados" españoles del siglo XVIII, de Jovellanos a Moratín, al sobrevenir la radicalización en que consistió la Revolución francesa. Y cuál fué la situación en que involunta-

ria e injustificadamente se vieron envueltos, y que tan largas consecuencias ha tenido en la historia española de los últimos ciento cincuenta años. Esto es, precisamente, lo que la sociedad americana está evitando, confío en que de un modo duradero. Su salud, tan sólida, tan lejos del espasmo como de la parálisis, está rectificando automáticamente la anormal situación, está restableciendo lo que podríamos llamar el equilibrio eléctrico. Y como la enorme potencia de los Estados Unidos actúa sobre todo el mundo, imagínese qué peligro hemos corrido los demás, qué perturbaciones podría haber "inducido" en el resto del mundo una sociedad americana desreglada, violenta, torpe, intolerante, insegura.

Como no soy pesimista profesional —oficio tan de moda—, creo que también la salud se contagia. Y espero, en el futuro próximo, que la irradiación de esa porción de humanidad, otra vez saludable, pueda impedir o curar en otros lugares feas erupciones cutáneas y hasta ocultos tumores viscerales.

LA AMISTAD EN NORTEAMÉRICA

A Susan Smith

Nada hay en el mundo más amistoso que un norteamericano — a no ser una norteamericana. El conductor del autobús os mira con simpatía al subir y, si no hay muchas apreturas, os dice adiós al apearos. (Hace unos meses, una poderosa compañía ofreció, con fines de publicidad, costear el deseo íntimo, largos años sofocado, de un puñado de personas; uno de los ganadores era un conductor de autobús; su deseo: invitar a cenar y al teatro a sus pasajeros; y todos los que tenían tiempo fueron con él al restaurante y al espectáculo. Pocas cosas me han parecido más representativas de los Estados Unidos.) El operario de la Telefónica que va a reparar vuestro aparato, os ofrece un cigarrillo y conversa cordialmente con vosotros. Hasta el policía que os pone un *ticket* por exceso de velocidad, implacable, al mismo tiempo sonríe y se ofrece a ayudaros a poner el coche culpable otra vez en marcha ("lo cortés no quita a lo valiente"). El sacerdote predicador sonríe desde el altar o desde el púlpito y realmente os encuentra amables. Cuando se inicia un trato individualmente amistoso, el americano, desde el primer momento, está en confianza, os pone en ella,

y a los diez minutos charláis de persona a persona, con efectiva cordialidad. Se piensa, y no sin razón, que los Estados Unidos son el paraíso de la amistad.

Y sin embargo... Contra lo que se esperaría, los americanos tienen muy pocos amigos. Si se va a averiguar, el círculo de amistades de cada persona es muy reducido; además, esas amistades no son frecuentes; por último, sólo muy pocas son íntimas. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo un pueblo tan egregiamente dotado para la amistad, tan intrínsecamente amistoso o *friendly*, la cultiva de un modo parco y deficiente? Los amigos —repito que casi siempre pocos— se ven de tarde en tarde; las amistades universitarias, a veces próximas, incluso de compañeros de cuarto, se dejan caer: los amigos no se escriben, se mandan una postal por Navidades, se visitan cuando van a la ciudad en que vive el otro, pero nada más. Hay todas las excepciones que se quieran, pero estadísticamente las cosas son así, esa es la estructura de la amistad como fenómeno general.

Las causas de ello no son fáciles de descubrir. Cuando se pregunta por ellas a los americanos, suelen primero sorprenderse: no se les había ocurrido que pasaba así y que era anómalo; luego reconocen que efectivamente sucede de esa manera; en tercer lugar, buscan una explicación, y la que suelen dar es el aislamiento y la falta de tiempo. Pero esta causa es muy secundaria. Yo creo que reside más bien en que los Estados Unidos tienen cierta escasez de una

sola cosa: imaginación. Cuando encuentran a una persona, la reacción de los americanos es positiva, porque los Estados Unidos son uno de los poquísimos lugares de este mundo en que se ama al prójimo (un poco menos que a sí mismo, pero aun así, ¡qué milagro!) ; gozan con su presencia, frecuentemente les parece bien, y se separan llenos de cordialidad y buenos sentimientos. ¿Y después? Probablemente nada. En otra ocasión, por lo general en un *party*, vuelven a encontrar a la misma persona, vuelven a alegrarse y a estar llenos de simpatía. Entre los encuentros, el vacío. Y la amistad no es eso, porque, como todo lo humano, es algo de índole dramática, es decir, necesita un argumento. Y esto, el inventar un argumento para la amistad, requiere imaginación. Cuando yo encuentro a una persona agradable, imagino otro encuentro futuro, tal vez en diferentes condiciones, por ejemplo a solas, o para hablar de algo concreto, o bien en conexión con otros amigos antiguos; y cuando esta segunda reunión se realiza, imagino una tercera y una cuarta, distintas, que significan pasos en un camino. ¿En cuál? En el de nuestras vidas, que empiezan a ser en algún sentido "nuestras", a estar juntas. Yo tengo la impresión de que mi trayectoria vital está entrelazada con otras, a diversas distancias, que son las de mis amigos. Y todas esas amistades tienen sus argumentos, que se entrelazan, se cruzan, son tangentes, como los de las novelas de Galdós.

En los Estados Unidos se multiplican las "ocasio-

nes" de la amistad, se fomenta la sociabilidad, se provocan reuniones ("social gatherings") : las iglesias son órganos de convivencia, con clubs, tés, fiestas, conferencias, bailes (sí, también las iglesias católicas, por supuesto) ; en las Universidades son legión las "fraternities" y "sororities" (cada una designada por tres letras griegas) ; se pertenece a varias asociaciones de todo género: profesionales, deportivas, literarias, de coleccionistas, benéficas, económicas. Con pretexto del negocio —para acallar la conciencia puritana—, pero probablemente para gozar un poco del ocio, se organizan convenciones de todo género. La primera vez que estuve en Chicago, al salir de mi habitación, vi el "lobby" del inmenso Conrad Hilton Hotel lleno de señores, señoras y señoritas con una cartulina en la solapa que ponía en cuatro grandes letras: NADA. ¿Una asamblea de existencialistas, tal vez de nihilistas? Pero todos respiraban bienestar, alegría y afirmación de la vida. Se trataba de una "convention" de la Asociación Nacional de Vendedores de Automóviles (National Automobile Dealers Association), que a juzgar por las dificultades de tráfico y estacionamiento tenían todos los motivos para la satisfacción.

Pero todo eso implica que la sociedad tiene que dar un impulso; que la imaginación individual no es suficiente para la proliferación e intensificación de las amistades estrictamente personales. La amistad en los Estados Unidos suele ser discontinua, co-

mo un rosario de momentos aislados y equivalentes unos a otros, sin progreso, sin argumento, sin trayectoria dramática. La amistad de la mayoría de los norteamericanos no tiene biografía, y no la tiene porque no se le inventa un programa, una novela más o menos imaginativa.

Y cuando alguien aporta un poco de imaginación, la amistad florece maravillosamente; el americano responde con inesperada avidez, se embarca en la empresa que se le propone, presta a ella toda su riqueza de efusividad, simpatía, afecto y falta de malas pasiones. Cuando brota ante ella el surtidor imaginativo, el alma americana da las mismas cosechas prodigiosas que esta seca tierra de California bajo el riego del agua.

BALADA DEL "DRUG STORE"

A José Manuel Blecua

Recuerdo mi llegada a Salt Lake City, en un largo tren rutilante que acababa de cruzar las interminables llanuras de Illinois, Iowa, Nebraska, Wyoming, y ahora entraba en Utah, tierra de mormones. Unas horas antes, recién cruzada la divisoria de aguas de las Montañas Rocosas, Green River, que daba justamente aquel día la temperatura mínima de los Estados Unidos.

Cuando bajé del tren y eché a andar por la larga avenida —glacial— que desciende desde la estación hasta el Templo, entre la nieve solitaria, que hacía reverberar las luces, me iba preguntando qué se me había perdido en Utah, donde no conocía ni siquiera el nombre de una sola persona. La culpa la tenía, sin duda —como de tantas otras cosas— Julio Verne. ¿Recordáis "La vuelta al mundo en ochenta días"? Phileas Fogg, el flemático "gentleman", y su apicarado criado Picaporte; en su compañía hice mi primer conocimiento con Utah y sus mormones, en la ya lejana niñez; pero no nos engañemos: la niñez perdura; yo tenía una cita con Salt Lake City desde los diez años, y ahora venía a ella, paso tras paso sobre la nieve, por la calle desierta, hacia el Templo Mormón, que relucía a lo lejos.

¿Hay cosa más extraña que esta religión, fundada hace siglo y cuarto por un hombre llamado Joseph Smith —que viene a ser Juan Pérez—, con sus Angel Moroni, que toca la trompeta desde lo alto de sus templos, sus tablas de la revelación, su Libro de Mormón —que encontráis en la habitación de los hoteles de Utah—, su poligamia, hasta que las leyes la prohibieron? Una iglesia, la de los Santos de los Últimos Días, que suscita violenta hostilidad, que va siendo perseguida, rechazada hacia el Oeste, del Estado de Nueva York al de Ohio, luego a Missouri, después a Illinois, donde Smith y su hermano sufren muerte violenta, por último a las soledades desiertas de Utah, montañas y lagos, donde los mormones se afincan, sosiegan y prosperan. Y ahora, más de un millón de miembros que pagan el diezmo, un Tabernáculo donde suena exquisita música de órgano y un Templo donde sólo los fieles pueden penetrar.

Este enorme templo, iluminado, parecía orientar y explicar la ciudad. En el cruce de las calles principales, la estatua nevada de Joseph Smith; muy cerca, las montañas, que ciñen la ciudad y se descubren desde todas partes, poniendo en su corazón la imagen de un Oeste salvaje. Calles heladas y casi desiertas. Y, de pronto, el *drug store*. Allí, en Salt Lake City, acabé de comprender su sentido. Siempre abierto, día y noche, con cualquier tiempo, brillante de luces intensísimas, como un faro en medio de la ciudad, abrigado y hospitalario como un puer-

to, lleno de cosas como... un *drug store*, porque en ningún otro lugar hay tantas cosas. Libros de 25 centavos, en estantes giratorios de alambre; cuentos infantiles; *magazines* y periódicos; cigarrillos, cámaras fotográficas, bombones, maletas, aparatos eléctricos, sillas, plumas, juguetes, gafas, perfumes, objetos de escritorio, instrumentos de pesca, lo que podáis imaginar. Por haber de todo, hasta drogas y medicamentos hay en la "droguería" americana. Y, sobre todo, un gran *counter* o mostrador, rodeado de taburetes plásticos, donde podéis tomar, a cualquier hora del día o de la noche y por unos cuantos centavos, un par de huevos fritos, un café, un *milk shake*, un *hamburger* o eso que se llama, con mirífica palabra, un *cheeseburger*.

Si se os ocurre comprar algo en los Estados Unidos, no le déis muchas vueltas. ¿Un despertador? No vayáis a una relojería, porque acaso no encontréis una, ni en ella el despertador: id al *drug store* de la esquina. ¿Necesitáis una pipa, un carrete para vuestra cámara fotográfica, una estufa, un salvavidas, unos sellos de correo, una esponja de baño, un tostador de *sandwichs*, un atlas, un filete de salmón, una aspirina, un helado de chocolate o fresa, una gorra de piel del Oeste? ¿Queréis hablar por teléfono con Miami, con Chicago, con Columbus, con la última aldea de Minnesota o de Arizona? Empujad confiadamente la puerta de cristal del *drug store*. ¿Queréis deshelaros, y que la sangre vuelva a circular por vuestras orejas? ¿Deseáis res-

pirar aire fresco en vez de fuego, cuando afuera el sol ha ablandado el asfalto? El *drug store* os devuelve a un mundo habitable.

Y, sobre todo, si necesitáis compañía, si os sentís solo y extraño y ajeno a todo, si os parece que ya no queda nadie en el mundo, que la humanidad se ha desvanecido en torno vuestro, la encontraréis otra vez en el *drug store*. Siempre es igual, siempre es el mismo, el vuestro. Lo encontraréis en Niagara Falls, junto a la frontera canadiense, y en California, al lado del Pacífico; en la pequeña ciudad, tan íntima, de Connecticut o Massachusetts, y en las praderas de Wisconsin; en el estruendo de Chicago, y muy cerca de los jardines que envuelven a los millonarios de Pasadena. Cuando cruzáis su puerta, entráis en el mismo mundo consabido, estáis "en casa". Detrás del mostrador os espera la misma sonrisa que dejasteis en vuestra ciudad. Desde los taburetes, una muestra compleja de humanidad os mira con benevolencia; una pareja de estudiantes que beben un batido y se miran a los ojos, mientras ella se alisa la melena rubia; la enfermera que interrumpe el camino hacia el hospital con un café caliente; el trasnochador solitario que no sabe dónde ir; el conductor del camión, que despacha rápidamente los huevos fritos con *bacon*, mientras llenan de gasolina su depósito; la señora que ha salido de compras y almuerza de prisa, rodeada de paquetes. Acaso el mostrados es circular, o forma tres lados de un cuadrilátero: las caras se enfrentan y se sonríen;

huele el café, humean los cigarrillos, se cruzan breves palabras, suena una risa juvenil, un viejecillo limpia los cristales de sus gafas para ver mejor a tres generaciones.

El *drug store* es refugio, alivio de caminantes, diversión de curiosos y espíritus contemplativos, consuelo de afligidos y solitarios. En la enorme ciudad, sus luces hacen señas y llaman; en la ciudad minúscula y de buenas costumbres, cuando todos duermen, acoge al forastero que se siente perdido. ¡Cuántas obras de misericordia cumple, sin saberlo, el *drug store* americano! Da de comer al hambriento, da de beber al sediento, a veces viste al desnudo, visita al enfermo de nostalgia, consuela a muchos tristes, enseña con sus libros a los que no saben y da buenos consejos a tantos que los necesitan. Cuántos habrán ido a cometer una maldad, acaso a matar o a matarse, habrán encontrado un *drug store* en su camino y ya no lo habrán hecho. En este país de estadísticas, falta una: los suicidas que se arrepienten en el *drug store* y se reconcilian con la vida deberían mandar una postal en colores a la oficina correspondiente.

EL INGLÉS DESDE DENTRO

A Rafael Lapesa

"Tantos millones de hombres, ¿hablaremos inglés?"

RUBÉN DARÍO

Rubén Darío pensaba en el imperialismo norteamericano, en las águilas del fuerte Theodore Roosevelt volando hacia el Sur. A mí lo que me sorprende es que tantos millones de hombres hablen inglés como su lengua propia. Si se tratase de un pequeño grupo humano, allá entre los vericuetos del Cáucaso, la cosa sería más comprensible; pero, ¿cientos de millones, en todos los continentes? Y, gracias a su influjo, lo vamos hablando a ratos, mejor o peor, otros muchos millones más. Esta difusión, esta eficacia, la inmensa circulación del inglés como lengua escrita, la espléndida literatura que en ella existe, todo eso nos hace muchas veces tomar las cosas con una naturalidad que es cualquier cosa menos natural. Porque el inglés es algo sumamente extraño, y conviene no perder esto de vista.

Cuando se lo considera desde fuera, como lengua escrita, parece semejante a otras muchas, desde luego a las demás indoeuropeas. Pero lo primero que pasa es que esa expresión "lengua escrita", es en inglés sumamente problemática. En rigor, el inglés no se puede escribir, porque sus sonidos tienen muy

poco que ver con las letras. Pero la cosa es tanto más sorprendente, porque el inglés *viene* de esas letras, quiero decir, de las raíces indoeuropeas comunes a otras varias lenguas occidentales. Cuando el turco se escribía con caracteres árabes, esto era una incongruencia, cuyo responsable es el Islam, porque el turco no tiene nada que ver con el árabe y su sistema de signos gráficos; ahora que se escribe con caracteres latinos —por decisión de Mustafá Kemal o Kemal Atatürk, como se prefiera—, se trata de otra incongruencia semejante, debida al peso de la cultura occidental en bloque. Pero el caso del inglés es distinto: es una lengua indoeuropea, apta, por tanto, para escribirse con los signos que sirven tan bien para representar las demás lenguas de la familia. Ahora bien, como es bien sabido, el inglés usa signos completamente distintos para representar los mismos sonidos; y, a la inversa, al mismo signo o grupo de signos corresponden sonidos absolutamente diferentes, según las palabras; y, sobre todo, los sonidos exceden enormemente en número a los signos y sus combinaciones normales, y las variaciones de unos y otros tienen una relación muy remota. ¿Qué significa esto?

Acabo de decir que el inglés es una lengua indoeuropea, y en seguida empiezo a arrepentirme. No porque dude de que sea indoeuropea, sino porque lo dudoso es que sea *una*. Tómese cualquier página escrita en inglés: se advertirá que está compuesta de palabras completamente diferentes: la mitad, la-

tinas; la otra mitad, germánicas. El lector extranjero, cuando lee en inglés, está constantemente transitando de la Romania a la Germania: el inglés escrito parece el Rhin.

¿Es entonces el inglés una lengua compuesta? ¿Dos medias lenguas? ¿Será por eso por lo que parece muchas veces —sobre todo el británico— una "media lengua infantil? Yo creo que el inglés, por el contrario, es la lengua más unitaria que conozco. Pero entiéndase bien: la lengua, es decir, el habla, la lengua hablada. El inglés es una fonética. Otras lenguas son una morfología que se pronuncia —por supuesto, en función de una sintaxis, pero aquí esto no interesa—; el inglés, vivido desde dentro, oído y hablado, es un sistema fonético extremadamente homogéneo y unitario, que se sirve de ciertas formas —yo diría que en principio de cualesquiera— para poder articularse. Desde luego, en el inglés hablado no se percibe la más mínima diferencia entre las voces de raíz germánica y las de raíz latina. Más aún: las palabras griegas, que siempre suenan extrañas en todas las lenguas —hasta en las latinas, fonéticamente muy próximas al griego—, quedan incorporadas al torno del inglés y absolutamente "naturalizadas"; y lo mismo ocurre con todo género de préstamos: del español, del francés, del alemán, de las lenguas indias; y con todos los neologismos y hasta las palabras más artificiales y convencionales. De todas esas formas *se sirve* con perfecta naturalidad e indiferencia la avasalladora fonética inglesa.

Baste recordar la toponimia de los Estados Unidos: los nombres de las ciudades y de los accidentes geográficos vienen de todas las procedencias lingüísticas imaginables; todos suenan igual, todos suenan "a inglés", sin el menor asomo de extranjería.

Cuando se habla de las dificultades de la "pronunciación" inglesa, la expresión no es exacta, porque está inspirada en la situación de otros idiomas en que, dada una forma, se la pronuncia. (Por eso las dificultades de "pronunciación" suelen quedar localizadas a tales o cuales sonidos concretos; el que intenta hablar inglés, en cambio, tiene que intentar entrar en otro sistema fonético, en que *todos* los sonidos son diferentes hasta en lo que tienen de sonidos, es decir, hasta en el modo de sonar; y tiene que hacer *constantemente* con la boca movimientos que *nunca* había hecho; es decir, tiene que *hablar de otra manera.*) Por la misma razón, tomada la cosa desde el otro lado, es decir, partiendo del habla, los angloparlantes no suelen hablar de ortografía, de "escritura recta" (o correcta), sino de *spelling,* de deletreo. Sólo en los Estados Unidos hacen los muchachos y muchachas tremendos, pavorosos concursos de deletreo —*Spelling Bee Contest*—, en que se extenúan para recordar —o adivinar— de qué letras se servirá la gente, y sobre todo el Diccionario Webster, para fijar en el papel ciertas palabras. (Y adviértase que para considerar "inglesa" una palabra no se atiende a ningún criterio lingüístico,

sino a su inclusión en el Webster, venga de donde venga.)

Al llegar aquí, parecemos definitivamente perdidos. La lengua es ante todo lengua, habla, no escritura. Ahora bien, las formas del inglés tienen conexión con la escritura, no con los sonidos; la fonética inglesa, por otra parte, envuelve, abraza e impregna toda forma lingüística que se le eche, la funde y asimila, hace de ella, absolutamente, "inglés hablado": la fonética inglesa es el verdadero "crisol de fusión", el *melting pot*, como se suele llamar a los Estados Unidos. Por consiguiente, mientras formas lingüísticas y formas gráficas —es decir, palabras y escritura— tienen perfecta coherencia, la fonética tiene muy poco que ver con unas y con otras. Parece como si la fonética inglesa se hubiera ido, se hubiera escapado de la lengua como sistema de formas, se hubiera establecido por su cuenta. ¿Hay algo más extraño? ¿Tendrá que estudiar la lingüística inglesa un *detective*?

Creo que importaría mucho perseguir, apresar y estudiar este hecho paradójico. Para mí, revela que, por debajo de la escritura *y de la lengua*, hay un fenómeno más radical y básico, que es el *decir* mismo. Y éste es una realidad vital elemental y decisiva, que a lo que más se parece es a lo que llamaría un "temple", quizá mejor una *tesitura*.

Esto es, a mi juicio, el inglés desde dentro, el inglés efectivo. Dentro de ese temple vital, desde esa tesitura —que es peculiarísima—, se habla y se escu-

cha y se entiende. Esa relación vital básica pasa a través, no ya de la escritura y de la literatura, por supuesto, sino de la misma lengua, que es hasta cierto punto accidental —tómese esto con un puñado de sal, naturalmente, porque su evidente exageración no tiene más fin que hacer entender el extraño fenómeno—. Quiero decir que, si se aprietan las cosas, se podrían *hablar en inglés*... otras lenguas. En latín o en griego se expresaría mejor: los romanos no decían "hablar *en* latín" o "*en* griego", sino hablar "latinamente", "griegamente" *(Latine, Graece)*; por eso decían también *Hispane loqui*, lo que sería absurdo traducir "hablar en español", porque el español no existía; se trataba de hablar *hispanamente*, españolamente; no hablar "en español", sino *a la española*, con temple o tesitura hispanos, por supuesto *en latín*.

Por eso hay importantes diferencias entre el inglés de Inglaterra y el de los Estados Unidos, pero que no son propiamente lingüísticas (ni de pronunciación), sino de temple o tesitura. El inglés se puede hablar "británicamente" o "americanamente". Y como ese temple o tesitura es un modo humano que afecta a un nivel profundísimo, su investigación podría llevar a descubrir, por un inesperado portillo, secretos gravísimos del alma *y* de la sociedad de Inglaterra *y* de los Estados Unidos.

REFLEXIONES SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS

A Huntington Cairns

Lo malo que tiene hablar de los Estados Unidos es que no se sabe bien de qué se habla. Se los toma como un conjunto, y hay un inquietante plural en su nombre. En él mismo aparece la palabra "Estado", y es dudoso que sea el Estado lo que nos interesa. Se refiere uno a "los americanos" o a "el americano", y es problemático si se piensa en los individuos o en otra cosa. La lectura del libro de Henry Steele Commager, *The American Mind,* ha actuado como un estímulo que ha precipitado en mí algunas reflexiones, más que otra cosa preguntas que me hago a mí mismo en voz no muy alta.

El libro de Commager, publicado en 1950 por la Yale University Press, es una de las aportaciones principales de estos años a la comprensión de los Estados Unidos. Su autor, profesor de Historia, maneja con suma destreza un material copioso e interesante. Su familiaridad con cuanto ha sucedido en su país, con todo lo que en él se ha pensado y escrito, es sorprendente. Si acaso, si acaso, peca —como buen americano— de exceso de riqueza; y, como buen americano también, la ofrece generosamente al lector y comparte con él sus yacimientos, una ex-

celente bibliografía, incitante para el investigador y el explorador.

A mí, que soy europeo y, lo que es más, español, tanta riqueza me asusta un poco. Temo no administrarla bien, y que se me vaya de entre las manos. Más aún: no sé bien dónde ponerla, dónde situar esos materiales, esos saberes tan varios y complejos que nos comunica. Y pienso si acaso esa perplejidad no será la expresión de un problema decisivo, la formulación de una cuestión que sería menester poner en claro. Cuando se habla de los Estados Unidos, ¿de qué se está hablando? Sí, esto me parece lo primero que habría que averiguar, acaso lo más difícil.

Una de las primeras cosas que sorprenden a todo observador de la sociedad americana es la uniformidad —relativa, pero evidente— de todo el país, a pesar de su enorme extensión y de la variedad de orígenes de sus habitantes. Los Estados *Unidos*, ¿y quién los une? —me pregunté a poco de llegar a ellos por primera vez. Commager se plantea este problema desde la primera página de su libro. Herencia y medio —*inheritance and environment*— son para él los dos factores cuyo producto es el carácter americano. Ambos, piensa Commager, son variados y complejos. La herencia, subraya, no es sólo británica, sino europea; no se la puede limitar a los siglos XVII y XVIII, sino que se extiende a dos mil años, porque, aunque los Estados Unidos vienen de Inglaterra, las raíces de su cultura y sus institucio-

nes se remontan a Grecia, Roma y Palestina. Todo esto es, en algún sentido, cierto y evidente, pero si se trata de entenderlo más desde cerca, surgen algunos problemas. Commager advierte en seguida que, a pesar de la semejanza de las instituciones, el americano difícilmente se siente "socialmente en casa" en Inglaterra; y que los americanos de otras procedencias europeas —que son tantos—, a la segunda generación se sienten profundamente extranjeros en Italia, Francia o Alemania. Como la herencia es sumamente heterogénea y el resultado es un carácter han tomogéneo, hay que pensar —agrega Commager— que el medio fué decisivo. Añade —quizá con un poco de exageración— que el medio es también muy diverso, que el continente americano es tan multiforme como el europeo, y que a pesar de ello no ha sido un obstáculo apreciable para la uniformidad. No han sido, pues —concluye— los "medios particulares" *(particular environments)* los determinantes del carácter y el tipo americano, sino "el conjunto del medio americano" *(the whole of the American environment)*; y en seguida lo explica: el sentido de la espaciosidad, la invitación a la movilidad, la atmósfera de independencia, la incitación a la empresa y al optimismo.

Meditemos un momento sobre lo que estas ideas implican. Es un poco peligroso intentar derivar el "carácter" de la herencia y el medio; en primer lugar, porque esto obliga ya a plantear el problema con referencia a los *individuos* —únicos de quienes

tiene sentido directo hablar de medio y herencia—, y cuando se pasa a considerar las realidades *sociales* obliga por consiguiente a reducirlas en última instancia a una multiplicidad de individuos, con riesgo evidente de pasar por alto su esencial peculiaridad; en segundo lugar, porque se prescinde de otros factores que tal vez sean más decisivos, incluso para los hombres individuales, en todo caso para las formas de la vida colectiva. Las dificultades empiezan a acumularse, en efecto, tan pronto como se intenta usar ese esquema conceptual. Cuando se dice que la herencia de los Estados Unidos no se limita a Inglaterra y a los siglos de la colonización, sino que se extiende a toda Europa y por tanto se dilata durante dos milenios y hasta Grecia, Roma e Israel, ¿se está usando la palabra "herencia" en un sentido unívoco? Es claro que los primeros pobladores de los Estados Unidos venían de Inglaterra, es decir, de la *sociedad* inglesa; el hecho de que Inglaterra contuviera dentro de sí la herencia intelectual, artística, política, religiosa de Grecia, Roma y el Oriente próximo, ¿autoriza a establecer una relación siquiera análoga entre la sociedad americana y las helénicas, romana, judía, etc.? Si analizamos la "herencia" de un individuo, indudablemente encontraremos en él todo el pasado de donde procede, y que de alguna manera está presente en él; pero si se trata de la implantación en una sociedad, la cosa es distinta, y hay que distinguir pulcramente la sociedad a que se pertenece, aquella de la que ésta se deriva y aquellas

otras de las cuales han pasado *elementos* particulares y abstractos a una y otra.

Por otra parte, cuando se contraponen los "medios" (o circunstancias) particulares al conjunto del medio, o lo que podríamos llamar la circunstancia total americana, se incluyen en ello cosas muy diversas, algunas de ellas difícilmente reductibles a "medio" o "circunstancia": si hay elementos físicos (o *casi* físicos), como el sentido de la espaciosidad, otros son netamente sociales, como la atmósfera de independencia; y otros, como la invitación a la movilidad o la incitación a la empresa y al optimismo, si pueden considerarse como circunstanciales o ambientales para cada individuo, en el sentido de que los encuentra en torno suyo, en su contorno *social*, vistos desde la sociedad misma aparecen más bien como *pretensiones* colectivas, como esquemas de vocación humana.

Yo creo que lo primero que hay que aclarar un poco es el *quién* colectivo que conocemos con el nombre de Estados Unidos. Dicho con otras palabras, cuál es el sujeto de esa "vida" colectiva que es la historia de ese país. Pero apenas escrita esta frase nos acometen nuevas dudas. ¿De qué país se trata? ¿El que se extiende desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde los grandes lagos hasta el Caribe? Pero todo eso no era un país hace bien poco tiempo. ¿Es el mismo que hace menos de tres siglos se declaró independiente de Inglaterra y tomó ese nombre? Los cuatro millones de habitantes —más bien esca-

sos— de los 17 Estados del Este que componían la Unión en 1790, ¿son el mismo país que los ciento sesenta millones de los 48 Estados actuales? No se trata del territorio, esto es claro. No se trata de unas fronteras. No se trata tampoco de una población en el sentido de los individuos y sus descendientes genealógicos, porque desde la Revolución han entrado en los Estados Unidos más de cuarenta millones de extranjeros de todos los países, y durante largos períodos de su historia el crecimiento ha sido en mayor proporción inmigración que lo que se llama "crecimiento vegetativo". ¿De qué se trata entonces?

Literalmente, de una sociedad, es decir de una unidad de convivencia histórica, no definida por un territorio, ni por una población en el sentido de un conjunto determinado de individuos, sino por *un sistema de vigencias comunes* —usos, creencias, ideas, estimaciones, pretensiones que cada individuo encuentra y con los cuales tiene que habérselas—, que componen una cierta figura, lo que se puede llamar con rigor una *estructura social*.[1] Los Estados Unidos han constituído una sociedad, con la *misma* estructura social —aunque, como es natural, en movimiento histórico—, desde la Independencia, probablemente desde mucho antes. Esa sociedad ha sido el sujeto de la historia americana; no un territorio variable y siempre creciente, ni un mero "conjunto" de individuos absolutamente dis-

[1] Véase mi libro *La estructura social. Teoría y método*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones (en prensa).

pares como individuos, literalmente cada uno de su padre y de su madre, de origen sólo muy en parte británico.

Y esto es lo que explica, a mi entender, esa singular homogeneidad de los Estados Unidos: ¿el sistema de vigencias de esa sociedad americana se ha ido aplicando sobre todos y cada uno de los hombres que han ingresado en ella, los ha ido incorporando y asimilando, los ha convertido en individuos *de esa sociedad*, fuesen lo que quisiesen antes de pertenecer a ella? ¿Cómo ha sido posible? ¿Cómo han sido los Estados Unidos el *melting pot*, el crisol de fusión de tantos hombres de distintas razas, religiones, lenguas, costumbres? ¿Cómo no ha ocurrido nada análogo en otros lugares, por ejemplo —ejemplo máximo y más apremiante— en la América española?

Siempre he sentido que los Estados Unidos están definidos por una potencia misteriosa y tremenda: la soledad. El alma americana está hecha de soledad —escribí a poco de llegar por primera vez a este país, tan pronto como tuve una experiencia directa de ella—; yo mismo no pensaba entonces que la cosa fuese tan radical y explicase tantas cosas. Pero para que las explique hay que empezar por explicarla a ella, por mostrar en qué consiste esa múltiple soledad norteamericana. La cosa ha de tomarse desde el principio, porque ahí radica todo: los primeros colonos americanos eran solitarios, eran hombres que se habían quedado solos. ¿Solos

de qué? —se preguntará—. Solos de su sociedad materna, en general de Inglaterra. La mayor parte de los colonos del siglo XVII —por lo menos los que definen la situación— son disidentes, discrepantes, frecuentemente fugitivos; conservarán una vinculación, una *allegiance* con Inglaterra, especialmente con la Corona; pero van a hacer una *vida nueva,* ellos *solos.* Van a quedarse, no a conquistar, tal vez enriquecerse o al menos correr aventuras, y volver. No, van a vivir lejos de Europa, solos, repito, acompañados sólo de su nostalgia que los llevará a poner nombres del viejo país a las nuevas tierras, a las ciudades recién fundadas. Los conquistadores españoles son *por lo pronto* —conste el subrayado— hombres que *van* a las Indias —la expresión usual era *pasar* a las Indias—, probablemente para volver a Trujillo, Cáceres, Sevilla o Ávila, al menos con el sueño de volver —y muchos volvían—. Los colonos ingleses *se van* a América, a establecerse desde luego. Llegados a New England, a Pennsylvania, a Virginia, miran alrededor y piensan: "Nosotros". Ese nosotros no incluye Inglaterra; quiere decir *nosotros solos,* nunca "nosotros los ingleses", como Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Ponce de León o Almagro hubiesen pensado "nosotros los españoles".

Solos, además, en un segundo y radical sentido: aparte de estar *solos de Inglaterra,* los colonos estaban *solos en América.* Los españoles, no: estaban *con los indios,* rodeados de ellos, en convivencia

—de toda índole: crímenes y evangelización, rapiñas y encomiendas, explotación y Universidades—. En Norteamérica, los indios eran *pocos*; no se mezclaron con los colonos; casi siempre lucharon unos con otros, y eso a distancia. Los españoles estaban unidos por ese vínculo previo, frente a los indios, justamente porque estaban *con ellos*, y trataban de introducirlos en una estructura social que era la española: religión, lengua, costumbres, valoraciones. En los países principales —Méjico y Perú, sobre todo— encontraron además otras formas de estructura social, a la que tenían que enfrentar la suya propia, *previa*, es decir, la española. Sólo en los países del extremo Sur del continente, en que habían pocos indios, se da una situación en algunos puntos análoga a la de las colonias norteamericanas, y por eso la Argentina, Chile y el Uruguay son los únicos países hispanoamericanos que se parecen *algo* a los Estados Unidos.

En tercer lugar, mientras la conquista española se extiende en puntos variadísimos por todo el continente americano, desde el Mississippi hasta el Plata y más al Sur, la de los colonos del Norte se reduce durante largos años a un territorio relativamente pequeño y *unido*, que se va dilatando y extendiendo por sus pasos contados, es decir, *desde sí mismo*. Los españoles, cuando llegan a un lugar, a tres mil o cinco mil kilómetros de otro, tiene que llegar *como españoles*, prolongando virtualmente hasta allí la sociedad española; por eso fundan ciudades a ima-

gen y semejanza de las de Castilla, Extremadura o Andalucía, con su Plaza Mayor, y en seguida se ponen a pasear y conversar en ellas, a vivir en compañía y hablar, probablemente, de España. Por eso las Cortes virreinales intentan repetir la Corte de Valladolid o de Madrid, y en ellas se vive pendiente de las comedias de Lope de Vega, de las metáforas de Góngora, del modo de representar la Calderona, de las últimas mordacidades de Villamediana, de las decisiones del Conde de Aranda o de las nuevas ideas que circulan entre los Caballeritos de Azcoitia. ¿Se imagina a los viajeros del *Mayflower,* a William Penn o a Benjamín Franklin en actitud parecida? En Norteamérica se constituye, en soledad respecto de Europa y respecto de los indígenas, *una sociedad,* subrayando tanto que se trata de una sociedad como que se trata sólo de *una;* y ésta es la que se dilata, crece, y en su día va *incorporando* otros pequeños grupos, por ejemplo los núcleos de la colonización española, francesa, holandesa, que minoritariamente componen el cuerpo social de los Estados Unidos.

La Declaración de Independencia de 1776, si se la lee con atención, es significativa. "Cuando, en el curso de los acontecimientos humanos —comienza—, resulta necesario para *un pueblo* disolver los vínculos políticos, etc." Repárese en que en inglés dice *one people,* subrayando el numeral, la unidad. Y luego habla de "nuestros *hermanos* británicos" *(our British brethren),* a los que reprocha haber sido

"sordos a la voz de la justicia y la *consanguinidad*" *(deaf to the voice of justice and of consanguinity).*

La soledad se manifiesta en un cuarto modo decisivo: una vez constituída esa sociedad unitaria, con su sistema de usos, creencias, ideas, estimaciones, pretensiones, sólo entonces se inicia la inmigración en números considerables. Desde la Independencia hasta 1840, es decir, en más de 60 años, el número total de inmigrantes no llegan a 400.000; en cambio, desde 1850 hasta 1930 entran en los Estados Unidos *cada año* varios cientos de miles de extranjeros, algunos años bastante más de un millón. ¿Qué significa esto? Que mientras se está constituyendo la sociedad americana, sus individuos pueden seguir diciendo "nosotros solos"; la estructura social de los Estados Unidos se gesta en un mundo limitado, aislado y homogéneo —aquí está la famosa homogeneidad—; cuando llegan los otros, los inmigrantes de todos los países, entran *solos* —quiero decir, individualmente, cada uno por sí— *en la sociedad americana,* se incorporan uno a uno a ese sistema de vigencias que la constituye.

Empecemos por la primera, la más clara y a la vez la más problemática de todas: la lengua. Los Estados Unidos son un país uniformemente de lengua inglesa —las supervivencias del español, el francés o el *Pennsylvania Dutch* en algunas comarcas no son más que eso, supervivencias, impregnadas y dominadas por el absoluto imperio del inglés—. ¿Cómo se explica que sea la lengua única de un país

formado de individuos que han hablado otras en tan enorme proporción? Y no se olvide la tremenda dificultad del inglés, que como lengua hablada significa muchas veces una barrera *insuperable*, hasta el punto de que son muchos los inmigrantes que jamás llegan a poseerlo de un modo decoroso, y se convierte en la obsesión de sus vidas. La sociedad americana era originariamente inglesa, lingüísticamente inglesa; al ingresar en ella cualquier individuo, tropieza con esa enérgica y primaria vigencia; no importa el número; no significa nada que millones de americanos sean originariamente de lengua italiana, alemana o española. En cada caso se trata de un individuo frente a una sociedad, y naturalmente ésta impone su vigencia. Si la inmigración no británica se hubiese producido en el siglo XVII o el XVIII, se hubiesen constituído otras sociedades lingüísticamente diferentes, con individuos agrupados por su comunidad de idioma. La inmigración ha sido posterior a la existencia de la sociedad americana, de eso que llamamos los Estados Unidos. Su estructura social, en eso como en todo, ha ido transfigurando a los hombres individuales que han entrado en ella. ¿No podrían haberse agrupado de algún modo, buscando el calor de la lengua común, de las viejas costumbres vernáculas? En grado mínimo así ha ocurrido: los barrios pobres de Nueva York, los *slums*, han reunido y reúnen comunidades de italianos, de portorriqueños, de judíos polacos, de armenios; y en esas calles se hablan las lenguas

respectivas, se comen los platos nacionales, se revive la vieja sociedad abandonada. Pero, ¿qué significa eso en el cuerpo social de los Estados Unidos? Más o menos, lo que los primeros estómagos de un rumiante: los barrios "extranjeros" son los órganos de la digestión de los inmigrantes, antes de incorporarse al organismo americano; al cabo de unos años, el extranjero se introduce —individualmente— en la sociedad americana *sensu stricto*, se atiene a sus vigencias, habla inglés —o poco menos—, se despega de su pasado y de sus adherencias "pintorescas", frecuentemente de su nombre, y cambia un apellido eslavo por un Watson, un Cohen por un O'Brien, o le quita la *i* final a un nombre reveladoramente terminado en *elli*. En todo caso, esto ocurre en la segunda generación, que habla inglés desde la infancia —casi siempre olvida la lengua de los padres— y se inserta en la estructura social de los Estados Unidos.

No termina aquí el papel de la soledad en la gestación de la sociedad de los Estados Unidos. La vida americana ha tenido y tiene un mínimo de convivencia. Los americanos han vivido durante decenios aislados, en mínimas agrupaciones urbanas, en granjas, ranchos, bosques, minas, puestos de caza, trazando caminos y ferrocarriles, luchando con los indios, haciendo avanzar las fronteras, contra éstos o contra la naturaleza. Han hablado poco, han estado reducidos a la familia o al pequeño grupo, al equipo —familia y equipo, las dos grandes fuerzas

de la sociedad americana actual—; han tenido la solidaridad de los hombres aislados, que se regocijan ante la presencia del prójimo —una fiesta excepcional— y se prestan mutua ayuda. Y han afirmado la sociedad, porque era la compañía, el consuelo y la fuerza. La fuerza también; de un lado, la cooperación y la técnica; de otro, la lucha contra la insociabilidad, el desmán, el crimen. El americano ha tenido que afirmar la sociedad, es decir, las *vigencias*; y a éstas han solido llamar —certera pero parcialmente— la Ley; esto es, la Ley vigente, la Ley con una mayúscula que es precisamente su fuerza, su vigor o vigencia, no un *texto legal*, cosa de teoría jurídica. En la L de la Ley americana iba incluído el revólver Colt —el "pacificador" o *peacemaker*— o el rifle Winchester; por eso la Ley americana tiene relativamente poco que ver con el "derecho". Al dilatarse las fronteras de los Estados Unidos, hacia el Oeste, el Norte o el Sur, un poco detrás iba la Ley, es decir, tras los individuos americanos, la sociedad de los Estados Unidos, con todas sus vigorosas vigencias. Los individuos eran las descubiertas, las avanzadillas —los *pioneers*— de la sociedad. Entre los cargos que la Declaración de Independencia hace contra Jorge III de Inglaterra figura uno bien significativo: "Ha procurado arrojar sobre los habitantes de nuestras fronteras a los despiadados salvajes indios, cuyo conocido estilo de guerra es una destrucción indistinta de todas las edades, sexos y condiciones". Algo ajeno, porque

está fuera de todas las vigencias. No de un modo muy distinto se sentirá después al *outlaw*, al que está "fuera de la ley", más exactamente al que no reconoce la sociedad general.

Esto puede ayudar a entender este problema tan debatido del conformismo o inconformismo americano. Los americanos son muy conformistas —se suele decir—; por otro lado, siempre han querido ser independientes, discrepantes, singulares. Los mal pensados creen que son tolerantes en las cosas que no les importan, rígidos y autoritarios en las que les interesan. Creo que la cosa es a un tiempo más compleja y más sencilla: entre las vigencias que componen la sociedad americana, una es la discrepancia, la disconformidad, la independencia de criterio; al discrepar, el americano está cumpliendo una de las vigencias constitutivas de su estructura social. Pero cuando la discrepancia envuelve la negación de esa sociedad como tal, cuando el que está discorforme lo está no con esta o la otra cosa, sino con *la sociedad americana* como sistema solidario de vigencias, entonces ésta cae sobre él con todo su peso, incluído el Colt o sus versiones modernas. Dicho con otras palabras, el americano es discrepante *desde dentro*, apoyándose en el conjunto de la sociedad para oponerse a una fracción de ella; y entonces, apenas hay nada de lo cual no se pueda discrepar.

Desde este punto de vista parece que se podrían aclarar muchos aspectos de la vida americana. Por

ejemplo, el ritmo de su historia. Que éste es rápido, nadie lo duda. Por qué lo es tanto, es ya cosa menos clara. Se suele hablar vagamente del "dinamismo" americano, de la "actividad", de la "energía" de los individuos, de su "progresismo", de su falta de sentido histórico, de que —a diferencia de los europeos, que viven tanto en el pasado— se orientan decididamente hacia el futuro. No me parece que estas explicaciones sean suficientemente claras. Las cualidades psíquicas se han dado o se dan análogamente en otras sociedades, y faltan en muchos individuos en los Estados Unidos, que son, por ejemplo, más bien calmosos. El progresismo ha sido, en fin de cuentas, invención europea, y de su mito ha vivido Europa doscientos años. Respecto al futurismo, apenas cabe otra definición de Europa, que evidentemente ha tenido a lo largo de su historia mucha más imaginación que América y más bien ha pecado de utopismo y afición a las calendas griegas, es decir, a despegar del presente e instalarse resueltamente en el futuro. Precisamente por eso ha necesitado del pasado, porque sólo desde éste se puede proyectar, sólo con larga memoria se puede imaginar a largo plazo; y ahora que los Estados Unidos están *empezando* realmente a proyectar a larga fecha, se dan cuenta de que necesitan un pretérito de mayor espesor, y lo están buscando a buen paso. Y en cuanto al sentido histórico, lo tienen, y vivísimo, aunque referido sólo a *su* pasado, por tanto de duración limitada. Commager, para probar la falta de sentido

histórico de los americanos, dice que los hijos de padres que habían oído el grito de guerra de los indios y visto los rebaños de búfalos jugaban a los indios como los niños ingleses al rey Arturo; pero precisamente a mí eso me parece una prueba de exacerbado sentido histórico, de tenuidad e inestabilidad del presente, en suma, de *historización* de la vida, que toma como pretérito remoto lo que no es estricta actualidad, mientras que la mentalidad ahistórica considera como "época actual" largos períodos de muchos decenios y aun siglos.[1]

Pienso que el ritmo acelerado de la historia americana habría de buscarse por otro sitio. Concretamente, habría que estudiar atentamente la dinámica de las generaciones en los Estados Unidos. Adviértase que su situación es sumamente peculiar: de un lado hay una sociedad *sensu stricto*, con un sistema de vigencias muy definido, un cuerpo social que debería estar sujeto al ritmo regular de las generaciones, según las zonas de fechas de unos 15 años; pero de otro lado hay, sobre todo entre 1850 y 1930, la irrupción constante de hombres adultos extranjeros, que proceden de otras sociedades y que traen ya consigo el "nivel" de sus respectivas escalas de generaciones. ¿Qué sucede entonces? Éste es el problema, que sólo una investigación precisa podría resolver. ¿Se adaptan los individuos al sistema de vigencias americano, ya desde el principio,

[1] Véase sobre esto el capítulo I de mi libro *El método histórico de las generaciones*, Madrid, 1949.

y se alojan en una generación determinada? ¿Modifican con los numerosos impactos individuales el ritmo de las generaciones de los Estados Unidos? Sería difícil y aventurado tomar posición sin una indagación empírica minuciosa, y como en los Estados Unidos se habla mucho de generaciones —en el libro de Commager constantemente—, pero no conozco que se haya escrito ni una línea sobre su teoría, que nadie se haya preguntado *qué son y por qué las hay*, me parece que estamos lejos de dar una respuesta satisfactoria a esas preguntas.

Pero, sea de ello lo que quiera, sea una u otra la escala de las generaciones, lo que está claro es por qué el cambio de una a otra es mucho mayor que en Europa —por lo menos lo ha sido hasta las dos últimas—; por qué, en suma, la variación es más rápida, aunque tal vez sus pasos tengan la misma frecuencia —las largas zancadas que hacen avanzar mucho espacio. La razón me parece ser ésta: los individuos que componen una generación normal en un país son primero niños, luego jóvenes, después hombres maduros, finalmente ancianos; pues bien, en los Estados Unidos una enorme proporción de los contingentes de cada generación ha estado constituída por hombres *adultos*, que se han incorporado ya en plena actuación histórica; hombres que habían consumido en sus países de origen las etapas pasivas de desarrollo y formación, que habían dejado en ellos su inercia, para llevar al Nuevo Mundo sus energías dinámicas, sus fuerzas históricamente

operantes. Se dirá que entonces ocurriría lo mismo en todos los países de inmigración, formados por oleadas de adultos llegados a sus costas. Y en efecto, así es, siempre que se dé la otra condición, la capital: la existencia previa de una *sociedad,* de una estructura social a la cual se incorpora cada individuo; porque si no hay sociedad, si ésta está haciéndose, luchando con la disgregación, la insociabilidad y la desorientación, entonces la energía que esto absorbe es tal, que compensa y aun excede la que representan las proporciones de adultos inmigrantes. Y siempre que se dan ambas condiciones se comprueba un ritmo histórico extremadamente acelerado.

Esto basta para ver lo delicado que es el tema de los Estados Unidos. La estructura social de ellos —en el sentido que doy a esta expresión— no sería demasiado difícil de estudiar, pero no está investigada. Justamente el enorme esfuerzo de la sociología americana se ha concentrado sobre *todo lo demás,* sobre los contenidos sociales de todo género, dejándonos bastante a oscuras sobre la estructura misma, dentro de la cual funcionan y tienen sentido. Pocos temas serían tan apasionantes como una investigación a fondo de la estructura social de los Estados Unidos, de su "quién" histórico; la dinámica de sus generaciones, en el sentido que acabo de indicar; el sistema y evolución de sus vigencias; la función y contenido de las creencias, ideas y opiniones —tres cosas bien distintas y que se suelen con-

fundir, por lo menos de dos en dos—; las figuras de las pretensiones colectivas e individuales; el estado de la felicidad en los Estados Unidos —tanto en cuanto a los deseos como a la realidad efectiva—; el papel del Estado y los organismos del poder; la ordenación de las clases sociales, su principio y su labilidad; la realidad de las relaciones humanas, empezando por la figura concreta del varón y la mujer, para llegar, a través de las relaciones interindividuales, amor, matrimonio, familia, amistad, hasta las formas exteriores en que el sentido de la vida se expresa —las casas, las ciudades— y la última sensibilidad del americano frente a la vida, su balance vital de felicidad o infortunio, su esperanza o su desesperanza.

De todo esto se sabe mucho, y el libro de Commager da buena prueba. Se sabe quizá más de lo necesario, pero no lo suficiente. Porque no se lo sabe *suficientemente.* Quiero decir que la deficiencia no recae tanto sobre lo que se sabe como sobre el modo de ese saber. La realidad humana es histórica y es sistemática; tiene estructura, y ésta es intrínsecamente histórica; es, además, de un lado universal y accesible al análisis, de otro lado empírica, sólo cognoscible mediante la consideración concreta. Cuando se habla de las ideas en los Estados Unidos, cuando se traza su historia, hay que preguntarse: ¿cuál es la función de las ideas —de las ideas en general— en la vida americana y en cada generación? No vaya a resultar que sea muy distinta de la que

creemos, de la que tienen, por ejemplo, en Europa. Eso que se llama "ideas", ¿lo son, es decir, funcionan como tales? ¿Cómo se inserta la religión en la forma de vida de los Estados Unidos? Mientras esto no esté en claro, todas las estadísticas son inoperantes. ¿De qué nos sirve saber el margen de la "libertad" sexual en los Estados Unidos mientras no sepamos si es, por ejemplo, libertad, mientras no pongamos en claro en qué medida intervienen en ella la soledad y el afán de compañía, la actitud amistosa ante el prójimo, la promiscuidad de adolescentes de familias sin servicio doméstico, la deficiencia de la conversación en la vida americana, factores bien dispares, como puede verse?

Nada humano es inteligible más que dentro de la vida en su conjunto y en todas sus dimensiones. Y la vida humana no es sólo vida individual, sino colectiva, social, y ésta histórica. Además de la estructura analítica de la vida humana y de su estructura empírica, hay que tener en claro la estructura social de cada una de las unidades históricas. Mal que bien, alguna idea se tiene de ella en Europa; cuando se llega a una sociedad tan distinta y a la vez tan semejante como los Estados Unidos, el problema es grave: porque, en cierto sentido, la sociedad americana se parece mucho a la europea —está hecha de europeos, su "herencia", en efecto, es la nuestra, hasta donde la memoria recuerda—; pero en otro sentido es radicalmente distinta, porque su estructura es otra, y las semejanzas lo encubren. De

ahí que sea tan difícil, cuando se habla de los Estados Unidos, saber de verdad de qué se está hablando. Y lo cierto es que vale la pena. Quiero decir las dos cosas: hablar de los Estados Unidos y, por supuesto, saber de qué se habla.

Los Ángeles, mayo de 1955.

ÍNDICE

Prólogo personal 9
Un europeo en los Estados Unidos 13
Wellesley y el cuarto cántico 27
Casas de cristal 31
Lo consabido 35
Los objetos, la muerte y el Diablo 39
Anticipación 45
De Robinsón a Ford, ida y vuelta 50
Nuestra ciudad 54
Soledades juntas 58
Otro mundo 62
Remedios contra la desolación 68
Old-fashioned 73
Ir de compras 78
La Edad Media en New England *(Un castillo en Boston)* 83
La vida intelectual en los Estados Unidos 87
El hispanismo en los Estados Unidos 92
Cara y cruz de las bibliotecas americanas 97
Provincianismo 102
Universidad y sociedad en los Estados Unidos 107
El hombre medio 127
Un pueblo civil 131
El temple de la vida 135
Ochenta y nueve por ciento 139
Este mundo y el otro 143
Un ensayo de vida nueva: Los Estados Unidos 147
El crepúsculo industrial, S. A. 163
La mitad femenina de los Estados Unidos 173
Defensa y entrega de una forma de vida 188

El pulso de Norteamérica 203
El reloj abierto 208
Negros en la nieve 212
La televisión 216
Lo público en los Estados Unidos 224
Dueño de Los Ángeles 233
Funerarias 237
Unamuno en Forest Lawn 242
California como paraíso 246
La ciudad invertebrada 251
La burocracia como una forma de satanismo 259
Puntos de vista 265
El sí y el no 270
La salud de la sociedad norteamericana 273
La amistad en Norteamérica 278
Balada del "Drug store" 283
Un inglés desde dentro 288
Reflexiones sobre los Estados Unidos 294

OBRAS DE JULIÁN MARÍAS

Historia de la Filosofía *(7ª edición).*
Introducción a la Filosofía *(3ª edición).*
Biografía de la Filosofía *(2ª edición).*
Idea de la Metafísica.
La filosofía del P. Gratry *(2ª edición).*
Miguel de Unamuno *(3ª edición).*
Ortega y tres antípodas.
Filosofía actual y existencialismo en España *(nueva edición).*
San Anselmo y el insensato *(2ª edición).*
Ensayos de teoría.
Ensayos de convivencia.
Aquí y ahora.
Los Estados Unidos en escorzo.
El método histórico de las generaciones *(2ª edición en prensa).*
La imagen de la vida humana.
La estructura social: teoría y método.

ANTOLOGÍAS:

El tema del hombre *(2ª edición abreviada).*
La filosofía en sus textos *(2ª edición, 3 vols., en prensa).*

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 9 DE ENERO DE 1956,
EN LOS TALLERES DE LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
ALSINA 2049.

EMECÉ EDITORES, S. A.
BUENOS AIRES